

# Cinco veranos

HASTA ENCONTRARTE



**ELSA TABLAC**

# Contenido

[Créditos](#)

[Cinco veranos hasta encontrarte](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[Sobre la autora](#)

[Newsletter](#)

[Otros títulos](#)

## **CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE**

Primera edición: Julio 2019

Copyright © Elsa Tablac, 2019

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

# **Cinco veranos hasta encontrarte**

Elsa Tablac

# CAPÍTULO 1

El graznido de las gaviotas por la mañana, irrumpiendo en la ciudad. Era uno de los sonidos que más solía echar de menos y, en cuanto lo reconoció, Miranda fue consciente de que estaba de nuevo en casa. Algo nerviosa, pero feliz. Una vez más. Había regresado a Barcelona. Y esta vez, para quedarse definitivamente. O, al menos, sin planes de volver a marcharse a la vista.

Se recostó en la silla metálica de la terraza del bar, levantó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos, disfrutando del calor sobre sus párpados. Era una de las mejores sensaciones del mundo, pero quienes viven junto al Mediterráneo todo el tiempo no la apreciaban tanto como ella. Miranda llevaba cinco años alejada de aquella luz mágica.

Notó como una servilleta arrugada en forma de bolita aterrizaba sobre su nariz, propulsada por la impertinente mano de su querida amiga Ruth.

—Eres como un lagarto, tía. No solo te conviertes en una estatua ronroneante en cuanto te toca un triste rayo de sol, sino que, encima, no haces caso a nadie. Llevo unos minutos hablándote y dudo que te hayas enterado de algo de lo que he dicho.

Miranda entreabrió los ojos y metió la mano en el bolso en busca de sus gafas de sol.

—Si hubieras estado cumpliendo condena durante cinco años en la gélida Escandinavia harías exactamente lo mismo que yo: tomar el sol a la mínima oportunidad.

Ruth soltó una carcajada.

—¡Cumpliendo condena! ¡Pero qué valor tienes! Querrás decir cobrando un sueldazo por trabajar seis horas al día y vivir rodeada de vikingos superguapos, limpios y educados todo el tiempo. La verdad: aún no entiendo cómo se te ha ocurrido volver... Bueno, supongo que sí tengo una idea...

Miranda volvió a cerrar los párpados, a pesar de que en su campo de visión apareció el camarero con la segunda ronda de vermouths matutinos. Se llevó el dedo índice a los labios, invocando el silencio de su amiga. Ya intuía lo que le iba a decir y a quién iba a mencionar y no era un tema del que le apeteciese hablar en ese momento de sol y paz.

Hacía solo unos días que Miranda había regresado de Oslo, donde se

había marchado a trabajar hacía cinco años, y era la primera vez en muchos meses que veía a Ruth. Pero parecía que habían pasado apenas unos días, y siempre era así. Eran amigas desde la época del instituto y a pesar de que Ruth le había llevado la delantera en eso de marcharse a recorrer el mundo siempre habían logrado verse al menos un par de veces al año. Volviendo a casa por Navidad, visitándose en sus respectivos países de acogida (Miranda en Noruega y Ruth en Estados Unidos), o permitiéndose el lujo de hacer algunos viajes caribeños juntas.

Saboreó el vermut que el camarero les dejó en la mesa. Aquello no tenía precio. Ni todos los sueldazos del mundo podían compararse con el gozo de disfrutar del sol del Mediterráneo en una terraza, viendo pasar a la gente. Se llevó una aceituna a la boca y se reclinó de nuevo en la silla. Una de las ventajas de una larga relación de amistad es que los silencios pueden compartirse y disfrutarse, y eso era una de las cosas que más apreciaba de Ruth. Su amiga no necesitaba llenar de palabras todos y cada uno de los momentos que compartían. En aquella soleada terraza, ya puestas al día de sus respectivas novedades, ambas se sumergieron en sus pensamientos.

Tenía veintiocho años cuando metió todas sus pertenencias en una enorme maleta Samsonite de color verde y se compró un billete de avión a Oslo. Solo ida. Era una buena oportunidad laboral y no quiso desaprovecharla. Miranda empezaría a trabajar en el departamento de marketing de la cadena de hoteles Nordisk, cuya sede estaba en la capital noruega. Las condiciones eran excelentes y por el momento no necesitaría dominar la lengua autóctona, aunque la impecable chica de Recursos Humanos que la entrevistó le sugirió amablemente que empezara a tomar clases de noruego nada más llegar. Pero eso no era ningún problema para Miranda, al contrario. Siempre le había encantado estudiar idiomas, y ese precisamente era uno de los motivos por los que había escogido trabajar en el sector turístico.

Corría el año 2013 y la crisis económica arreciaba con fuerza. Tras dos despidos por recorte de personal en un solo año, Miranda había decidido seguir los pasos de Ruth—. tanta otra gente, conocidos de ambas—, y marcharse fuera del país a probar suerte, aprender idiomas y ampliar su currículum.

La aventura nórdica le había salido estupendamente, pero al contrario que mucha otra gente que abandonó el país y no tenía perspectivas de regresar, ella siempre había sido consciente de que España era una potencia turística de primer orden y siempre encontraría buenas oportunidades si algún día decidía

regresar. Así que había aprovechado esos cinco años en Noruega para absorber todo cuanto acontecía a su alrededor como una esponja, mejorar muchísimo su inglés, tener un nivel bastante aceptable de noruego y aprender a disfrutar de su tiempo en casa.

Solo durante los dos años que estuvo con Magnus había dudado seriamente sobre su firme idea de volver algún día. Era el hombre por el que muchas mujeres suspirarían. Tranquilo, inteligente, con un desarrollado instinto protector, seis años mayor que ella y muy orientado a formar una familia. Era científico y se dedicaba a investigar en la Universidad de Oslo. La adoraba y, a pesar de que se habían conocido cuando Miranda ya llevaba más de un año viviendo allí, él fue uno de los motivos por los que había logrado aclimatarse tan rápido.

Y sin embargo un día, hacía exactamente once meses, se dio cuenta de que toda aquella seguridad que Magnus le ofrecía, aquel amor tranquilo y sosegado, carecía del cimiento básico que ella anhelaba en aquel momento: la pasión. Ya hacía un tiempo que vivían juntos y, una mañana, mientras desayunaba, un pensamiento inquietante acudió a su mente. Miranda no recordaba la última vez que habían hecho el amor. De la impresión, se había levantado de la mesa con brusquedad, derramando parte del café sobre su blusa. ¿Hacía tres semanas? ¿Cinco? No lo sabía.

Ambos eran ávidos lectores. Para su último cumpleaños, Magnus la había sorprendido con un regalo que para mucha gente podría resultar algo absurdo, pero que a ella le había hecho una tremenda ilusión. Una noche, al entrar en el dormitorio, observó una luz más tenue de lo normal. Más tenue y más concentrada. Magnus había instalado dos preciosas minilámparas sobre el cabecero de la cama. Tenían un largo brazo articulado que podía manipularse para dirigir el foco de luz hacia donde quisiera.

Ese había sido su regalo en su treinta y dos cumpleaños. Dos lámparas perfectas para leer antes de dormir. Y desde el momento en que aquellos dos puntos de luz entraron en sus vidas, el sexo fue desapareciendo progresivamente. Increíble pero cierto. Cuando se lo contó a Ruth, más que nada para conocer su cabal opinión, su amiga alucinó.

—Miranda, ¿eres consciente de que la instalación de las lámparas no tiene nada que ver con el hecho de que ya no folléis, verdad? Yo de ti buscaría el motivo en otro lugar.

Ese había sido el principio del fin de Magnus y ella. Las lámparas. La separación se produjo de una manera tan tranquila y civilizada como lo había

sido el inicio de su historia.

Y sin embargo todo aquel asunto de las lámparas y su posterior iluminación —nunca mejor dicho— no tenía demasiado que ver con su decisión de abandonar Noruega. De hecho permaneció en el país durante ocho meses más después de sacar sus (pocas) pertenencias del apartamento de Magnus e instalarse en el de una compañera de trabajo que se marchaba un año a Berlín.

Tampoco fue la atmósfera fría y gris, tan cercana al Círculo Polar lo que la expulsó de allí.

Ni la más obvia: el nuevo trabajo que había encontrado en una cadena hotelera de Barcelona y al que se incorporaría en septiembre, por lo que tenía todo el verano libre, por primera vez desde que era estudiante.

El motivo semisecreto por el que Miranda había regresado a Barcelona era porque se acercaba la fecha pactada: el 23 de junio de 2019. La madrugada de San Juan. Una fecha que nunca tuvo que apuntar, ya que jamás se había desprendido de su memoria. El momento en que Isaac y ella debían reencontrarse en el rompeolas, después de romper y tomar caminos distintos en sus vidas.

*Hagamos una cosa: pase lo que pase, encontrémonos aquí, en el rompeolas, dentro de cinco años. En la noche de San Juan de 2019. Cuando esté a punto de amanecer. Yo estaré aquí. Espero que tú también.*

Isaac había pronunciado esas palabras al tiempo que hacía un esfuerzo titánico por no derramar ni una de las lágrimas que estaban dotando a sus ojos oscuros de un brillo triste y sobrecogedor. Él entendía su necesidad de marcharse, de probar suerte en otro país, de seguir desarrollando su carrera profesional. No entendía por qué ella ni se planteaba siquiera la posibilidad no ya de que él la acompañara, si no que ni siquiera tuviera la voluntad de intentarlo a distancia, aunque ese tipo de relaciones acabasen muriendo entre los respectivos trayectos de avión.

Miranda guardaba un lugar muy especial en su corazón para Isaac. Habían estado juntos algo más de cinco años, desde que ambos habían terminado sus estudios. Esos maravillosos años formativos en los que se brega con los primeros trabajos, la independencia de los padres, el deseo de exprimir hasta la última gota de la vida, de día y de noche. Una de esas relaciones mágicas y férreas que nunca había mostrado un solo signo de debilidad. Ni una fisura. Ni una grieta.

Y, a pesar de ser consciente del dolor ciego y sordo que le causó al



abandonarlo, Miranda antepuso su necesidad de experiencias, de oxígeno y de ver mundo. Aquella noche de San Juan de hacía cinco años, mientras en la playa se extinguían las últimas hogueras y los equipos de limpieza ya se alineaban junto a la arena para eliminar de ella todo rastro humano, le dijo a Isaac que su historia, tan incontestable y tan firme, se había terminado.

La reacción de él, dolida pero serena, le sorprendió. Isaac aceptó su decisión en silencio. Escuchó sus motivos. Razonados y meditados. Los entendió perfectamente. Al fin y al cabo, él estaba en una situación parecida. En aquel momento su camino tampoco estaba en aquel sitio. Y, siendo realistas, tampoco lo encontraría en las tierras gélidas del norte de Europa. Solo le pidió eso. Encontrarse en el mismo sitio, a la misma hora.

*Dentro de cinco veranos.*

## CAPÍTULO 2

El hecho de que Miranda e Isaac ya no fueran “Miranda e Isaac” causó un inevitable terremoto en su círculo social más inmediato. Eran la típica pareja inquebrantable. Esa que nunca te imaginas por separado, a pesar de que cada uno de ellos mantenía una saludable individualidad. Miranda siempre liada con sus clases de idiomas y su interés, casi más allá de lo profesional, por el turismo y la gestión hotelera. Isaac obsesionado con la música, todo un profesional de conservatorio que se ganaba la vida —de forma un poco renqueante e inestable, todo hay que decirlo— como profesor de jazz y saxofonista.

Y sin embargo, cuando estaban juntos, eran el equipo perfecto, un núcleo resistente que aguantaba el paso de los años mientras el resto de parejas a su alrededor se iba deshaciendo, agotando su ciclo natural. Hasta que, de manera inesperada les llegó su turno, de madrugada, en la noche de las hogueras. Junto al mar. Ninguno de sus amigos creyó que aquello iba en serio hasta que Miranda se marchó a Noruega e Isaac se encerró en casa durante varios meses, intentando decidir qué haría con su vida después de aquella debacle.

—Vas a ir, ¿verdad? —le preguntó su amiga.

—¿Qué?

—Al rompeolas. En la noche de San Juan. A encontrarte con él —aclaró Ruth de forma mecánica. Era casi indignante que su amiga la hiciera especificar a qué se refería. La mayoría de las veces su comunicación casi telepática era suficiente para saber a qué se referían.

Miranda se puso recta en la silla. A veces Ruth le daba miedo. Tenía la sensación de que podía leerle el pensamiento. ¿Tanto se notaba que estaba pensando en él en ese preciso instante?

—No estoy segura de que eso sea una buena idea.

—¿Pero no decías que es un tema que tienes totalmente superado? Ha pasado mucho tiempo...

—¿En serio crees que él va a acordarse siquiera de lo que dijo en un momento de enajenación? ¿Qué va a estar ahí esperando a las cinco de la mañana con un ramo de flores?

Ruth se rio.

—Eso sería totalmente ridículo. Pero tal vez deberíamos averiguar de alguna manera si él piensa presentarse.

—Ah, ¿sí? ¿Averiguar? ¿Y como piensas averiguarlo? Ni siquiera sabemos si vive en esta ciudad.

—Yo tampoco vivo en ella y aquí estoy, ¿sabes? De vacaciones. La gente viene de visita, a ver a la familia y esas cosas...Y no creo que sea descabellado hacer coincidir una de esas visitas con...ya sabes...vuestra cita del futuro.

“La cita del futuro”. Así lo llamaba Ruth. Ella era la única persona a quien se lo había contado, y a veces se arrepentía de haberle dicho nada. ¡Vaya si se arrepentía! Esa fecha acordada, veintitrés de junio de 2019, nunca se había borrado de su memoria y en cierto modo, los últimos meses habían supuesto una cuenta atrás. Durante años había pensado que su ruptura con Isaac estaba cien por cien superada, pero solo fue en el momento en que se separó de Magnus y empezó a sopesar la idea de volver a España cuando se dio cuenta de lo poco que quedaba para esa noche de San Juan.

No habían seguido en contacto. La última vez que había hablado con Isaac había sido un año después de separarse, más o menos. Intercambiaron un par de emails cuando Miranda se enteró de que el padre de él había fallecido de un infarto de forma repentina. Intentó llamarlo, pero al parecer había cambiado de número. Así que inevitablemente optó por un correo electrónico. Isaac usaba algunas redes sociales de forma muy esporádica y solo si las necesitaba para algo relacionado con su profesión de músico, así que contactarle vía Facebook en ese caso no le pareció lo más apropiado.

Él le contestó en ese mismo día, y por el tono de su mensaje parecía sinceramente contento de tener noticias tuyas, a pesar de las amargas circunstancias. Intercambiaron dos o tres emails durante aquella semana y, después, el silencio absoluto hasta el momento presente.

Pasaron dos años y pico más hasta que, un día, encerrada en su apartamento noruego, rodeada de oscuridad y nieve polar, Miranda cogió su ordenador y decidió investigar qué había sido de su antiguo amor de la veintena. Tras dos horas de ardua búsqueda en Google, consiguió hallar la pista de Isaac y sus circunstancias actuales. Se alegró mucho al enterarse de que había logrado su sueño de convertirse en saxofonista profesional de jazz. Encontró algunos vídeos en Youtube y se estremeció al comprobar que seguía tan atractivo como siempre y, a todas luces, curado de la profunda herida que

ella misma le causó.

Isaac había estado girando por el mundo. Había pasado de tocar en pequeñas reuniones de amigos, eventos corporativos y bodas con su banda a estar en algunos de los clubes de jazz más importantes del mundo. Echó un vistazo a su página web y al listado de conciertos que habían hecho en los últimos años. Nueva York, París, Londres, Berlín, San Francisco, Montreal, Nueva Orleans...Había viajado con su saxo y sus compañeros por los cinco continentes.

Algo se le quebró por dentro cuando vio que también había pasado por Oslo, la ciudad donde ella vivía. Hacía tan solo cinco meses. Ni se había enterado, a pesar de que Miranda era de esas personas que miraba los carteles de conciertos que colgaban de postes y marquesinas por las calles. ¿Habría ido a verlo? Probablemente no, por el hecho de que no sabía cómo iba a responder emocionalmente a ese encuentro. Pero la capital noruega era casi un pueblo. El centro era pequeñísimo, podría habérselo encontrado en cualquier cafetería, en cualquier esquina, haciendo equilibrios sobre las aceras heladas para no caerse de bruces.

Y también había respirado aliviada porque cada cierto tiempo se acordaba de esa “cita del futuro”, de esa noche de San Juan de 2019 en la que supuestamente tendrían que encontrarse junto al espigón. En todos esos años nunca había podido decidir si acudiría o no a la cita, pero quería pensar que sí, que allí estaría, y que encontrarse de manera fortuita antes de esa noche supondría arruinar cualquier posibilidad de magia.

Miranda y Ruth terminaron sus respectivos vermutos y entraron al bar a pagar. Les apetecía ir un poco de tiendas y dar una vuelta por el centro. Tal vez caminar hasta la playa y seguir tomando el sol de principios de junio que tanto habían echado en falta.

—Aún no me has dicho hasta cuándo te quedas —dijo Miranda.

—Unas tres semanas, hasta el día veinticinco.

—Guau. Entonces, ¿definitivamente cambias de trabajo? ¿Ya es seguro?

—Sí. He aceptado. Cambio de agencia. Bueno, sigo trabajando por mi cuenta, pero mi principal cliente a partir de ahora será Blackfish.

Ruth vivía en Brooklyn, Nueva York, desde hacía unos seis años. Era una reputada diseñadora gráfica y ya había empezado a despuntar incluso cuando aún estaba estudiando. Ganó varios premios de diseño y enseguida se la disputaron varias agencias de publicidad. Finalmente, decidió establecerse como *freelance* y empezó a ganar clientes. Uno de ellos fue un museo

neoyorkino. Así que, después de varios viajes al otro lado del charco, Ruth decidió liarle la manta a la cabeza y probar suerte en la ciudad de los rascacielos. No fue fácil, durante los primeros dos años pasó bastantes penurias y tuvo que vivir en auténticos zulos hasta que consiguió la preciada Green Card, para poder quedarse allí de forma permanente.

Todo iba mucho mejor desde hacía un tiempo pero, aunque no lo había confesado abiertamente, Miranda tenía la sensación de que su amiga, en el fondo, deseaba regresar a Barcelona. Y sobre todo desde que ella le había comunicado su decisión de volver.

La vida amorosa de Ruth también se había desmoronado hacía poco más de un año. A Miranda le había costado horrores averiguar qué había sucedido con Michael, su maravilloso novio de Wisconsin, que había dejado el Midwest para mudarse con ella a Nueva York. En una de sus escapadas a Nueva York Ruth le había confesado que había sido infiel a Michael y que este se había enterado. No podía reprocharle absolutamente nada, más que aceptar su decisión y aprender de su error. Ruth se lo contó una noche en la terraza de un hotel en Manhattan, donde habían subido para tomar una copa y disfrutar de las vistas. Allí, entre lágrimas y algo más afectada de lo que había parecido por teléfono, entró en algo más de detalles, gracias en gran medida a la cantidad de margaritas que se habían metido entre pecho y espalda.

A pesar de que se contaban absolutamente todo desde que tenían dieciséis años, Miranda nunca había conseguido que Ruth le revelara los detalles de aquel desliz, y en parte la entendía. Su amiga se sentía avergonzada, y en otra ocasión le confesó que tenía la sensación de haberla cagado sin remedio. Que Michael era alguien importante y que lo había expulsado sin posibilidad alguna de recuperarlo. Y lo entendía a la perfección.

No quiso decirle quién había sido aquel misterioso hombre que había hecho que todo saltara por los aires. No le dio ningún dato sobre él. ¿Era americano? ¿Vivía en la ciudad? ¿Aquel romance de fin de semana había tenido algún tipo de continuación? ¿Habían seguido en contacto después de ese día? Ruth se había cerrado en banda. Nunca quiso hablar más de lo sucedido. Al principio soltaba una risa nerviosa y cambiaba de tema. Con el paso de los meses simplemente torcía el gesto y enmudecía. Era curioso, pero desde su abrupta separación de Michael y aquel misterioso *affaire* no había vuelto a mencionar a ningún otro chico con el que potencialmente pudiera pasar algo, y eso que vivía en Nueva York, la ciudad por excelencia de los solteros.

Caminaron hasta el barrio del Born y visitaron algunas tiendas de moda

de diseñadores independientes. Miranda se probó un par de vestidos, y aunque ambos le sentaban fenomenal, no compró ninguno. No se lo había dicho a Ruth porque aún no había tomado ninguna decisión definitiva, pero era obvio que estaba buscando algún modelito para ese posible encuentro con Isaac.

Salió de uno de los probadores con una bonita pieza de color aguamarina.  
—Ese —dijo Ruth—. Tienes que quedártelo.

Paseó un poco por la tienda, bajo las miradas de aprobación de su amiga y de la dependienta. Aquel color hacía que su melena de color castaño claro destacase aún más.

—No sé si me convence. Creo que lo pensaré un poco.

Había echado un vistazo al precio en la etiqueta, y aunque desde que había regresado de Noruega todo le parecía barato, aquello estaba un poco fuera de su presupuesto. Pero la realidad era que, aunque ya tenía un contrato de trabajo y todo el verano por delante para desconectar de su vida anterior en el norte, no le convenía ponerse a gastar como una loca. Especialmente en vestidos de más de doscientos euros. Observó la sonrisa irónica de Ruth y decidió que, si seguía pensando en él, volvería a buscarlo otro día, a solas. Aún faltaban unas semanas para la noche de San Juan y, quién sabe, tal vez encontraría un vestido mucho más bonito en otro momento.

Se despidieron de la dependienta con una gran sonrisa y ambas pasearon hacia la luz y el olor que despedían las olas del Mediterráneo. Qué bien les estaba sentando volver a casa.

## CAPÍTULO 3

Miranda estaba alucinada con el nuevo aspecto de Raquel, la antigua novia (o más bien novia “esporádica”) de Roque, uno de los chicos del grupo de amigos que frecuentaba antes de marcharse a vivir a Noruega. El día y la noche. La había citado en una cafetería de la Vía Laietana para enseñarle un pequeño estudio cerca de la catedral y, de paso, actualizarse un poco. Raquel trabajaba en una agencia inmobiliaria y por algún motivo, habían seguido en contacto muchos años después de que Roque la dejase por una camarera del Sterling.

Pero nada que ver. La chica que tenía delante no se asemejaba en nada al duendecillo rubio con rastas y *piercings* que Roque acostumbraba a rondar un par de veces al mes. La pequeña Raquel se había convertido, seis años después, en el clon de una ejecutiva agresiva capaz de convencer a cualquiera de que había entrado en la casa de sus sueños.

Su melena se había oscurecido y alisado, no había ni un aro de metal en su rostro —aunque sí quedaban algunos agujeritos cerrados aquí y allá—, y vestía un imponente (y carísimo), traje con americana.

Raquel había sido la primera persona en la que había pensado cuando decidió que lo de quedarse en casa de sus padres a su regreso sería cien por cien temporal. Necesitaba tener su propio espacio, aunque fuera enano. Ya se ocuparía ella de adecentarlo y convertirlo en un sitio bonito y habitable.

Además de los problemas para los que estaba preparada mentalmente, los precios desorbitados y la escasez de pisos propios de una ciudad tan turística, había que tener en cuenta que Miranda no empezaba a trabajar hasta dentro de tres meses, por lo que aún no contaba con ninguna nómina que pudiera aportar en su proceso de búsqueda de piso. Lo bueno era que tampoco tenía demasiada prisa. Había traído muy poquitas cosas de Noruega. De hecho se había desprendido allí de todos sus muebles y solo había regresado con tres maletas, dos de ropa que aquí jamás se pondría y una llena con sus libros favoritos.

Había enviado un email a Raquel sin demasiadas esperanzas, ya que la agencia para la que trabajaba gestionaba sobre todo pisos de alto *standing*, bastante lejos de su presupuesto. Sin embargo hubo suerte y la agente localizó

enseguida un bonito estudio que no estaba nada mal de precio y que podría enseñarle sin problema. Aún no había salido al mercado, por lo que no tendría competir con doscientos posibles inquilinos.

Habían quedado para desayunar en una cafetería *hipster* de las muchas que habían proliferado por la ciudad en los últimos años, decorada con tabloncillos de madera y provista de un buen surtido de zumos verdes y tartas caseras. Raquel la había citado allí porque estaba muy cerca del estudio que iba a enseñarle, así que Miranda aprovechó para llegar un rato antes y dar una vuelta por la zona. Sin duda, y aunque era bastante céntrico, el barrio era de su gusto. La chica le había prometido que estaba en una calle tranquila entre la catedral y la Vía Laietana y que no tendría que lidiar con hordas de turistas para llegar a casa en el caso de que el sitio le gustase. El dueño del estudio se marchaba en dos meses a vivir al País Vasco por motivos familiares y le urgía alquilarlo. Y algo en la voz de Raquel, por teléfono, le decía que ella también necesitaba sacárselo pronto de encima. Así que tal vez estaba ante una buena oportunidad.

—Podemos desayunar con la calma —le dijo mientras clavaba la cuchara en un trozo de tarta de zanahoria—. No tengo más visitas hasta la tarde. Solo tengo que hacer algo de papeleo en la oficina, pero dudo que me lleve más de media hora. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Desde aquella vez en Oslo?

Miranda asintió y reflexionó durante unos segundos. Había sido muy gracioso encontrarse a Raquel hacía unos años de forma inesperada. A pesar de ser una ciudad mucho más pequeña, la capital noruega no es París o Berlín. No es un sitio donde la gente vaya hacer turismo. Pero Raquel había visitado Noruega para recorrer los Fiordos y pasó por la capital, donde se quedó un par de días con su madre y una de sus tías.

—¿Hace unos dos años? —preguntó Miranda.

—Sí. Estuvo bien.

Desde aquel encuentro fortuito habían mantenido un contacto más o menos esporádico a través de *whatsapp* y alguna que otra red social. Miranda le había dado algunos buenos consejos sobre dónde comer en Oslo sin tener que dejarse un riñón —algo bastante complicado, la verdad—, y habían aprovechado para tomar un café.

—Entonces, ¿tu idea es quedarte aquí definitivamente?

—Sí. Te comenté que había encontrado trabajo, ¿verdad? Empiezo en septiembre.

—¿Tienes todo el verano libre?



Miranda asintió emocionada.

—Me muero de envidia. No tengo un verano libre desde...ni me acuerdo.

—¿Desde el instituto?

Raquel se rio.

—Sí, probablemente. Vamos a ver qué te parece el estudio. Ya te conté, es pequeñito, pero el espacio está muy bien aprovechado. Es una finca tranquila, sin apartamentos turísticos, y la calle es peatonal como ya habrás visto.

—Sí, he venido un rato antes para dar una vuelta por la zona y echar un vistazo...A lo mejor es un poco más céntrico de lo que había pensado en un principio, pero creo que podré acostumbrarme...El contraste con la tranquilidad que había en las calles de Oslo...es grande.

—Bueno, a mí la impresión que me dio cuando la visité es que allí no vivía nadie.

Miranda soltó una carcajada. Tenía razón.

—Sí, digamos que la gente no está por la calle. Si ves gente caminando, es solo porque van a un sitio específico.

—Oye, ¿y aquel chico noruego del que me hablaste? ¿Ya no estáis juntos?

Un poco cotilla Raquel sí que era.

—¿Magnus? No, no, aquella historia terminó. Estoy cien por cien soltera... ¿Y tú?

—Algo hay por ahí. Nada destacable. Quiero decir, nadie que le pueda presentar a mi madre.

—¡Te entiendo!

—Es un tema complicado. No sé si te apetece tener citas, pero te advierto...el mercado está fatal en esta ciudad.

—¿No está fatal en cualquier sitio? De todas formas, voy a estar bastante ocupada en los próximos meses, aclimatándome a todo, el nuevo trabajo, retomando el contacto con mucha gente...

—Ah, sí. ¿Y aquel chico con el que salías antes de irte? ¿Isaac, se llamaba? El colega de Roque. Bufff, hace mil años de eso, ¿no? ¿Seguís en contacto? Lo vi el otro día en la Cueva del Jam.

Miranda casi se atragantó con el café cuando oyó aquella revelación.

—¿Viste a Roque?

—No, no. A Isaac. Fui con unos compañeros de la oficina a la salida del trabajo. A uno de ellos le encanta el jazz y nos arrastró hacia allí para tomar algo y escuchar un poco de música en directo. Y ahí estaba, tocando el saxo.

No soy ninguna experta, pero me encantó.

—¿Seguro que era él? No sabía que estaba en la ciudad.

Miranda pensó en cuantas veces podría haber coincidido Raquel con Isaac en el pasado. No tantas. A pesar de que Roque había sido para ella algo muy parecido a un novio al uso, sabía de buena tinta que él nunca la había considerado como tal. Ninguno de los dos hizo nada por tener aquella conversación y hacer las cosas “oficiales”. Y eso implicaba varias cosas, como que el contacto con los amigos del otro era bastante esporádico. Ni siquiera Roque e Isaac habían sido íntimos en esa época. Pero parecía bastante convencida de que era él a quien había visto sobre el escenario de aquel club de jazz. Y además, Isaac, si seguía tan guapo como por entonces, no era de extrañar que lo hubiera reconocido al momento.

Por un instante, sintió un incontrolable ramalazo de celos. Raquel había visto a Isaac hacía solo unos días y ella no. ¡Estaba en la ciudad! Respiró profundamente, intentando serenar aquella inquietud que ya manaba de algún lugar de su organismo y que al mismo tiempo la alarmaba. Si aquel tema estaba tan superado, ¿por qué sentía la necesidad de revolverse en la silla, de ponerse de pie y salir de aquella cafetería? En ese momento se sentía como si se hubiera perdido la fiesta del siglo por quedarse leyendo en casa.

—Era él seguro —dijo Raquel con rotundidad—. Estaba más o menos igual a como lo recordaba. Bueno, los años le han sentado muy bien. Tenía un poco de barba...Y es obvio que le va bien. El sitio estaba tan lleno que estuvimos a punto de marcharnos.

—Ya. Pues no, no estamos en contacto.

—¿Sabes? Me sorprendí mucho cuando Roque me contó que lo habíais dejado. Casi me hizo perder la fe en el amor...

Miranda se rio, quitándole hierro al asunto.

—No pasó nada en concreto. Tomamos caminos distintos. Sentí que en ese momento tenía que dedicar más tiempo a mí misma, a averiguar qué camino profesional quería tomar. Y quería vivir fuera un tiempo...Así que fui yo quien tomó la decisión.

—¿Y te arrepentiste en algún momento?

Miranda guardó silencio durante unos instantes y, después, mintió:

—No. Sentí que era lo que tenía que hacer en aquella época.

—Claro, tiene todo el sentido...Bueno, si te apetece verlo... creo que su banda estaba casi todo el verano tocando en ese local. Vi un cartel por allí colgado. Al menos era una vez a la semana. No sabría exactamente decirte

cuándo. Nosotros fuimos un martes por la noche, pero no estoy segura de si siempre tocan el mismo día de la semana.

Terminaron el desayuno y pidieron la cuenta. Para Miranda, aquel encuentro se había enrarecido por momentos, y eso que la conversación había sido de lo más cordial y fluida. Había sido aquella mención de Isaac de repente lo que había alterado su conciencia. Obviamente Raquel no sabía nada de la hipotética cita que tenían programada para la noche de San Juan. Era una cosa que no le apetecía airear bajo ningún concepto. Y no porque le diera una especial relevancia o porque hubiera decidido ya presentarse allí, sino porque no tenía ganas de ponerse presión a sí misma; y ya se sabe como van estas cosas. Basta que se lo comentas a alguien para que esa persona se pase los próximos días preguntando si has tomado o no alguna decisión al respecto.

Miranda ya deseaba ir al grano y visitar el estudio con Raquel para poder dedicar la mañana a otras cosas, pero la conversación entre ellas se volvió un tanto más inquietante, ya que de nuevo la agente inmobiliaria hizo otra vez referencia a su visita a La Cueva del Jam. Fue así:

—¿Tienes previsto ir de vacaciones este verano? —le preguntó Miranda, ya en la calle, y decidida a desviar el tema hacia otros asuntos más livianos.

Raquel resopló.

—Ummm...complicado. El periodo de verano es cuando más trabajo tenemos en la agencia. Mucha gente deja su piso y otros, como tú, llegan para empezar trabajos o estudios en septiembre. Así que dudo que pueda escaparme hasta otoño. De todas formas casi prefiero viajar en otras épocas del año...

—Sí, yo también.

—¡Por cierto! Creo que vi el otro día en tu Instagram que habías estado en una pizzería nueva de la que ya he oído hablar bastante...¿sabes cuál te digo?

Miranda frunció el ceño, pensativa. Raquel era una de esas personas inquietantes que te habla o te pregunta por cosas que ha visto en tus redes sociales, en lugar de asumirlas en silencio y guardarse la información para sí misma.

Sacó el móvil de su bolso y abrió la aplicación de Instagram. Deslizó las últimas fotos con el dedo, aunque sabía perfectamente cuál era la instantánea a la que se refería. Había sido Ruth quien había insistido para encontrarse allí, después de que ambas llegasen a la ciudad con apenas unos días de diferencia. Le había hecho a Ruth una foto que había quedado genial, gracias en parte a que llevaba una blusa floreada preciosa, a punto de atacar una espectacular

pizza *prosciuto*.

Se la enseñó.

—¿Esta? —contestó—. Sí, aquí está. Pizza Bellavista. ¿Has ido? Si te gusta la pizza napolitana, tienes que ir. La verdad es que no sé cómo hace mi amiga Ruth para enterarse de todos los nuevos restaurantes que abren por aquí, y eso que vive al otro lado del charco.

Raquel se detuvo y contempló la foto que le enseñaba con atención.

—¿Esa chica es amiga tuya? ¿Sabes que creo que la conozco?

—¿A Ruth? Es complicado...vive en Nueva York. Aunque ahora está por aquí de vacaciones.

—No, no. Me refiero a que la he visto antes. La semana pasada. En ese club de jazz en el que actuaba tu exnovio. En La Cueva del Jam.

Miranda la observó perpleja. Aquello no era posible. Ruth había llegado una semana antes que ella a Barcelona, sí, pero estaba cien por cien segura de que si hubiera estado en uno de los recitales de Isaac ella habría sido la primera persona a la que se lo habría dicho. ¿O no? ¿Tal vez Ruth sabía a ciencia cierta como le estaba afectando el hecho de que el día del encuentro se acercaba y no quería añadir presión al asunto? Aún así, era raro...¿Ruth en un concierto de jazz? Jamás había mencionado ni por asomo que le gustase ese tipo de música.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí, completamente. Lo sé porque me fijé en la blusa que llevaba. Es la misma que en esa foto de la pizzería. Me gustó tanto cómo le quedaba que estuve a punto de preguntarle dónde la había comprado. Pero ahora que me dices que vive en Nueva York, pues ya entiendo todo...

—¿Entender todo?

—Sí, me pareció una chica con mucho estilo.

Miranda buscó el perfil de Instagram de Ruth y se lo enseñó a Raquel.

—Sí, es ella. Cien por cien. ¿No te ha dicho que estuvo en el concierto de Isaac?

—Bueno, hace días que no nos vemos —mintió—. Supongo que ya me contará la próxima vez que quedemos.

Raquel torció el gesto, consciente de que algo no encajaba.

—Bah, no le des demasiada importancia. Desde que cambiaron la ordenanza municipal ahora el Ayuntamiento es más permisivo con esto de los conciertos, ¿sabes? En cualquier bar te encuentras un show montado a las seis

de la tarde. Tal vez tu amiga salió a tomar algo y se topó con el concierto.

Raquel se detuvo delante de un portal, y en los siguientes veinte minutos se convirtió en una comercial de pisos impecable. Y respecto a lo que comentaba acerca del concierto, tal vez fue así. Que Ruth hubiera salido a tomar algo y se encontrase a Isaac tocando su saxo. Y que se hubiera olvidado de mencionarlo.

Era poco probable, pero no imposible.

## CAPÍTULO 4

*Martes, 4 de junio de 2019*

El exilio en Nueva York no es tan idílico como puede parecer. Hay muchas cosas que se echan de menos y que no valoramos hasta que estamos lejos, y Ruth lo sabía perfectamente. Hacía solo dos días que había aterrizado en Barcelona, dispuesta a disfrutar de la ciudad durante el mes de junio. Era un mes que le gustaba especialmente y desde hacía años hacía todo lo posible por concentrar sus vacaciones en ese periodo. Si es que lo suyo podía llamarse vacaciones... porque Ruth no podía mantenerse mucho tiempo alejada de sus proyectos de diseño, y si hubiera dejado el Macbook en Brooklyn se hubiera sentido como si le faltase alguna parte del cuerpo.

Algo que sucede cuando pasas varios años fuera de tu país es que, cada vez que vuelves, ves a menos gente. Es inevitable ir perdiendo el contacto con algunas personas. Las amistades se van difuminando. La familia se ramifica y teje sus nuevas redes. Pero desde hacía muchos años sabía que eso nunca iba a pasar con Miranda. O, al menos, haría todo lo que estuviera en su mano para que eso no pasara jamás.

Y a cada año que vuelves y tienes menos gente a la que ver, exponencialmente va creciendo el reencuentro con la ciudad. Miranda llegaría en los próximos días procedente de Oslo, y esta vez para quedarse; así que Ruth aprovechó los días anteriores a su llegada para dejarse absorber por su santa madre y para pasear sin rumbo por sus lugares favoritos de Barcelona, que no eran precisamente los más turísticos.

El *shock* que había sentido cuando Miranda le comunicó que regresaba a España sin billete de vuelta había sido mayúsculo. Se lo había dicho unos meses antes en una de sus conversaciones por Skype, y lo primero que pensó fue: *yo también quiero volver*. Es más, si alguien lo tenía fácil, era ella misma, ya que en realidad podía permitirse hacer su trabajo desde cualquier lugar del mundo. Tan solo necesitaba su adorado MacBook, su indiscutible creatividad y una conexión a Internet. Podía trabajar para sus clientes de todo el mundo desde donde le diera la gana.

La verdad es que sería fantástico que las dos volvieran a casa. En el caso de Miranda, y aunque nunca hasta el momento le había dicho nada acerca de su

intención de abandonar Oslo, tenía todo el sentido. Su relación con Magnus se había apagado de forma lenta y tranquila. Lo suyo con Michael había sido mucho más doloroso y complicado, pero a pesar de todo Ruth había decidido continuar un tiempo más en Nueva York, la ciudad que la había enamorado desde niña. Pero cada vez más a menudo se formulaba la pregunta: ¿estaba preparada para abandonarla y regresar a casa?

Cada vez tenía más claro que sí.

Pero Ruth no podía regresar a ningún sitio sin antes sanar una herida que se reabría cada cierto tiempo. Ella pensaba que era una cicatriz, pero solo cuando se vio delante de La Cueva del Jam se dio cuenta de que seguía siendo un corte profundo mal cosido. Necesitaba hacer las paces consigo misma de una vez por todas.

Siempre le había gustado tomar una copa a solas en la barra de algún bar agradable. Prefería aquellos que no estaban demasiado atestados, con música tranquila de fondo y camareros simpáticos que no hiciesen demasiadas preguntas. Era un tabú con el que rompió nada más llegar a Nueva York, una tradición personal a la que se había mantenido fiel incluso durante el tiempo en que vivió con Michael. Por desgracia, aún había gente en este mundo que no entendía que una chica quisiera tomarse una copa de vino al anochecer en un bar sin que nadie le hablara, con la única intención de estar a solas con sus pensamientos y observar el ir y venir del local y la gente que lo poblase en ese rato. Era su momento. Algo que le encantaba y que jamás dejaría de hacer.

Durante este íntimo ritual, que tenía lugar una vez a la semana en algún bar del sur de Manhattan, lo más normal del mundo era que algún chico se acercase para ofrecerle conversación e invitarla a una segunda copa. A veces aceptaba y otras no, dependiendo de las ganas que tuviese de conversar con un extraño, y, por supuesto, de lo atractivo que fuese. A Ruth le daba exactamente igual lo que pensara nadie acerca de su pequeña tradición. A Miranda, por ejemplo, le hacía mucha gracia, ya que según ella había una gran diferencia entre desayunar en una cafetería mientras se escucha algún podcast en el móvil o se hojea una revista y tomarse un gin-tónico a las nueve de la noche en algún local de moda del Village.

Y allí estaba Ruth, delante de La Cueva, fiel a sus tradiciones personales, aunque en esa ocasión la recorría un hilito de nerviosismo.

Había visto el cartel del concierto mientras pasaba por la Plaza Universidad. La foto le llamó la atención enseguida. Allí estaba,

inconfundible. Isaac y su saxo. El antiguo novio de Miranda tocaba todos los martes en La Cueva del Jam, un local que siempre había querido visitar y del que tenía muy buenas referencias. Había quedado para una merienda tardía con una de sus antiguas compañeras de la escuela de diseño gráfico y lo que pensaba que acabaría convirtiéndose en una cena y tal vez una salida nocturna acabó con ella sola despidiéndose de Luciana, que así se llamaba la chica, en medio de la Gran Vía. Luci tenía una hija de apenas un año y tenía que volver a casa para verla antes de que se durmiera.

Así que se despidieron y Ruth pensó que era demasiado pronto para irse a casa. Entonces vio el cartel que anunciaba la actuación de Isaac y su banda y, sin apenas pensarlo, se encaminó hacia el local, que no quedaba demasiado lejos. Estaba en una calle que daba a las Ramblas y podía llegar caminando en apenas diez minutos.

De camino hacia allí, entró en la tienda Sephora de uno de los céntricos centros comerciales de la ciudad y se retocó el maquillaje. Se recogió la melena oscura en una coleta, ya que consideró que su pelo no vivía su mejor momento aquel día debido a aquella maldita humedad, y se observó durante unos segundos en uno de los espejos del centro. Sonrió y se dio el visto bueno al instante.

Entró en La Cueva del Jam consciente de que su colorida blusa resaltaría en el ambiente intimista y oscuro del local. En cuanto vio las dimensiones de aquel sitio, supo que Isaac la vería, pero no le preocupaba en absoluto. Se sentó en la barra, dejó sobre ella el bolsito en el que no llevaba más que el móvil, una tarjeta de débito y las llaves de casa de sus padres y se inclinó cuando el camarero se acercó a ella con el rostro serio.

Ruth estaba acostumbrada a que los camareros fueran extra simpáticos en Nueva York, ya que de ello dependía en buena medida que obtuvieran o no una propina decente, y aún se sorprendía al notar cierta indiferencia en ese sentido cuando viajaba.

—Un Negroni, por favor —le indicó Ruth.

Se sentó como siempre que quería interactuar de alguna manera con el local: de espaldas a la barra.

Era un sitio magnífico, del todo orientado a disfrutar de la música en directo. La barra era relativamente pequeña, con la base recubierta de un tapiz aterciopelado de color granate oscuro. El escenario estaba a unos quince metros de allí, en la pared del fondo, rodeado de mesitas que poco a poco se iban llenando de aficionados al jazz. Era la segunda vez en su vida que iba a



presenciar un espectáculo de ese estilo en directo. Tal vez era una terrible casualidad que en ambos casos Isaac fuera el protagonista.

No tardó demasiado en salir al escenario, acompañado de tres músicos. En cuanto lo vio, respiró aliviada y supo que todo iba a salir bien, que había estado totalmente en lo cierto al pensar que su herida no era tal, sino una simple cicatriz. Una cicatriz oculta, de esas escondidas en algún rincón del cuerpo, lejos de miradas ajenas.

Ruth ignoró las miradas de aprobación de varios chicos que se deslizaron a su lado para pedir una copa, y se concentró en el desenfrenado caos del jazz, que tan lejos le quedaba. Los sonidos desordenados inundaron el local y, poco a poco, todos los sentidos del público, no muy numeroso pero sí entusiasta.

Se giró para preguntar al camarero, que se había colocado junto a ella al otro lado de la barra.

—¿Tocan muy a menudo aquí?

—¿Este cuarteto? No. Es su segunda semana. Estarán aquí durante los próximos dos meses, más o menos. Ojalá pudieran quedarse un poco más. Son buenos...y se está corriendo la voz.

A pesar de que el show ya había arrancado, la gente seguía entrando en el local.

Cuando terminó y Ruth consideró que un tercer Negroni era tentar demasiado a la suerte, Isaac se acercó a ella para saludarla. La había visto desde el escenario. Sí, al parecer los músicos pueden ver todos y cada uno de los rostros que han ido a verlos. Le dio un abrazo afectuoso, y ella permitió que durase unos segundos más de la cuenta. Notó como muchas de las miradas de la sala se posaban sobre ellos en aquel preciso instante. Rodeó la espalda de Isaac con los brazos. ¿Siempre había sido tan ancha?

—¡No sabes cómo me alegro de ver una cara conocida! —le dijo él—. Y qué sorpresa verte aquí. ¿Ya no vives en Nueva York?

—Sí, sí. Solo he venido a ver a la familia. He visto un cartel con tu foto y no he podido resistirme a entrar y tomar una copa —contestó, sonriéndole.

—¿Te ha gustado?

—Bueno, ya sabes que el jazz nunca fue mi estilo favorito, pero no se puede negar que sois formidables. ¡Enhorabuena!

—Vaya, muchas gracias —Isaac pareció sinceramente contento de escuchar aquellas palabras y aquello le pareció un gesto precioso—. Estás de vacaciones, entonces...

—Exacto.

Un silencio de tres segundos no debería ser incómodo, pero aquel sí que lo fue, así que Ruth buscó desesperadamente algo más que decir. No le parecía el momento adecuado de mencionar a Miranda, ni de comunicarle que ella llegaría a la ciudad en solo unos días. Se preguntó si él sabría algo sobre su decisión de regresar a Barcelona definitivamente.

—Veo que sigues triunfando...

Él se rio.

—Las cosas no van nada mal. No puedo quejarme. Aunque no he dejado de dar clases, la verdad...Las dejé durante un tiempo, cuando empezamos a salir de gira más a menudo, y lo eché de menos enseguida. Así que mantengo a algunos de mis alumnos y sigo con algunas clases particulares. Pero estoy feliz de volver a casa...y esta vez al menos durante tres meses...

Ruth respiró aliviada. Todo estaba bien en aquella conversación, cordial y risueña. Dos viejos conocidos que se reencuentran después de unos años y son incapaces de ignorarse. Todo bien. No tenía nada de lo que preocuparse. Evaluó su bienestar a la velocidad de la luz y se sintió en paz consigo misma.

Fue entonces cuando una mano agarró el codo del atractivo saxofonista y lo atrajo hacia sí. A su lado se había materializado una preciosa chica con el pelo castaño y corto, a lo *garçon*, y unas bonitas gafas de pasta. Tenía unos labios carnosos, cubiertos por una sutil capa de *gloss*. Era esbelta y vestía una camiseta de rallas marineras. Aquella apariencia dulce y afrancesada, sin embargo, no se correspondió con sus gestos, ya que se llevó a Isaac de allí con una extraña maniobra. Se acercó a su oído y le susurró que uno de los músicos lo buscaba. Mientras lo hacía, él la rodeó por la cintura con el brazo, en un gesto demasiado sospechoso.

Nunca hubo posibilidad de estirar aquella conversación con Isaac, el histórico novio de Miranda. Él se excusó murmurando un “hablamos después” y se retiró, siguiendo a la chica que había ido a buscarlo. Ruth sabía que no hablarían, a pesar de que tal vez era necesario. Pensó en Miranda y en su cita del futuro. Apenas quedaban tres semanas para esa noche y, con todo el pesar del mundo, sintió que aquel chico estaba muy lejos de ese rompeolas. Pero no podía decírselo a ella. Solo podía dejar que los acontecimientos se precipitaran por sí solos y estar a su lado si su amiga se desmoronaba; porque Ruth sabía que Miranda volvía ilusionada con aquel posible no encuentro. No se lo había dicho explícitamente, pero no hacía falta.

## CAPÍTULO 5

Le encantó el apartamento que le había enseñado Raquel. Miranda nunca entendió muy bien esa máxima de que tienes que ver tantos pisos como puedas antes de decidirte por uno. En todas las ocasiones en las que había tenido que buscar un sitio donde vivir, había tenido la suerte de dar con el lugar ideal a la primera o, como mucho, la segunda. Simplemente, se concentraba en su intuición desde el momento en que ponía un pie en el hogar que visitaba. Lo más importante era: ¿se veía viviendo allí? ¿sentía que aquel sitio de paredes vacías podía ser su hogar? Si la respuesta era sí, entonces se fijaba en cosas más prosaicas, como la luz natural, el estado de las tuberías y equipamientos o los vecinos con los que tendría que convivir.

En el caso de aquel estudio cercano a la Vía Laietana había sucedido exactamente eso. Estaba reformado y casi todo era nuevo. Se notaba que su propietario lo había cuidado con mimo. De hecho, según le contó Raquel, era un conocido de su jefe y estaba especialmente interesado en alquilarlo a alguien de confianza lo antes posible.

Era más amplio de lo que esperaba, unos cuarenta y cinco metros cuadrados muy bien aprovechados. Suficientes para Miranda, que no era alguien que pasara demasiado tiempo en casa. El precio también era bastante aceptable teniendo en cuenta su localización. No lo pensó demasiado y Raquel se lo puso bastante fácil. Pedían tres meses de fianza, y eso le pareció algo excesivo, pero no iba a ser un problema. Había ahorrado bastante dinero durante todos esos años en Noruega —es lo que pasa cuando no puedes salir demasiado a la calle porque te congelas—, y ya había firmado el contrato con su nueva empresa, que podría enviarle a Raquel por email al día siguiente. Por ser de confianza, pasarían por alto la cuestión de que aún no aportaría ninguna nómina.

Así que había un tema más solucionado. El sitio tenía algunos muebles que sin duda aprovecharía. Eran piezas minimalistas, muy funcionales, que, para su sorpresa, no eran de IKEA.

Algo también maravilloso de aquellos días, además de su reencuentro con la ciudad que tanto había echado de menos, era que sus padres,

accidentales compañeros de piso, se habían marchado a hacer un crucero y estarían fuera unos diez días. Si todo iba bien en un par de semanas Miranda tendría las llaves de su estudio, así que podría instalarse con toda la calma del mundo a lo largo del verano.

Así que aquella tarde se plantó en el sofá y se armó con dos de sus extensiones favoritas: la *tablet* y el teléfono móvil. Lo del estudio había sido una excelente noticia y estaba feliz, pero no podía dejar de pensar en lo que le había contado Raquel acerca de Isaac. Digamos que tardó cero coma dos segundos en encontrar la web de La Cueva del Jam y localizar la agenda de eventos del local.

La investigación fue muy fructífera. Isaac estaba allí tocando su saxo todos los martes de junio y julio con su banda. Al día siguiente era martes. La mente de Miranda trabajaba a toda velocidad y no sabía muy bien si de forma acertada. Hizo clic en un par de links y se puso a investigar un poco. Sabía bien lo que buscaba: fotos. Fotos actuales. Y vaya si las encontró.

Ahí estaba, más guapo que nunca. Distinto. Es decir, era totalmente reconocible, pero parecía más maduro e interesante y como bien había apuntado Raquel, aquella barba de tres días le sentaba fenomenal. Es curioso como el éxito aumenta el nivel de guapura de cualquiera. Dio con otra instantánea de él en una camiseta de manga corta blanca. *Aquellos bíceps no estaban ahí cuando lo dejamos*, pensó Miranda. Se esforzó en concreto en pensar en primera persona del plural, aunque era cien por cien consciente de que había sido ella quien había tomado la decisión.

Siguió viendo fotos. La Cueva del Jam no parecía una sala tan pequeña. Si por alguna casualidad se le ocurría presentarse allí a echar un vistazo cabía la posibilidad de que él no la viera. Solo tenía que asegurarse de entrar en la sala una vez hubiera empezado el recital.

Miranda se hundió en el sofá. Después se levantó de golpe, fue hacia el congelador y cogió un vaso de helado que llevaba un par de días esperándola. Incluso viviendo en Escandinavia siempre procuraba tener una dosis de helado almacenada para momentos de emergencia. Y aquel sin duda lo era.

Los recuerdos de su relación con Isaac y de lo que habían sido la habían invadido prácticamente desde que había bajado del avión cargada con todas sus pertenencias. Al principio pensó que era porque aquella fecha absurda se acercaba y, para bien o para mal, tendría que tomar una decisión respecto a si acudir o no a la cita. En cierto modo le molestaba que aquello empezara a

obsesionarla, porque seguramente él no estaba ni de lejos perturbado por la proximidad del día que él mismo había señalado. Tal vez ni se acordaba. Era lo más probable. Pero era un sentimiento raro. Era como si el hecho de ir o no al rompeolas en la noche de San Juan fuera una cuenta pendiente consigo misma, independientemente de si él iba o no.

Hacía unos meses había hablado de esta posibilidad con Ruth en una de las videollamadas que solían hacerse los domingos por la tarde-noche, salvando la diferencia horaria Oslo – Nueva York. No era algo que a su amiga le entusiasmara comentar, más que nada porque había sido un tema recurrente durante mucho tiempo, y Ruth siempre había estado más a favor de mirar hacia el futuro que hacia el pasado.

—¿Tú qué crees que él hará? —le había preguntado en varias ocasiones.

—Yo opino que si está soltero, irá. Obvio. Supongo que es lo que haría cualquier hombre en su posición —afirmó Ruth—. Saber si todavía estás ahí. Si estarías dispuesta a volver a su lado, independientemente de lo que él quiera. Además, ese encuentro fue idea suya, no lo olvidemos.

Y acto seguido su amiga solía cambiar de tema.

¿Debía preguntarle si estaba aquella noche en La Cueva, tal y como había asegurado Raquel? No sabía por qué razón, pero no le apetecía sacar a relucir aquel asunto y que le confesara que sí, que lo había visto y por algún motivo había decidido que era mejor no contárselo. Y sería mucho peor, obvio, que le mintiera.

Cogió el móvil y empezó a teclear un mensaje de *whatsapp* en el chat que mantenía con Ruth:

*¿Has visto por casualidad a Isaac en  
la ciudad alguno de estos días?  
Antes de que yo llegara...*

Se detuvo, meditó unos segundos y lo borró antes de pulsar sobre el icono de “enviar”. Había algo en todo aquello que no le encajaba...

Cogió de nuevo la *tablet* y volvió a mirar las fotos del local y de lo que parecía ser el primer concierto con su grupo de instrumentistas. Al día siguiente volverían a estar allí. La sola idea de presentarse en el local le aceleró el corazón. No podía imaginarse qué sucedería si finalmente lo tenía delante. Cinco años después. ¿Se atrevería a ir sola, sabiendo que lo más probable era que él la viese? Aquella fantasía de mirarlo desde la distancia, perdida entre el público, no era muy realista. Contempló de nuevo varias fotos del local. El tamaño no era muy relevante. La cuestión es que el público se

sentaba en mesitas que rodeaban el escenario y cualquiera que subiese allí tendría una panorámica perfecta de la audiencia.

Cuando terminó de revisar las fotos se hundió en el sofá y se cubrió el rostro con un cojín, aislándose por unos instantes del entorno, intentando pensar.

Estaba confundida respecto a aquella repentina obsesión con Isaac. ¿Qué le estaba sucediendo? Había regresado para empezar una nueva vida. Un nuevo trabajo en su propia ciudad. Retomar el contacto poco a poco con sus amigos del pasado y conocer gente nueva. Había hecho planes. Volver a hacer deporte al aire libre. Practicar el *running* por el pase marítimo. Ir al cine a ver las comedias románticas francesas que tanto le gustaban. Convencer a Ruth para que volviese también y encarasen juntas la treintena en aquel sitio estupendo, cerca de sus respectivas familias.

¿Por qué de repente no dejaba de pensar en Isaac? En realidad no lo había olvidado en esos cinco años. Había pensado cada cierto tiempo en él, pero solo como un bonito recuerdo. Su primera relación “de verdad”. Después, cuando lo suyo con Magnus se extinguió, no pudo evitar comparar ambas relaciones. Y ahí fue donde la historia con el noruego palidecía en comparación con Isaac. Su antiguo novio, aquel que dejó porque estaba convencida de que ambos debían de “seguir su camino”, empezó a crecer de repente en su memoria y en su corazón. No recordaba ni uno solo de sus defectos. Empezó a pensar en él con asiduidad, casi a diario. Y entonces fue consciente de que se acercaba la fecha de su supuesto encuentro.

No solo se había olvidado de esa supuesta cita durante mucho tiempo, sino que ni siquiera la contemplaba como algo verosímil, algo que pudiera suceder en realidad. Era imposible que aquella llama, ya debilitada en los últimos tiempos de su relación con Isaac, hubiera seguido viva y el destino les preparase un nuevo encuentro.

Pero allí estaba, delante de la pantalla, mirando sus fotos actuales y siguiendo su rastro en el presente, en la misma ciudad a la que ella había regresado. Miranda no solo estaba decidida a dejarse arrastrar por la inercia de su voluntad, que no era otra que acudir a aquel encuentro y ver qué pasaba, sino que estaba ya contemplando seriamente la opción de adelantarse al calendario y plantarse en el próximo concierto de Isaac.

Aquel plan la excitó. Notó esa electricidad en el estómago que hacía tanto que no sentía. Se preguntó si era producto de la sobredosis de azúcar que le estaba provocando el helado. ¿Qué necesidad había de rebuscar en el

pasado? ¿No era mejor dejarlo todo en manos del destino y dedicarse a reconstruir los cimientos de su nueva vida de repatriada? ¿Estaba simplemente aburrida una vez pasada la novedad de los primeros días en su nuevo entorno?

Llevaba unos años bastante desconectada del mundo de las citas, con el que había coqueteado brevemente en Noruega, antes de conocer a Magnus. Ahora todo aquello era lo más normal del mundo, y tal vez bajarse una aplicación y distraerse conociendo algunos chicos la apartaría de aquello que amenazaba con convertirse en una obsesión un tanto extraña. Lo pensó, pero no lo hizo. En su lugar, recordó de nuevo el bonito vestido que se había probado mientras paseaba con Ruth.

Qué demonios, iría buscarlo al día siguiente. Se levantaría, desayunaría y daría un paseo hasta la playa. Después pasaría por la tienda y lo compraría. Tal vez lo necesitaría aquel martes por la noche.

## CAPÍTULO 6

Era como si todo en aquel caluroso martes de junio hubiera sucedido de forma mecánica, como si no tuviera voluntad propia y solo actuara movida por impulsos. A las nueve de la noche, Miranda se encontraba delante de la puerta de La Cueva del Jam, en su propia encrucijada. Su delicioso dilema.

Había pasado el día sola y lo cierto era que lo había disfrutado. Hacía tiempo que no dedicaba una mañana a pasear y mirar escaparates sin ninguna prisa. Compró el vestido del que se había encaprichado, disfrutó de un delicioso menú vegetariano en un restaurante que le llamó la atención y a media tarde volvió a casa a cambiarse con la calma. Lo de presentarse en uno de los conciertos de Isaac sin previo aviso empezaba a parecerle una simple travesura. Se esforzó por quitarle hierro al asunto durante todo el día. Es más, intentó apartarlo de su mente mientras caminaba por el paseo marítimo a media mañana.

Si acudía al local y se topaba con él de bruces, ¿no estaría acaso traicionando ese pacto enterrado entre ambos de encontrarse en la noche de San Juan? *Qué tontería*, pensó. *Seguro que él ni se acuerda*. También empezó a fantasear con la posibilidad de que, llegado el día, ella se acercara al punto de encuentro frente al mar para esperarlo, él la observaría desde la distancia y decidiera marcharse. Proyectó la escena en su mente como si fuera una película, viéndose a sí misma desde cierta distancia, y a Isaac dándose media vuelta y largándose de allí. Incluso adornó la secuencia en su mente con una canción de Lana del Rey que le gustaba un montón pero que resultaba muy triste. Se emocionó hasta la médula y suspiró con fuerza. ¡Cómo le encantaba montarse aquellas fantasías!

De todas formas eso, pensó, si le daba plantón tampoco sería malo del todo, ya que le serviría para cerrar definitivamente aquel capítulo que de repente había vuelto a su memoria.

Cogió aire y entró en el local. La Cueva tenía dos pisos. La sala de conciertos estaba abajo, y hasta ella se accedía por una escalera bastante empinada. Arriba había un bar de copas que en aquel momento estaba prácticamente vacío, pues la música en directo ya había arrancado en la planta



inferior.

Decidió que lo mejor era tomar primero una copa e intentar calmarse. Le fastidiaba reconocerlo, pero los nervios se habían apoderado de su estómago, y al escuchar claramente el sonido del saxo el corazón pareció desplazarse de su cavidad torácica e instalarse en su garganta. *¿Qué estás haciendo aquí, sola?*, pensó.

Se acercó a una de las camareras.

—Un gin-tonic —le pidió.

La chica asintió y le dio la espalda durante unos segundos para localizar la correspondiente botella de *gin*. Aprovechó que empezó a prepararlo delante de ella para darle un poco de conversación.

—¿Sabes si ya ha empezado el concierto?

Era una pregunta demasiado obvia.

—Hace unos diez minutos —le contestó—. Pero no te preocupes, puedes llevarte la copa abajo, si quieres.

Junto a la escalera había un tipo fornido que controlaba el acceso al espacio inferior del local y cobraba las entradas. Diez euros. Miranda torció el gesto al observar que tendría que desembolsar aquella cantidad, y no precisamente por el dinero, si no porque su plan de hacerse la encontradiza no iba a funcionar si tenía que comprar expresamente una entrada para escuchar en directo la música de Isaac y sus compañeros. En el caso de que él la viese, sabría al momento que había bajado para verlo, no porque se hubiera topado por casualidad con su recital.

Pero, ¡qué tontería! Solo por una décima parte de todo lo que habían compartido unos años atrás valía la pena asomarse a aquel bonito abismo y dejar que la invadiera esa adrenalina que hacía tanto tiempo que no sentía. Miranda se levantó del taburete, cogió su copa y se dirigió al tipo que vendía las entradas. Compró una y bajo por la escalera con cuidado, mientras agradecía no haberse puesto los taconazos que había sopesado durante unos minutos, antes de salir de casa. El corazón le latía con fuerza al llegar abajo y encontrarse con la puerta roja que daba acceso a la sala y, tras ella, a una de las personas más importantes de su vida.

*Qué idiota fui.*

Esas fueron las tres palabras que acudieron a la mente de Miranda al ver a Isaac sobre el pequeño escenario, al fondo de La Cueva. Respiró aliviada al ver que era difícilísimo que la viese desde su posición. Estaba bastante oscuro, pero no solo por eso. Era tal la delicadeza y devoción con la

que él sujetaba su instrumento, con los ojos cerrados, apoyado en un taburete alto, que no parecía existir nada ni nadie más sobre la faz de la tierra en aquel instante capaz de robarle su atención.

Se acercó a la barra lateral sin poder apartar la mirada de su antiguo novio y una vez se hubo acomodado en uno de los taburetes cubiertos con piel de color verde oscuro, contempló el local de una pasada para reconocer el terreno. A ojo, había allí unas sesenta personas que parecían absortas por lo que estaba sucediendo sobre el escenario, una comunión absoluta con los instrumentistas. Había multitud de mesitas rodeadas de butacas y sillas en una especie de foso que hacía que el escenario quedase más elevado de lo que Miranda había imaginado. La barra donde ella se había situado —había dos, una a cada lado de la sala— también quedaba a un nivel superior, casi a la altura de los músicos.

En los próximos minutos se abandonó bajo el manto de la música y fue como si su corazón sonriera de puro gozo. Él no la miraba ni la miraría. Solo tenía vista, oído y tacto para la melodía que extraía de su querida pieza de metal. Y eso la alivió.

Isaac estaba cambiado. Distinto. Era evidente. Había dejado a un chico junto al mar en plena noche de San Juan, con las hogueras de fondo y haciendo un soberano esfuerzo por contener las lágrimas y el desgarró, y allí, en aquel momento, había un hombre. Un hombre muy atractivo. Observó su rostro enrojecido conteniendo el aire que insuflaba a su saxofón. Después se separó durante unos segundos del instrumento y contempló su perfil.

Físicamente también había una evolución evidente. Miranda contempló su figura sobre el taburete. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra que se amoldaba bastante a su torso, algo musculado. Muy lejos del chico delgado y con la piel blanquecina que ella recordaba. Siempre había estado enamorada de sus insolentes ojos verdes y su sonrisa franca, pero ahora ambos iban adornados de un físico envidiable. Era obvio que Isaac estaba practicando deporte, algo que no solía obsesionarle en absoluto cuando estaban juntos, ya que toda su atención estaba puesta en la música (y en ella, por supuesto).

Tenía una barba de varios días que tampoco recordaba y que acentuaba su renovada masculinidad. Cintura y caderas también parecían más estrechas, al contrario que sus hombros. Que tocara aquel instrumento como si le estuviera haciendo el amor no ayudaba precisamente a que Miranda apartase de su mente una nueva película, protagonizada por ella misma, y en la que redescubría el cuerpo de Isaac, empezando por un abrazo y el encuentro de un

maravilloso refugio entre aquellos brazos.

Observó el recital como hipnotizada. Convencida ya de que no la vería, se relajó al cabo de unos minutos y trató de concentrarse en la música. También era evidente cuánto había mejorado. Tenía ante sí a todo un músico profesional. Contemplar a Isaac desde allí, sin tiempo y sin distancia, era una sensación extraña. No podía decir que era como si fuera ayer. Lo reconocía como su antiguo novio, por supuesto, pero ahí, sobre el escenario había una versión mejorada de la persona que ella recordaba.

El público parecía extasiado. No podía saber si eran aficionados al jazz o simplemente querían guarecerse del calor que empezaba a azotar el asfalto en los primeros envites del verano, pero nadie apartaba la vista del escenario ni para beber de su copa. Había muchas chicas cerca de los músicos, y una llamó la atención de Miranda por la forma en que miraba a Isaac. Incluso desde su posición distante resultaba obvio que lo conocía. La chica tenía el pelo corto y, en un momento en que se levantó y fue a la barra del otro lado a pedir una cerveza, Miranda pudo ver su bonito vestido de color verde y un porte elegante. Las miradas cómplices que había estado intercambiando con uno de los músicos que había en el escenario habían empezado a ser evidentes desde el momento en que puso los ojos sobre ella. Al cabo de unos minutos, ya respuesta del *shock* inicial, Miranda comprendió que el músico al que aquella chica miraba y sonreía no era otro que Isaac.

Su entusiasmo y su recuperado sosiego empezaron a desvanecerse cuando vio que, las pocas veces que él levantaba la vista de su instrumento era para mirar a aquella chica. No hacía falta ser la persona más avispada del mundo para entender que, no solo se conocían, sino que había algo entre ellos.

Evaluó rápidamente sus sentimientos al respecto y le molestó reconocer que había entrado en aquella sala con ciertas expectativas que se estaban desmoronando como un castillo de naipes. Aquella película maravillosa que había estado proyectando era de esas que no tienen un final feliz. *¿Qué esperabas?*, se preguntó Miranda.

Y en aquel momento, mientras se convencía de que había cometido un error acudiendo al concierto de Isaac aquella noche, en un momento en que los músicos descansaban, él se levantó un segundo de su taburete, saltó al foso donde estaba el público sumido en un murmullo de bar y se acercó a la chica de verde para decirle algo al oído. Miranda los contempló petrificada. La chica se reía y acercaba el rostro de él con sus propias manos. Había que tener cierto grado de intimidad con alguien para susurrarle algo de esa forma, por

mucho ruido ambiente que hubiese.

Bajó la vista y pasó los dedos por el borde de la falda de su nuevo vestido. Se dijo a sí misma que aquello no era tan malo. Que esa bonita ensoñación con la que había jugado en su mente en las últimas semanas, o más bien en los últimos meses, le había servido para entrar en contacto con la realidad, que no era otra que el regreso a su ciudad. A aquel sitio que tanto le gustaba. A la familia y los amigos de siempre. Y que si Isaac estaba tan lejos de aquel encuentro frente al mar era porque algo mucho mejor le esperaba a la vuelta de la esquina, aunque ahora le costase verlo.

No podía quedarse allí más tiempo. Apuró su gin-tonic. Hacía rato que el hielo se había derretido, probablemente en el momento en que se había imaginado cómo sería sentir las caricias de Isaac de nuevo. Dejó la copa en la barra y se giró justo en el momento en que él subía de nuevo al escenario. No quería, bajo ningún concepto, que sus miradas se cruzasen. Tal vez una interacción entre ellos provocase algún tipo de catástrofe, y sentía que ya había tentado la suerte lo suficiente aquella noche.

Ajena a varias miradas de admiración de dos chicos que permanecían de pie al fondo de la barra, Miranda se levantó y caminó hacia la salida acompañada por un solo de saxo que hizo que se estremeciera. En aquel instante pensó que esa sería la última vez que escucharía su música.

En realidad, podría decirse que Miranda había cometido dos errores aquella noche. El primero, bajar las escaleras de La Cueva del Jam y enamorarse de nuevo de Isaac de una forma que jamás hubiera esperado, consciente de que aquello podría traerle problemas. El segundo, negarse a sí misma la evidencia e irse de allí como Cenicienta, antes de que acabase el baile y dejando a Isaac paralizado sobre el escenario, preguntándose si aquella espalda que se alejaba y aquellos movimientos de cadera pertenecían o no a Miranda. Estuvo a punto de soltar el saxo y correr tras ella, y durante tres segundos dejó de tocar. Sus compañeros lo miraron alarmados y a la chica de verde se le borró la sonrisa del rostro. Aquel espejismo lo traspasó por completo.

## CAPÍTULO 7

Después de los conciertos solían reunirse para tomar algo y comentar la jugada, pero aquella noche Isaac Ribas no estaba muy de humor. Para empezar, Almudena se había unido al grupo con bastante descaro, y empezaba a sentirse incómodo por su omnipresencia. No parecía dispuesta a perderse ni uno solo de sus conciertos. Y, por otra parte, algo que le obsesionaba mucho más, no había conseguido averiguar si la chica que había huido cuando el concierto estaba prácticamente acabando era o no Miranda.

En realidad no había forma de saberlo. La había visto de perfil durante unas décimas de segundo, y luego su forma de andar y de contonearse, tan características, le había dejado claro que sí, que allí estaba, no era una aparición. Además, las apariciones no te dan la espalda. Había sentido un impulso irrefrenable de abandonar el escenario y comprobar que no se equivocaba. Durante unos segundos había pensado en cómo sería abrazarla de nuevo...

—¿Te traigo uno de queso?

Almudena estaba delante de él. Se había agachado para que sus miradas quedasen a la misma altura.

—¿Perdón?

—Los canapés. Voy a coger algunos. ¿Quieres que te traiga algo?

Isaac asintió. No porque tuviera demasiada hambre. Más bien lo que deseaba era perder de vista a Almudena un rato. Los remordimientos de conciencia le provocaban dolor de cabeza, y ya empezaba a notar aquella molestia tan familiar en las sienes. No se lo diría a ella. Lo último que le apetecía era que empezase a hacer de enfermera o peor aún, que insistiese en acompañarlo a casa aquella noche.

Álvaro, el batería de su grupo y uno de sus mejores amigos, se acercó al ver su cara de circunstancias.

—¿A qué esperas para decírselo?

—¿A Almudena?

—Te veo mal, tío...

Isaac negó con la cabeza.

—No es un buen momento. No puedo decirle nada ahora mismo. Después

del accidente de moto de su hermano y todo ese lío familiar que tiene... Además, tengo que recordarte que ha sido gracias a ella que hemos conseguido los bolos de La Cueva para todo el verano. Sería un ingrato si justo ahora le dijese que no me apetece verla.

Ni él mismo se estaba creyendo lo que decía. Por supuesto que tenía que buscar ya una salida a aquella situación. Es más, en el fondo no había nada que romper, porque Almudena y él nunca habían estado juntos realmente. Se habían conocido hacía unos meses y ella había ofrecido sus contactos para conseguirles la serie de conciertos en La Cueva. La observó revoloteando en la zona de canapés en la terraza del Hotel Senglar, donde los habían llevado después de la actuación. El hotel era propiedad del mismo dueño de La Cueva y después de tanto tiempo girando por el mundo necesitaban hacer buenos contactos en la ciudad.

Pero no quería lo mismo que ella. Ni de lejos. Sí, habían pasado algunas noches juntos hacía unas semanas, pero en el momento en que Almudena le planteó la posibilidad de tener algo más serio, él fue sincero. Le dijo que no podía ser. No le dijo el motivo, obvio. Porque era tan increíble que ni él mismo era capaz de verbalizarlo. Solo a Álvaro le había mencionado alguna vez ese posible encuentro con Miranda. Pero era una cosa tan fantástica que ni siquiera se planteaba que pudiera suceder en realidad.

Isaac sabía poco de ella, pero lo suficiente como para entender que sería feliz sin él. En los últimos cuatro años no habían hablado, y las últimas noticias que tenía era que vivía en Noruega. Por eso, en cuanto vio a aquella chica caminando hacia la puerta durante el concierto en su interior se produjo algún tipo de cortocircuito. ¿Era posible que ella estuviese en la ciudad? ¿qué hubiera regresado? ¿Tal vez de vacaciones? Si era ella y había decidido ir a verlos actuar, ¿por qué había preferido no saludarlo como sí había hecho Ruth la semana anterior?

Ruth.

El dolor de cabeza de Isaac se acentuó con un par de punzadas en las sienes cuando recordó el frío encuentro con la amiga de Miranda. Ambos habían hecho un loable esfuerzo por enterrar cualquier malentendido del pasado, pero era obvio que ella prefería mantener las distancias. Aun así, le había sorprendido tanto verla en La Cueva...¿Tal vez le había contado a Miranda que actuaban allí todos los martes? En todo caso, no tenía ningún problema con Ruth. Le habría gustado poder hablar un rato más con ella, invitarla a una copa y, sí, preguntarle por Miranda. Pero justo en el momento

en que iba a acompañarla al piso de arriba apareció Almudena, que lo agarró del brazo de una forma demasiado territorial. De hecho fue en aquel momento cuando Isaac supo que tenía que dejar las cosas más claras con ella si cabe.

No era un cerdo desagradecido. Y de hecho hacía tiempo que Almudena y él no se liaban. Pero ella estaba allí, puntual e incansable, todos los martes, rodeada de su séquito y actuando a su alrededor como si fuera su esposa. Isaac era culpable de no ser más directo (aún). Tendría que habérselo dicho sin paños calientes: *Entre tú y yo no puede haber nada más que una buena amistad. Lo siento.* Eso sería lo correcto, pero no lo cierto. Lo cierto era que llegados a aquel punto hasta dudaba de lo de la amistad.

Pero no podía negar que Almudena había sido generosa y atenta con ellos. Y no era ninguna ilusa. Sabía perfectamente que él no estaba por la labor de tener nada serio y aún así seguía picando piedra y esperando. Tenía una paciencia infinita y así se lo había hecho saber. *Es mi mayor virtud,* le había dicho con una gran sonrisa, mirándolo por encima de la montura de sus gafas y pestañeando con brío. *No tengo ninguna prisa.*

Sin embargo, la posibilidad de que Miranda estuviera en la ciudad tenía todo el potencial para cambiar las cosas. Necesitaba verla, la verdad, y no estaba seguro de poder esperar hasta el día señalado. Faltaban casi dos semanas. ¿Se acordaría de su supuesta cita en la noche de San Juan? Sonrió imaginando aquella ocurrencia, que no había podido olvidar. ¿Era un completo iluso por pensar que tal vez, solo tal vez, a ella se le ocurriría encontrarse con él en el mismo sitio en el que lo abandonó?

Observó cómo Almudena, que se había entretenido charlando con la relaciones públicas del hotel, se dirigía de nuevo hacia él sosteniendo una servilleta con dos canapés. Isaac se hundió un poco más en la silla. Una cosa muy extraña que le pasaba cuando ella estaba alrededor era que se quedaba agotadísimo, como sin energía. Era una cosa alucinante. ¿Acaso ella se la absorbía?

Esa peregrina idea hizo que se sintiera mal al instante. Tampoco se le escapó cómo aquella chica despertaba miradas a su paso, mientras bandeaba su vestido verde y sonreía por defecto. A veces se preguntaba qué estaba haciendo, si no debería al menos intentarlo con ella. El problema era que Almudena no se dejaba cuidar y eso era algo que Isaac no llevaría bien. Al contrario, era ella quien insistía en estar pendiente de él todo el tiempo y eso, de alguna forma irracional, le causaba bastante agobio. Especialmente cuando el hermano de ella acababa de tener un accidente de moto que le tendría

postrado en el hospital durante al menos un par de semanas más y ella no parecía darse por aludida.

Llegó hasta él y le extendió los dos canapés sobre la servilleta, mientras se acomodaba en la silla vacía que había a su lado.

—Pareces cansado...

—No tardaré demasiado en irme a casa...

Ella no contestó. En las últimas semanas había empezado a ser más prudente y ya no se ofrecía alegremente a acompañarlo. De hecho, se quedó pensativa durante algunos segundos.

—Sí, creo que yo también he de irme ya. Mañana tengo que relevar a mi madre en el hospital.

—¿Cómo está tu hermano?

Se encogió de hombros.

—Los médicos nos garantizan que volverá a caminar. Pero le espera un largo periodo de rehabilitación.

Otro silencio incómodo. Dios, se arrepentía tanto de haber ido tan lejos con ella, a sabiendas de que nunca podría darle lo que quería... Almudena era persistente pero muy lista. Iba a llegar el día en que tirase la toalla con él. Estaba convencido. Confiaba en que no le costase pasar página. Cualquiera hombre tendría una gran suerte de tenerla a su lado. Tan solo si ella consiguiera... relajarse un poco...

De repente se levantó y lo miró con el gesto ensombrecido.

—Me voy ya.

Extraño. Siempre era la última en irse de todas las fiestas, porque le encantaba el papel de anfitriona, aunque no estuviera en su terreno. Isaac se incorporó para darle dos besos.

—Perfecto. Hablamos en estos días. Y gracias otra vez por todo.

Ella lo miró extrañada, como si no entendiera a qué se refería.

—¿Por todo...?

—Por conseguirnos los conciertos de La Cueva.

Almudena torció el gesto y después asintió. Ya le había dado las gracias antes por eso. Varias veces, de hecho. No le gustaba aquella sensación de falso endeudamiento, como si Isaac le debiera el favor de su vida. Lo había hecho porque conocía bien a Óscar, el gerente de la sala, y estaba buscando una actuación regular con la que animar su local los martes de aquel verano. Era, de hecho, el día más flojo de la semana en cuanto a afluencia de clientela.



Además, le molestaba un poco que Isaac no confiase más en su formidable talento, y en lo bien que había ensamblado su cuarteto de jazz.

En el fondo él no tenía ninguna duda de su talento musical. Llevaba muchísimos años estudiando y practicando. Simplemente, y a pesar de todos los conciertos que llevaba a sus espaldas, recorriendo infinidad de capitales de todo el mundo, no se sentía cien por cien cómodo tocando delante de un público. Siempre había preferido la intimidad del local de ensayo, y también disfrutaba mucho dando clases. Pero el escenario, aunque había conseguido dominarlo y cualquiera pensaría que había nacido para hacer exactamente eso, no terminaba de apasionarle.

Almudena se marchó de la terraza del hotel Senglar aquella noche de junio pensando que tal vez el asedio al corazón del saxofonista necesitaba urgentemente un descanso. Un alto el fuego. Mientras esperaba al ascensor que la devolvería al asfalto de la ciudad, fue consciente de que cada vez era más capaz de controlar sus lágrimas.

En ningún momento Isaac le había pedido que se quedase. Que esperara un rato más. Y se daba perfecta cuenta de que él no sentía lo mismo por ella.

Aún.

Porque Almudena sabía muy bien que una retirada a tiempo era una victoria. Sí, eso es. Desaparecería unos días. Los suficientes para que él la echase de menos y la llamase de nuevo. Ya había sucedido antes durante el último año. Muchas veces. De hecho, siempre funcionaba. Ya hacía casi quince meses que Isaac y ella se conocían. Y la resistencia de él era cada vez menor. Sentía que era cuestión de tiempo que él cayese al fin en sus redes y admitiese su amor por ella. Sentía que el día en que él se olvidaría por completo de Miranda estaba cada vez más cerca.

Las puertas del ascensor se abrieron y Almudena ni siquiera se molestó en pasar los dedos para controlar la línea temblorosa de su *eyeliner*, desbordada por sus maltrechas emociones. Sabía perfectamente que solo podía controlar sus lágrimas durante algunos minutos. El tiempo suficiente para alejarse de él. Llorar de camino a casa por la noche, o sentada en el asiento trasero de un taxi, era algo a lo que ya se había acostumbrado y no la perturbaba en absoluto. Al contrario. Se lo permitía a sí misma durante algunos minutos. El llanto controlado la purificaba y le permitía mantener su esperanza intacta.

## CAPÍTULO 8

Ruth parpadeó varias veces ante la pantalla de su teléfono móvil, intentando asimilar el mensaje que acababa de recibir. Eran casi las doce de la noche y no podía conciliar el sueño, pero era algo a lo que estaba acostumbrada. A pesar de que hacía ya casi dos semanas que había llegado a España, aún le afectaba un poco el *jet lag*. Era algo muy extraño. A veces le duraba hasta una semana, y en aquella ocasión se estaba prologando más incluso. O tal vez había algo que no le dejaba dormir bien. Tenía una ligera idea de qué se trataba.

El mensaje de *whatsapp* decía así:

*Ruth, soy Isaac. Perdona la intromisión, sé que hace mucho tiempo que no hablamos.*

*Me encantó verte el otro día y me hubiera gustado quedarme un rato más contigo...*

Ese “Perdona la intromisión” no le gustó nada. ¿Acaso era lo más raro del mundo escribirle? El mensaje estaba dividido en dos párrafos. El segundo era mucho más revelador:

*El caso es que hoy, mientras tocábamos en La Cueva, me ha parecido ver a Miranda.*

*No estoy seguro de si era ella, sé que hace años que no vive aquí. ¿Crees que es posible?*

*¿Sabes si está en Barcelona estos días?*

Observó la palabra “Escribiendo...” en la parte superior de la pantalla. Aparecía y desaparecía. Isaac borraba lo que había escrito y empezaba de cero. Pasados unos minutos, le había enviado una frase mucho más escueta:

*No tengo su número. X.*

Soltó el teléfono sobre el colchón como si quemara, a pesar de que había leído y releído los tres mensajes y él probablemente estaría esperando una respuesta que se limitaba un poco a SÍ o NO.

Al día siguiente había quedado con Miranda para ir a la playa, aunque ya sabía bastante bien lo que se iba a encontrar. Drama. Drama junto al mar, pero drama al fin y al cabo. Hacía un par de horas había recibido un mensaje de su amiga, contándole un poco algo que no por repentino le sorprendía

especialmente. Había estado toda la tarde paseando y había sentido el impulso de meterse en La Cueva y ver la actuación de Isaac.

Cuando leyó el mensaje conciso y catártico de Miranda, Ruth salió al balcón y la llamó. Su voz neutra y cortante le dio a entender que algo había salido mal, y a pesar de que en un principio se esforzó por quitarle hierro al asunto, supo que no había sido la mejor de las ideas. Se mordió el labio inferior mientras escuchaba hablar a su amiga. Se preguntó si debía decirle de una vez por todas que ella misma había estado en el mismo sitio, haciendo exactamente lo mismo que ella, tan solo siete días antes. Pero sabía perfectamente que de ahí surgirían preguntas que en aquel momento no estaba capacitada para contestar. Al menos no hasta que pasara la dichosa noche de San Juan y los acontecimientos se precipitasen.

—Está con otra —le había dicho Miranda, intentando no sonar afectada, sin demasiado éxito—. La vi con mis propios ojos. Estaba en primera fila. Morena, con el pelo corto. Gafas de pasta. Y estilizo.

—¿Pero los viste juntos?

—No hacía falta, la verdad. Él bajó un momento a decirle algo y ella lo acarició. Y la forma en que lo miraba durante su actuación...bueno. No hay lugar a dudas.

Ruth guardó silencio, esperando a que Miranda elaborase más. Sabía perfectamente a qué chica se refería. Estaba convencida de que era la misma que los había interrumpido cuando él se acercó a saludarla después de su actuación. Fue un poco brusca, sí, pero no le pareció una maleducada. Tampoco observó que él le hiciera un especial caso. Pero el hecho de que estuviera presente en el concierto las dos noches apuntaba a que sí, tal vez había o hubo algo entre ellos.

Sabía que tenía que ofrecer a su amiga algún tipo de consuelo telefónico, al menos hasta que se encontrasen al día siguiente.

—No nos precipitemos. Hacía cinco años que no lo veías. No sabemos absolutamente nada de su vida, ¿no?

Se estaba metiendo en camisa de once varas y era consciente de ello. Oyó un suspiro al otro lado de la línea. Miranda estaba respirando con intensidad.

—Oye, ¿estás bien? Sé que en las últimas semanas le hemos estado dando más vueltas de la cuenta a este asunto...pero no dejes que te afecte. A pesar de lo que te dijo aquella noche, Isaac pertenece al pasado.

Se sintió mal por decir aquello. Se arrepintió al momento.

—Lo sé, lo sé. De hecho me he quitado un peso de encima. Mañana veré

las cosas desde otra perspectiva, seguro. Si me paro a pensarlo ha sido mejor así. No tiene demasiado sentido volver a vivir aquí y anclarse a algo del pasado. Lo de la noche de San Juan, en fin...siempre estuvo bien como anécdota, pero le he dado demasiadas vueltas.

—Deberíamos ir pensando en salir una noche de estas. ¿Qué te parece?— Ruth cambió de tercio en la conversación. No acababa de sentirse cómoda con todo aquel asunto de Isaac y no estaba segura de hasta qué punto podía prestarle su apoyo a Miranda con ese tema. Era complicado.

—¿Salir? ¿En qué plan?

—Salir, ya sabes. Tomarnos una copa. Descubrir nuevos bares. *Pub crawl*. Como hacemos cuando vienes a Brooklyn y los hombres se pelean por invitarnos.

Miranda se rio.

—Eres consciente de que eso aquí no va a pasar, ¿verdad?

—Eso no podemos saberlo.

—Bueno, de momento mañana nos vamos a la playa. Te dejo. Siento haberte molestado tan tarde. —Ya sabes que no es ninguna molestia. Además, me cuesta dormir siempre que vuelvo a casa...

—No puedo creerme que sigas con tu *jet lag*. En fin, te veo mañana en la parada de metro de Arco del Triunfo.

—Parte de arriba.

—Hecho. No habré desayunado, ¡te lo advierto!

La conversación se había distendido y notó a Miranda mucho más tranquila después de hablar con ella, pero eso no hizo que Ruth se sintiera mejor al colgar el teléfono. Se tumbó de nuevo en la cama, cogió el móvil y buscó en Youtube alguna de las “meditaciones para conciliar el sueño” a las que solía recurrir. Tenía muchas almacenadas en “Favoritos” y solían ser mano de santo para ayudarla a descansar.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer: respirar profundamente durante algunos minutos. Aquello era vital para calmar la mente. Después, debía concentrarse en cada una de las partes de su cuerpo y notar el peso sobre el colchón de pies, tobillos, muslos, caderas, torso, cuello, cabeza, corazón y conciencia. Volver a concentrarse en la respiración.

Eso le hubiera bastado para dormirse cualquier otro día.

Pero esa noche el mensaje de Isaac no se lo iba a poner fácil. Cayó en la cuenta también que ni siquiera le había preguntado a Miranda por qué no le había pedido que la acompañase al concierto de él. Le sorprendía un poco que

se hubiese salido de su habitual prudencia. Su amiga era la persona más recta que conocía. Tendría que hacer un gran ejercicio de memoria para encontrar alguna vez en que se hubiese salido de su recto camino o hubiese hecho alguna locura. Y sin embargo había seguido su más bajo instinto y había ido a verlo solo para cerrar de una vez por todas aquel capítulo de su vida. O eso era lo que ella pensaba.

Ruth se revolvió en la cama intranquila. Sabía que se acercaba el momento en que le contaría lo que había sucedido hacía dos años durante un fin de semana de primavera en Nueva York.

## CAPÍTULO 9

*Nueva York, 3 de marzo de 2017*

Aquel fue uno de esos fines de semana en los que Ruth se encargó expresamente de no hacer absolutamente ningún plan. Había sido una semana de mucho trabajo. Varios encargos y el montaje de una exposición de fotografía en una galería de Brooklyn la tuvieron despierta hasta las tantas de lunes a miércoles. Además, Michael se había marchado a Wisconsin para pasar unos días con su familia y celebrar el cumpleaños de su padre.

Se había sentido un poco contrariado cuando supo que Ruth no podría acompañarlo en esa ocasión, a pesar de que tenía un trabajo que más o menos le permitía instalarse en cualquier sitio y cumplir con sus encargos de diseño. Con el MacBook portátil y una conexión WiFi lo tenía fácil para estar en contacto con sus clientes.

—Lo siento, cariño —le había dicho Ruth, rodeándolo con sus brazos—. Esta vez me es imposible. Voy a tener que supervisar personalmente los emplazamientos de la cartelería de la exposición de Megan.

La inauguración era el jueves. Si realmente hubiese querido podría haber estado en la expo y volar para encontrarse con Michael el viernes a primera hora, pero la idea de pasarse un fin de semana sola en casa trabajando en sus proyectos, viendo Netflix y cocinando su plato de pasta favorito de repente le pareció el mejor plan del mundo. O al menos, bastante mejor que pasar un fin de semana con los suegros. Así operaba Ruth, y Michael se había acostumbrado a su necesidad de espacio y sus ratos de soledad. No insistió.

Megan era una buena amiga. Se habían conocido en el primer estudio de diseño en el que trabajó al instalarse en Brooklyn. De hecho, fue Ruth quien la animó a trabajar más en serio en lo que era su gran pasión, la fotografía, en cuanto vio la gran calidad de las fotos que tomaba en sus ratos libres. Habían perdido un poco el contacto frecuente cuando Ruth se puso a trabajar por su cuenta, pero una mañana se encontraron en una cafetería de Williamsburgh y retomaron su estrecha amistad. Megan le contó que inauguraba su primera exposición y le propuso trabajar en la imagen gráfica. Era un encargo relativamente sencillo y lo podía haber hecho ella misma, pero a Ruth le hizo muchísima ilusión que contase con ella. Iba a diseñar el *flyer* de la exposición

y la cartelería. Y, por supuesto, no quiso perderse la inauguración, aquel jueves por la noche.

Al día siguiente, viernes, Ruth se sorprendió al recibir un mensaje de Megan. Apenas eran las siete de la tarde:

*Tenía una cita a las seis y me*

*temo que me han dado plantón.*

*Estoy a dos manzanas de tu casa.*

*¿Te apetece tomar algo?*

No recordaba la última vez que se habían visto dos días seguidos y el plan inicial para aquella tarde de viernes era bajar a comprar tomates para hacer su famosa salsa y ver una película, pero, sin saber muy bien por qué aceptó, Ruth se cambió y bajó al encuentro de Megan, más por conocer los truculentos detalles de aquella cita frustrada que por ponerse al día con su colega, a la que había visto varias veces en las últimas semanas. Sabía que Megan se había entregado con auténtico deleite al mundillo de las citas desde que lo había dejado con Tom, su último novio oficial, y en ese sentido siempre tenía historias divertidas que contar.

Cuando llegó al Blink Twice, el bar en el que la esperaba, Ruth se dijo a sí misma que no tardaría demasiado en volver a casa. Allí estaba Megan, bastante descontextualizada, con un formidable vestido que realzaba todas sus curvas y con unos taconazos propios de la Met Gala. Ruth había bajado ataviada con vaqueros, camiseta negra y unas converse, y la melena oscura recogida en una coleta alta. La verdad era que estaba deslumbrante, pero no pudo evitar sentir cierta incomodidad al sentarse en la barra junto a la fotógrafa. Pero al fin y al cabo estaba al lado de casa, no la había avisado con ninguna antelación, y el Blink Twice no era un bar de deportes, pero tampoco la terraza de un cinco estrellas de Manhattan.

Megan no parecía demasiado afectada por el plantón. Al contrario, despachó aquel asunto en solo cinco minutos. Se trataba de un tío con el que llevaba un par de días chateando y, justo a la hora de la cita se había descolgado con una excusa muy cuestionable relacionada con la salud de su gato.

Se tomaron un par de copas, comentaron la inauguración de la noche anterior y, al tiempo que se prometían no volver a estar tanto tiempo sin noticias la una de la otra, la velada se fue animando. Lo que en un principio iban a ser una o dos cervezas por el barrio se convirtió en una partida de dardos y una visita a la pizzería de Lucca, una de las más famosas de la zona.

Previo paso por el apartamento de Megan, que insistió en subir un momento a casa para cambiarse de zapatos.

No recordaba exactamente qué las animo a entrar en el Big Bang Jazz Club. A ninguna de las dos les interesaba especialmente el jazz, pero no deberías irte nunca de Nueva York sin visitar uno de estos mágicos santuarios. Ruth no tenía previsto marcharse a ningún sitio en los meses siguientes, pero se limitó a seguir la inercia que marcaban sus piernas y la mano de Megan, que ya se había aventurado por las escaleras que bajaban hasta uno de los locales de jazz con más solera de Brooklyn.

Estaban algo borrachas. O achispadas. En aquel momento no sabía muy bien dónde estaba la frontera entre la diversión despreocupada y la sociabilidad extrema. En un momento de lucidez, en cuanto llegaron a la barra, pidieron dos Coca-cola *light* y se sentaron en una de las mesas bajas del local, que estaba bastante animado. Así, en la siguiente hora y media, el nivel de excitación y la risa tonta e incontrolada se calmó gracias a la música.

Por algún motivo no le sorprendió verlo allí, sobre el escenario. El antiguo novio de Miranda, viviendo su sueño al otro lado del charco. Le costó reconocer a Isaac Ribas, a pesar de que solo hacía unos tres años que se habían visto por última vez.

Estaba cambiado. Si no se equivocaba ya habría rebasado la treintena y aquellos años le habían hecho más que bien. Estaba increíblemente guapo, y Ruth recordaba que en ese momento se preguntó a sí misma si aquella imagen enardecida era producto del alcohol. Pero el efecto de las cervezas de la tarde ya empezaba a disiparse gracias a la pizza que se habían comido y la sabia decisión de pasarse a los refrescos sin azúcar.

Aquella fue también la última noche que Ruth vio a Megan. Meses después se enteraría —vía Facebook— que se había ido a hacer fotos a África y que había conocido a un chico surfero en Ciudad del Cabo, donde decidió instalarse para trabajar en un periódico local. Mientras ambas observaban el concierto del grupo de Isaac en aquel antro con ambiente viciado, Megan acusó con intensidad el efecto perverso de aquella melodía salvaje. La falsa felicidad provocada por el alcohol fue desmembrándose hasta dar paso a una tristeza infinita. De repente ya no quería estar allí, y tampoco aceptó el ofrecimiento de Ruth de acompañarla a casa. La abrazó y le dio las gracias por toda la ayuda con su exposición.

Ruth pensó que, ya que estaba allí, lo mínimo que podía hacer era esperar a que el concierto terminara y saludar al exnovio de su mejor amiga.



Ojalá se hubiera marchado con Megan.

Recordaba el resto de la noche como si fuera la inocua película que tendría que haber visto en casa, en ausencia de Michael, disfrutando de su fin de semana de relax y soledad.

Isaac se alegró muchísimo de verla. Mientras sus otros tres compañeros músicos se retiraban pronto a su hotel, él insistió en invitarla a una copa en algún otro sitio de Williamsburgh para “ponerse al día”. Ninguno de los dos podría explicar racionalmente qué les pasó. Solo se dejaron llevar por el alcohol y el deseo, acumulado en las manos y multiplicado por la satisfacción tras un concierto casi perfecto.

Ruth tuvo una aventura con Isaac que duró exactamente cincuenta y tres horas. El tiempo que pasaron juntos, desde que Megan se largó y los dejó solos con su caos hasta que se separaron el domingo junto al puente de Brooklyn, se convertiría durante unos meses en un confuso y feliz espejismo. Durante ese fin de semana Ruth aniquiló sus remordimientos y su juicio. Se dejó llevar por el magnetismo de aquel hombre renovado y renacido, convertido en un músico de éxito, descontextualizado de la antigua relación con su mejor amiga.

En esa época Miranda era muy feliz con Magnus, vivía prácticamente en una luna de miel constante en su seguro paraíso de hielo. Estaba tranquila. Vivía su sueño escandinavo sin ningún tipo de preocupación. Hacía tiempo que no mencionaba a Isaac y, estaba convencida, ni pensaba en él siquiera. Esa evidencia, sumada al hecho de que ambos se encontrasen en otro país y que probablemente nunca se reencontrarían ni volverían a hablar de ello, hizo que Ruth no acusara grandes remordimientos. Era curioso que se preocupase más de lo que pensaría Miranda si se enterase de lo sucedido que de los efectos sobre su propia relación con Michael.

Y sin embargo, lo que pasó entre ellos le sirvió para darse cuenta de que aquella historia no estaba tan apuntalada como ella había creído. Que el motivo real por el que no había acompañado a su novio a Wisconsin no era el volumen de trabajo, ni el deseo de pasar un fin de semana sola, ni la posibilidad de encontrarse con alguien del pasado, alguien prohibido implícitamente y dejarse llevar como nunca se había abandonado antes.

No estaba enamorada de Michael. Esa era la razón. Y ese fue el principio de su final con él.

Durante unas semanas, pensó que se había enamorado de Isaac y que se

enfrentaba a un serio problema. Él estaba haciendo una mini gira por la costa este de Estados Unidos. Después de Nueva York, tocarían en Boston, New Jersey, Washington, Philadelphia...Y después volaría con sus compañeros hasta Quebec. Montreal. Después llegarían Ottawa y Toronto. Y de ahí a Londres. Todos estos detalles se los había contado Isaac antes de enredarse en sus brazos en un callejón al oeste de Brooklyn y antes también de caminar por inercia hasta el apartamento que compartía con Michael. En ningún momento le dijo a Isaac que no vivía sola, pero supuso que tampoco hacía falta. En casa había indicios sobrados de que por allí solía pasar alguien más. Alguna camisa masculina, desodorante de hombre, cuchillas de afeitar de color azul marino. El saxofonista tuvo la delicadeza de no hacer demasiadas preguntas. Ni siquiera mencionó a Miranda en toda la noche, y eso convenció a Ruth de que cualquier posible herida estaba más que cicatrizada.

Recordaba un momento especialmente peliagudo de aquella situación. Era martes y Michael ya había vuelto a casa. Unos días antes de que hablasen y él hiciera las maletas. Ruth sabía que Isaac tocaba en Washington aquella noche. De repente se encontró delante de su ordenador, mirando billetes de tren para viajar a la capital y sorprenderlo, y quedar de nuevo hipnotizada por su música. Le envió un mensaje y le contó lo que se le había ocurrido. Isaac contestó entusiasmado. *Me encantará verte desde el escenario*, le dijo.

Compró el billete de ida y en cuanto recibió la confirmación en su móvil supo que tenía que abrir ya el paracaídas. Cerró el ordenador y borró todos los mensajes que se habían enviado aquellos días. Perdió ese billete. Nunca fue a Washington y él jamás le preguntó por qué había cambiado de idea de forma tan repentina.

*Me encantará verte desde el escenario* fue lo último que supo de Isaac hasta la visita furtiva de la pasada semana en La Cueva del Jazz.

La última pregunta que se hizo Ruth antes de —ahora sí— dormirse al fin fue si él la había visto desde allí. Y si le había gustado.

## CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente Ruth salió de casa una media hora antes de su encuentro con Miranda. Decidió evitar el metro, abarrotado de turistas aquellas semanas debido al inicio del verano y a la proximidad de un festival de música electrónica que atraía a las hordas inglesas. Caminaría durante media hora y la esperaría en alguna cafetería del barrio de Santa Caterina.

Ninguna de las dos era excesivamente playera, pero un miércoles de junio entre semana les garantizaría una mañana tranquila junto al mar, sin familias folloneras ni problemas para plantificar su toalla al lado de la orilla. Además, como buenas barcelonesas, tomarían el primer tren con el que se cruzasen rumbo a la costa del Maresme, huyendo del bullicioso litoral de la ciudad.

Había dormido bastante bien, teniendo en cuenta la ralladura mental de la noche anterior. La aventura con Isaac había permanecido enterrada mucho tiempo.

Era su secreto. Todos tenemos secretos. El problema era que durante años había pensado en lo que sucedió como algo íntimo y suyo. Solo suyo. Algo que se llevaría a la tumba, por así decirlo. Siempre había pensado que no había ninguna necesidad de hacer daño a Miranda con aquella historia que, al cabo de unas semanas, ya se había difuminado y solo le había servido para darse cuenta de que en el fondo no era feliz junto a Michael. Fue el empujón definitivo que necesitaba para romper con aquella vida de pareja que no la satisfacía.

Pero en los últimos días, después de su encuentro con él, había comprendido que ni estaba tan enterrado como ella creía, ni era solo suyo.

No. También era de él. También Isaac era partícipe de lo que había sucedido. Y esa fecha señalada de San Juan, de la que Miranda había vuelto a hablar de forma repentina desde hacía unos meses, seguramente estaba también presente en la mente de él. En los últimos días se había dedicado a analizar todos los sentimientos que aquello estaba provocando.

¿Qué sucedería si Isaac y Miranda volvían a encontrarse? Tal vez nunca llegasen a ser la pareja que fueron en el pasado, pero podrían construir una buena amistad gracias al cariño que aún se tenían. Y tal vez Isaac le confesara

en uno de esos momentos irracionales en los que a veces nos precipitamos que había tenido un *affaire* con su querida amiga Ruth hacía un par de años en Nueva York. Un fin de semana salvaje. Dos días en los que no habían podido evitar salir de la cama que ella habitualmente compartía con otro hombre. Alguien que estaba de viaje y que se desmoronó al enterarse de lo sucedido.

Ruth no podía soportar la idea de que Miranda, por alguna de las casualidades de este mundo, se enterase de lo que había pasado por él y no por ella misma. Eso significaría una absoluta traición de su amistad. Una amistad que duraba ya más de quince años. Ese era el motivo por el que cambiaba de tema, algo alarmada, cada vez que Miranda hablaba de su hipotético encuentro con Isaac, frente al mar, cinco veranos después de separarse de él.

La noche anterior cuando colgó el teléfono sintió cierto alivio. Su amiga parecía dispuesta a dar carpetazo a aquel asunto después de haber comprobado que él podría tener una nueva acompañante. Alguien que no se perdía ni uno de sus conciertos. La chica que compraba el billete de tren y luego aparecía, tal y como había prometido. La que no dejaba de contestar los mensajes de forma inexplicable.

Si era cierto que Miranda se olvidaría pronto de aquella historia tal vez había llegado el momento de contarle lo que sucedió y purgar lo que ahora consideraba un error del pasado. Pero después de leer los mensajes de Isaac, preguntando por ella, ya no estaba tan segura de que fuera la mejor de las ideas. Tendría que enterrar el desliz de nuevo en el fondo de su memoria y confiar que él nunca tuviese un ataque de sinceridad.

En ocasiones se había preguntado si era para tanto. Sí que existe una norma implícita de que los exnovios de tus amigas no se tocan. A ver, no es como enrollarse con un primo, pero genera una serie de dilemas morales fácilmente evitables si se mantiene la cabeza fría. Y si Ruth hubiera sido consciente de la cantidad de minutos dedicados a darle vueltas a todo aquello en los dos años venideros se lo habría ahorrado de calle. De haber sabido la que se avecinaba en su cabecita habría salido corriendo del Big Bang Jazz Club como si hubiese visto un fantasma. Pero de poco sirve arrepentirse de algo que ya se ha hecho, y, sobre todo, de poco sirve arrepentirse de algo que hiciste hace dos años.

Ruth mordisqueaba un *croissant* y daba vueltas a su oscuro secretito cuando vio a Miranda a lo lejos, ataviada con el consabido look playero. Bikini negro anudado al cuello, vestido suelto minifaldero, sandalias, gafas de

sol a modo de diadema y bolso de mimbre gigantesco. Unas curiosas ojeras, muy parecidas a las que ella misma lucía esa mañana, rodeaban sus ojos vivarachos.

—Déjame adivinar: no has pegado ojo —le dijo a modo de saludo.

Su amiga se acercó a la barra de la cafetería a pedir una infusión.

—Te diría que es por el *jet lag*, pero tengo que reconocer que lo de ayer me dejó muy “loquer.

—¿Me vas a explicar cómo se te ocurrió presentarte en uno de sus conciertos? —preguntó Ruth a bocajarro.

Se mordió el labio. Ella misma había acudido al mismo sitio solo unos días antes.

—Quería...verlo. Sin más. Saber cómo estaba.

—¿Y cómo estaba? ¿Hablasteis?

Miranda se hundió en la silla.

—No, no hablamos. No esperé a que terminase el concierto. No fui de forma premeditada, ya te conté... Estaba paseando y me encontré con uno de esos carteles. Y decidí entrar a tomar algo. Sin más. Como haces tú con tu ritual de acudir sola a bares a tomar una copa. Dudo que él me viese...

La observó con atención, con una media sonrisa en el rostro. Ruth sabía leer todos y cada uno de los gestos de su amiga. Eran ya demasiados años, se conocían a la perfección. Y por su cara de circunstancias solo podía afirmar que ...¡lo sabía! Solo estaba esperando a que lo reconociese. Era el momento de admitir que ella también había bajado a las profundidades de La Cueva solo unos días antes.

—¿Nos vamos? —preguntó Ruth, una vez hubo terminado su café—. Estaría bien evitar las horas más fuertes de sol.

Miranda asintió.

Una vez estuvieron sentadas en el tren, las dos junto a la ventana y una frente a la otra, Ruth decidió que debía ser sincera. La reacción de su amiga no dejó de sorprenderla.

—Estuve allí —le dijo, esquivando su mirada y fijando la vista en el mar que se asomaba ya a la derecha. El tren seguía la línea azul que marcaba el litoral, con destino a las playas de la zona del Maresme—. En La Cueva del Jazz. La semana pasada. Y vi a Isaac. Salí sola a tomar una copa, como siempre hago en Brooklyn. Vino a saludarme en cuanto me vio.

Guardó unos segundos de silencio para estudiar cualquier mínimo cambio en el rostro de Miranda.

—¿Y qué te dijo?

Lo que en realidad quería saber era “¿te preguntó por mí?”, pero no hacía falta que formulase esa pregunta de forma tan directa.

—Poca cosa. Apenas hablamos un par de minutos. Enseguida vinieron a interrumpirnos...

—¿La chica que te mencioné?

—Sí, creo que era la misma...Vino donde estábamos, junto a la barra y prácticamente lo arrancó de mi lado. Lo cogió del brazo y se lo llevó con ella.

Miranda se recostó en el asiento y se mordió uno de los nudillos de su mano derecha, como hacía siempre que estaba preocupada por algo. En ese sentido, en todo aquel asunto no había nada de lo que preocuparse. Era una cuestión de aceptar la realidad y pasar página. Y solo de esa manera conseguiría Ruth apaciguar su rebelde mala conciencia.

—Siento no habértelo dicho antes, Miranda...Es solo que desde que llegamos me he dado cuenta de que la idea de un posible reencuentro con él te estaba empezando a ilusionar. Y en cuanto vi que aquella chica ponía tanto empeño en marcar su territorio pensé si no valía más la pena esperar a que te olvidases del tema y no causarte una preocupación innecesaria...como parece que ha sucedido.

Ya está. Ya lo había dicho. Ahora solo faltaba la segunda parte.

Ruth cogió su mochila y buscó dentro su teléfono móvil. No tenía demasiado sentido ocultarle el mensaje que había recibido de Isaac justo antes de irse a la cama. Lo sacó, buscó entre las conversaciones y se lo mostró a Miranda. Ella tenía el número de teléfono de él y su amiga no. Se preguntó si Miranda no sabría también lo que había sucedido entre ellos. Era una de las personas más listas que conocía. Pero también una de las más prudentes. Le tendió el teléfono con los mensajes inocentes y exaltados del saxofonista y estudió su reacción.

—Los recibí anoche...antes de irme a dormir.

Miranda los leyó. La sorpresa podía leerse en su rostro.

—Así que me vio...

—Parece que no está seguro de que fueras tú, pero así es.

—Y no le has contestado.

—No, quería contártelo primero.

A Miranda le sorprendió su prudencia. Ruth era impulsiva y, además, una de esas personas que vive pegada a su teléfono. Le sorprendía que no le

hubiera contestado al minuto uno con un *Sí, Miranda está aquí*. Pero de todas maneras aquel mensaje no cambiaba gran cosa. ¿Qué iba a hacer ella al respecto? Aquella chica del vestido verde seguiría acompañándolo a los conciertos.

Llegaría la noche de San Juan. Y pasaría en unas horas. En un suspiro. Las playas amanecerían colmadas de restos de excesos y fogatas moribundas. Y ella podría por fin pasar página, a pesar de lo que había sentido viéndolo sobre el escenario la noche anterior. Tenía que olvidarse de él. No había otra opción. Y ella no merecía otra cosa. Al fin y al cabo lo había abandonado por voluntad propia para poner tierra de por medio y focalizarse en su carrera. ¿Qué derecho tenía ahora, cinco años después, a regresar a la vida de Isaac y ponerla patas arriba? Por mucho que él la hubiese citado. Por mucho que él la esperase. Al menos uno de los dos tenía que ser responsable.

## CAPÍTULO 11

Un par de días después de haber pasado el día en la playa con Ruth, Miranda se topó de bruces con el fin de semana. Realmente le daba igual qué día de la semana fuese, ya que cuando alguien se encuentra ante un largo periodo de vacaciones y cada una de las mañanas se presta a ir un rato a la piscina o dar un paseo hasta alguno de los museos de la ciudad y disfrutar de su aire acondicionado, poco importa que sea miércoles o sábado. Pero ese día era viernes y se alegró de recibir aquel mensaje de Raquel, su agente inmobiliaria favorita. La mejor agente inmobiliaria de la ciudad, bajo su punto de vista:

*¡Hola! ¿Haces algo esta noche? Es mi cumpleaños.*

*Unos amigos me organizan una fiesta sorpresa y puedo invitar a quien quiera (¡faltaría más!)*

*¿Te apetece venir? X*

¿Una fiesta sorpresa en la que la agasajada participa y propone nuevos invitados? Demasiados interrogantes como para dejarlo pasar. El lunes había quedado con ella para acabar de cerrar el tema del apartamento y recoger las llaves, así que le sorprendió el cambio de tono del mensaje de Raquel, de absolutamente profesional a invitarla a un plan nocturno de lo más apetecible.

Pasados unos minutos, le contestó:

*¡Felicidades! ¿Cuándo? ¿Dónde?*

*Y lo que es más importante: ¿cómo es posible que siendo una fiesta sorpresa estés enterada de todo?*

Raquel le contestó:

*No sé muchos detalles. Hemos quedado a las diez de la noche en la parada de metro de Monumental. Una de mis amigas, Cris, sabe que ODIO las fiestas sorpresa así que ha tenido la decencia de avisarme.*

*No sé exactamente cuál es el plan,*

*pero diría que tomaremos algo en alguna terraza de la zona.*

*Puedes venir y traer a quien quieras.*

La verdad era que la invitación no tenía demasiada lógica pero no tenía nada mejor que hacer, y algo que le jodía bastante era que se había pasado los últimos dos días pensando en Isaac y en el extraño comportamiento de Ruth,



así que no le vendría mal distraerse. Tecléo un “*Perfecto. Allí estaré*”, y se animó de repente, al comprobar que existía la posibilidad real de hacer nuevas amistades pasada la treintena, una vez regresabas a casa después de unos años en el exilio nórdico. Maravilla. Le apetecía un montón, a pesar de hallarse inmersa en un acuerdo comercial con Raquel. Confiaba en que era alguien que sabía separar la vida profesional de la personal.

Por un momento pensó en invitar a Ruth, pero cuando ya tenía el mensaje escrito, lo borró antes de pulsar la tecla de enviar. Estaban “raras”. Y no era la primera vez que había entre ellas esa sensación de extrañamiento. Era algo totalmente salvable y solo necesitaba que pasasen unos días. Después recordó que cuando estaban en uno de los chiringuitos de la playa ella había mencionado que tal vez se marcharía el fin de semana a ver a su adorada tía Mónica a su casa de Sitges.

La tía Mónica siempre había inquietado un poco a Miranda, y por eso evitaba acompañar a Ruth a ese tipo de romerías familiares cuando coincidían en Barcelona.

Mónica era una señora de sesenta años que vestía con caftanes de colores eléctricos y que mantenía apasionadas conversaciones con ángeles. Había tenido tres maridos y ningún hijo, y del último de ellos había heredado una magnífica casa en el casco viejo del pueblecito costero de Sitges, a unos veinte kilómetros de Barcelona.

Ruth no lo había reconocido jamás, pero era obvio que hacía un esfuerzo loable por convertirse en una sobrina favorita y hacer méritos para cuando llegase el momento de la herencia. Siempre había soñado con esa casa, esa era la verdad. Aunque no disimulaba en absoluto la sintonía que tenía con la tía Mónica y el hecho de que cada vez que venía de visita reservaba un fin de semana completo para pasarlo con ella.

El caso era que Ruth la había propuesto a unirse a ellas ese fin de semana, y no había nada que apeteciese menos a Miranda que escuchar cómo de turbia estaba su aura. Tampoco le apeteció la opción número dos: ir solo un día para comer las tres juntas. Tras rechazar el plan educadamente, le deseó un feliz *finde* y que disfrutara de su “tiempo de calidad con la tía Mónica”, tal y como ella lo llamaba.

Por otro lado, era bastante evidente que había algo que Ruth no le había contado con respecto a Isaac. No estaba segura de querer saberlo. Aquel día, después de volver de la playa con el rostro encendido por el sol, pensó que era el momento de deshacerse por completo de aquella fantasía. No tenía por

qué retomar el contacto con él, aunque vivieran en la misma ciudad. No era demasiado grande, pero no tenía ni por qué encontrárselo por la calle de manera fortuita. En cuanto a Ruth, apenas estaría unos diez días más allí. Después regresaría a Brooklyn, a su misteriosa rutina neoyorkina, de la que no hablaba demasiado.

Le había parecido raro que tuviese el teléfono de Isaac almacenado en su lista de contactos. Sabía muy bien que él se había cambiado de número en los últimos años. Hacía tres navidades que ella misma había enviado un mensaje para felicitarlo y la aplicación de *whatsapp* nunca lo entregó a su destinatario, así que sabía de buena tinta que ya no tenía el mismo número que cuando estaban juntos. De repente el hecho de que ambos tuvieran el número del otro se había convertido en un interesante misterio. Y por alguna razón, no le preguntó en aquel tren por qué tenía su contacto.

Sobre los mensajes de la noche anterior, Ruth le consultó qué debía hacer. ¿Contestarle? ¿No contestarle? Realmente a estas alturas poco le importaba, pero por una cuestión de karma y equilibrio universal —algo que sin duda habría sido muy del gusto de la tía Mónica— decidieron que sí, que lo mejor era confirmar que Miranda estaba “por allí aquellos días” y no darle más bola a aquel asunto. No había necesidad de especificar que había regresado a la ciudad para quedarse definitivamente.

Una fiesta era justo lo que le pedía el cuerpo aquella tarde de viernes. Qué demonios, se conformaba con una cervecita en una terraza, rodeada de gente distendida. La verdad es que no sabía exactamente a qué tipo de terraza se refería Raquel. ¿Un bar? ¿Alguna de un hotel, con vistas? ¿Algún afortunado con un pisazo en la zona que rodeaba la antigua plaza de toros de la ciudad, cerrada desde hacía años? En realidad le daba lo mismo. La perspectiva de conocer gente nueva y pasar un rato agradable era más que suficiente. Trató de hacer memoria. ¿Conocía a alguno de los amigos de Raquel? ¿De la época en que estaba con Roque? No habían coincidido tanto, pero tal vez se presentase alguien que le resultaba familiar.

Raquel y Roque. Era una lástima que una pareja con aquellos nombres tan contundentes no hubiese fructificado. Ella no le había contado nada acerca de si salía con alguien en la actualidad, y Miranda tampoco le había preguntado. El par de veces que se habían visto en los últimos días, salvando el encuentro en la cafetería, habían sido estrictamente por temas del piso. En realidad hacía tiempo que Miranda había dejado de interesarse por el estatus sentimental de cualquier persona que conociese, fuese hombre o mujer. Le parecía anticuado

preguntar por ese tipo de cosas.

A las seis de la tarde se metió en el baño y se dio una ducha. Después se aplicó una buena dosis de loción hidratante y se dirigió al vestidor que aún conservaba en casa de sus padres—. que su madre no había tenido a bien en apropiarse— y localizó una de sus faldas vaqueras favoritas y una blusa sin mangas de color blanco, que sin duda acentuaría el tímido bronceado conseguido en los últimos días.

Una de las cosas que más le gustaba de estar de vuelta, un poco más cerca del ecuador, era la posibilidad de ponerse ropa que le encantaba y que no casaba demasiado con el clima nórdico. Debía pensar, por cierto, qué hacer con todas esas camisetas térmicas, forros polares, jerséis de lana hipergruesa y demás parafernalia acarreada en sus tres maletas. Allí no la iba a necesitar y no era alguien especialmente interesada por los deportes de invierno (o por los deportes en general).

Una de las cosas que más le alucinó de aquella tarde fue que, efectivamente, cuando vio a Raquel doblar la esquina y avistar el gentío que la esperaba junto a la parada de metro, esta se hizo la sorprendida de una forma más que convincente. ¡Qué demonios convincente! Eso sería quedarnos cortos. Se marcó un Meryl Streep allí delante, con sofocón incluido, haciendo ver que no tenía ni la más remota idea de que se había estado urdiendo aquella reunión a sus espaldas.

Eran unas doce personas, y en cuanto la vio llegar una de las anfitrionas, que luego resultó ser la tal Cris, cómplice de aquella pequeña pantomima, le presentó de inmediato al resto del grupo: dos parejas, cuatro chicas, compañeras de trabajo de la maravillosa agencia inmobiliaria que le había conseguido aquella ganga, y tres chicos que resultaron ser gays y con los que congenió enseguida. Habían preparado una pequeña fiesta en uno de los reservados de la terraza del Hotel Senglar, a solo unos diez minutos caminando de la parada de metro en la que se habían encontrado.

¿Sabes esas veces en que te lo estás pasando fenomenal y de pronto un detalle, en solo unos segundos, te estropea la velada y decides que es hora de marcharse a casa? Así se sintió Miranda cuando vio a la chica del vestido verde en la terraza de aquel hotel. La misma que había sujetado el rostro de Isaac de la forma más tierna del mundo cuando él bajó del escenario y se acercó donde estaba.

No era simplemente que estuviese allí tomando algo con un grupo de gente y la viese desde la distancia. Fue ella, Almudena, así se llamaba, quien los atendió. Era la relaciones públicas de aquel sitio, tal y como les contó luego. Quien se ocupaba de gestionar las reservas privadas para grupos y asegurarse de que tenían todo lo que necesitaban. Lo cierto es que era encantadora, y Miranda quiso pensar que se lo pareció porque era lo que le correspondía. Al fin y al cabo ese era su trabajo. Ser simpática y servicial.

Podía haber sido mucho peor. Podría haber estado allí Isaac, visitándola, o yendo a buscarla. Eso podía funcionar perfectamente como consuelo y fue a lo que se aferró Miranda para no reconocer la evidencia: que todo aquello le estaba provocando una pesadumbre inesperada. Que había conectado a las mil maravillas con el grupo de Raquel pero que no tardaría mucho en irse a casa.

A Almudena la conocían porque era muy amiga de Lorena, una de las chicas del grupo. Ella era profesora de pilates y Almu (así se refería a ella), había sido una de sus alumnas durante bastante tiempo. Fue a través de Lorena como se enteraron que aquello del Hotel Senglar era un simple extra, un favor que le hacía al gerente del hotel, que era un buen amigo suyo. Almudena tenía su propia agencia de relaciones públicas y para ella trabajaban unas cinco personas. No solía presentarse personalmente en los eventos que su equipo gestionaba, pero siempre se prestaba encantada cuando se trataba de alguna de las divertidas fiestas que proponía el grupito de Raquel.

Iba y venía por la preciosa terraza en la azotea de aquel hotel de diseño, pero hubo algunos momentos en que se sentó con ellos y escuchó algunas de las alocadas historias que Lorena explicaba. Solo hubo dos momentos en los que la sonrisa profesional de Almudena desapareció de su rostro: la primera cuando revisó su teléfono móvil y vio algo que la disgustó. La segunda cuando estrechó la mano de Miranda para, acto seguido, darle los dos besos de rigor. Ella no podía estar segura de eso, pero juraría que la reconoció al instante. Que supo enseguida que era alguien demasiado importante en la vida de Isaac.

## CAPÍTULO 12

Llegó un punto en que la incomodidad era demasiado evidente y Miranda decidió que era un excelente momento para abandonar el barco y retirarse de forma discreta. Eran casi las once de la noche. La comida ya se había terminado y los cócteles empezaban a hacer mella entre los presentes. Sospechó que si anunciaba por todo lo alto que se largaba el grupo intentaría retenerla. Ya habían hablado de cambiar de sitio y pasarse por un pub de la zona, y todo apuntaba a que le costaría librarse. Se levantó y se acercó a Raquel con discreción.

—Tengo que irme —le dijo en voz bajita pero firme—. Mañana madrugo.

—¡Tía! ¡Mañana es sábado! Y no empiezas a trabajar hasta septiembre. ¿Te estás aburriendo?

—No, ¡no! Para nada. Es solo que estoy cansada. Me marcho ya, te lo digo a ti en *petit comité*...ya sabes.

—¿Estás bien? —le preguntó Raquel, sujetándola por el antebrazo—. Pareces disgustada por algo. ¿Alguien ha dicho algo inoportuno?

—No, nada de eso. Tus amigos son un encanto. Es solo que estoy cansada.

La cumpleañera la abrazó durante un par de segundos.

—No voy a insistir. Sé muy bien la rabia que da eso cuando te quieres ir a casa.

—Gracias por invitarme a tu cumple.

—No. Gracias a ti por venir. Me alegra mucho que hayamos retomado el contacto. Te escribo el lunes a primera hora para concretar el sitio y hora de la entrega de llaves. ¿Estás emocionada?

—Muchísimo.

—Te llamaremos otro día que salgamos, ¿ok? A mis amigos les has encantado.

—¡Por favor!

Miranda se dirigió hacia la puerta del ascensor, no sin que antes Raquel le prometiese que la disculparía ante el resto con una excusa convincente. Era una chica lista. Se había dado cuenta de que algo se había torcido en cuanto

Almudena había hecho acto de presencia. Quién sabe. Tal vez sabía perfectamente que aquella era la novia de Isaac y que era una situación algo incómoda para ella.

Justo en el momento en que se disponía a entrar en el ascensor, Almudena salió del baño. Se acercó a ella.

—¿Ya te marchas?

—Sí, sí. Me encantaría quedarme, pero tengo un día intenso mañana...

La miró por encima de la montura de las gafas.

—Raquel me ha contado que acabas de llegar a la ciudad... que has pasado unos años viviendo fuera.

—Sí, exacto.

No le dijo dónde. La tensión era ya palpable y estaba ante toda una profesional de las relaciones públicas que sabía manejarse en cualquier tipo de situación incómoda. Dio un paso para entrar en el ascensor, pero Almudena no parecía satisfecha con los datos que había conseguido reunir. La sujetó del brazo con suavidad.

—Y, ¿te quedas definitivamente?

—¿Perdón?

—En Barcelona. ¿Has vuelto para quedarte aquí a vivir, o solo estás de vacaciones?

Miranda se soltó de su garra. Se metió en el ascensor, y por un momento pensaba que la acompañaría hasta la recepción. Le sonrió a modo de despedida y permitió que su respuesta fuera simplemente visual: las puertas de acero del ascensor cerrándose en sus narices y dejándola con la palabra en la boca. Ahora no le quedaba ninguna duda de que Almudena la tenía cien por cien ubicada.

No sentía ningún tipo de hostilidad hacia aquella chica y, si era cierto que estaba con Isaac, ojalá les fuera bien, pero no le había gustado ni una pizca la manera en que la había interrogado, interceptándola cuando ya se iba y mostrando un interés insano. Si era alguien que frecuentaba el grupo de Raquel, mucho se temía que no podría aparecer demasiado por sus quedadas, por muy bien que lo pasaran. No le gustaba nada la energía de Almudena.

Cuando Miranda llegó a la calle agradeció el airecito que se deslizaba sobre el asfalto y que sin duda daba una tregua necesaria al calor de los primeros días de junio. No estaba nada acostumbrada a aquella humedad, ni a que fuera de noche tan pronto. En aquella época del año, en Oslo, el cielo era muy parecido a las primeras horas de la mañana en el sur de Europa. Era casi

como un amanecer. Recordó con nostalgia lo loca que la volvía aquello al principio.

Observó sus maltrechos pies. Lo típico. En cuanto dejas de beber te das cuenta de que no deberías haberte puesto unas sandalias nuevas para caminar a una distancia de más de un kilómetro. El tacón no era especialmente alto, pero ya notaba el típico efecto sobre el pie en verano. A pesar de que no estaba demasiado lejos y que se trataba de un agradable paseo de una media hora, no se veía capacitada para andar hasta casa sin llegar con los pies destrozados por las rozaduras.

Podría decirse que allí y en ese preciso instante empezó una nueva noche y una nueva vida. Miranda se acercó al borde de la acera y trató de avistar algún taxi libre. Ya le había avisado Raquel que esa noche sería complicado encontrar uno, debido al festival de música electrónica y la consabida huelga de metro. Casi veinte minutos después, cuando ya estaba haciéndose a la idea que tendría que quitarse las sandalias y caminar un buen trecho descalza, vio que se acercaba uno que tenía la luz verde activada, y que pareció verla al hacer un cambio de luces. Todo pasó en unas décimas de segundo.

De repente, un tipo salió de la nada y se coló, robándole el único taxi que había visto desde que había salido del hotel. Miranda montó en cólera.

—¡Eeeeeeehhhhh! ¡Maldita sea! ¡Estaba yo primera! ¿Acaso no lo has visto?

No sirvió de nada. Aquel capullo no le hizo ni caso.

—¿No me has oído? ¡EL...TAXI...ERA...MÍOOOOOO!

El hombre ya se había subido al asiento trasero y el conductor estaba recibiendo las indicaciones pertinentes. Arrancaron, dejándola compuesta y sin taxi.

Le salió del alma. Miranda se quitó una de sus sandalias y la lanzó en volandas con toda la ira del mundo. En ese momento actuó de forma irracional, impropia de ella, con tan mala suerte que el zapato se coló por la ventanilla abierta del asiento trasero.

Gritó de rabia. Esas sandalias no eran precisamente baratas. El coche ya había avanzado varios metros. Miranda se quitó el otro zapato y corrió tras el taxi, pero antes de que llegase al siguiente semáforo, este se detuvo y dio marcha atrás. Cuando llegó a su altura, se apoyó en el borde de la ventanilla y se asomó al interior, dispuesta a recuperar su zapato. Una voz grave y profunda salió de su interior.

—Tal vez podríamos compartir el taxi.

Se quedó petrificada. De repente todo el cabreo se esfumó y fue reemplazado por un temblor que empezaba en el estómago y trepaba sin concesiones hasta su garganta. El hombre que la observaba con una sonrisa, sosteniendo el zapato en su mano derecha como un auténtico príncipe no era otro que Isaac Ribas, que se afanó a abrir la puerta de atrás para que Miranda subiera, ante la atónita mirada del taxista.

Fue consciente de que necesitaría unos segundos para reaccionar con serenidad, así que optó por el silencio y dejó que él tomase la iniciativa. Se acercó a ella y la abrazó.

—¡Cuantísimo tiempo, Miranda!

El semáforo se puso en verde y el conductor les lanzó una mirada interrogante a través del espejo retrovisor.

—Entonces, ¿dónde les llevo?

—¿Hacia dónde vas? —preguntó Isaac.

—Casa —contestó Miranda, tratando de amortiguar sus nervios.

Se dio cuenta de que aquella indicación no era suficiente.

—Calle Amigó, número 28 —añadió.

—Vamos hacia allí —le dijo Isaac al taxista—. La dejamos en casa y luego yo sigo hasta Poblenu.

—En realidad queda más cerca Poblenu. Deberíamos hacer el camino a la inversa.

—No, no. La acompaño hasta casa, gracias. No me importa dar una vuelta.

Isaac reflexionó unos instantes.

—Estás en casa de tus padres, entonces. ¿De vacaciones? ¿Hasta cuándo estás aquí?

Parecía genuinamente feliz de verla. El brillo en sus ojos era demasiado evidente. Miranda aprovechó la parálisis absoluta que la embargaba para contemplar a Isaac de cerca en la penumbra del asiento trasero. Llevaba una camisa oscura y unas bermudas de color ocre. Sintió unas ganas tremendas de acariciar su pelo y de acercarse a su cuello para aspirar de nuevo su delicioso perfume masculino.

Sabía que la situación en la que se hallaba inmersa no era lo que sucedía habitualmente. Cinco años deberían haber sido suficientes para enterrar todo aquel asunto y poner sobre la tumba un bonito ramo de flores. Unas camelias preciosas.



Los últimos meses de su relación con Isaac no habían sido precisamente idílicos. De repente cualquier otra cosa merecía más su atención que el hecho de seguir cimentando aquella historia de amor venida a menos. Durante mucho tiempo se preguntó cómo sería el reencuentro con alguien que ha sido tan importante durante tus años formativos. A veces lo había pensado. ¿Cómo estará esa persona que pasó de todo a nada? En situaciones como la suya, en la que no había habido ningún problema serio que precipitase la ruptura, se limitaba a enviarle vibraciones positivas, confiando en que, de algún modo, las recibiría.

Lo que Miranda nunca hubiera esperado era estar sintiendo algo tan irracional ante él. Algo tan físico. Intentó adivinar qué lo diferenciaba del chico que había dejado junto al rompeolas aquella noche haciendo un loable esfuerzo por no llorar. La respuesta correcta era una férrea seguridad en sí mismo. ¿Era posible que Isaac fuera el hombre con el que había soñado tantas veces? ¿Qué siempre hubiera estado ahí y que solo tenían que pasar cinco años para que se manifestara?

Recuperó la compostura y se sentó correctamente en el lado derecho del taxi, contemplando la ciudad nocturna a través de la ventanilla abierta. Cogió la sandalia que él la tenía y se la colocó. Mientras ajustaba de nuevo las tiras a su tobillo, le contestó con toda la serenidad que logró reunir:

—No, no estoy de vacaciones. He vuelto a casa. Empiezo en un nuevo trabajo en septiembre. Aquí, en Barcelona.

Isaac arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—Genial, me alegro. Y has pasado todos estos años en...¿Noruega?

—Sí, sí —reflexionó unos segundos—. Siempre estuve convencida de que volvería. ¡Pero bueno! ¿Qué tal todo? ¿Cómo te va con tu música?

Él la miró, tal vez pensando en si decirle o no que la había visto hacía solo unos días mientras él actuaba. Qué situación tan absurda. Ambos guardando las formalidades, cuando lo que en realidad deseaban era introducir sus manos por debajo de la escasa ropa de verano que los cubría y comprobar si su piel seguía reaccionando de la misma manera bajo el tacto del otro.

Isaac le habló brevemente de sus clases esporádicas, sus giras como saxofonista, sus compañeros de grupo. Ambos se preguntaron por las respectivas familias con mucha cortesía. Y a pesar de que todos y cada uno de los semáforos con los que se cruzaron tenía la luz roja, aquel trayecto le pareció a Miranda el más corto del mundo. No le había dado tiempo a articular ningún discurso. No había podido planificar nada que decirle a él.

No tenía ningún sentido no contarle que sí, que había visto el cartel con su actuación y que había decidido bajar a las profundidades de La Cueva del Jam y que había comprobado con sus propios ojos cuánto había mejorado en todo ese tiempo. Y a él... a él le estaba exactamente sucediendo lo mismo. Incapaz de poner de manifiesto algo que ya sabía, porque Ruth se lo había confirmado por escrito: que la había visto marcharse de la sala sin darle tiempo a abrazarla.

El taxi se detuvo en doble fila delante del portal donde vivían los padres de Miranda. Durante el día era una calle tranquila, pero por la noche se animaba debido a los numerosos bares de copas que salpicaban ambos lados de la calzada. Por suerte, vivían en un ático y apenas escuchaban ruido alguno.

Allí terminaba aquel encuentro, pensó Miranda, mientras buscaba algo de efectivo en su bolso y se disponía a bajar el taxi.

—¿Qué haces?

—Pago yo esta parte del trayecto, si te parece.

—No, guárdate eso.

Él sacó su cartera y buscó el taxímetro con la mirada.

—Yo también me bajo aquí —le dijo Isaac al taxista.

## CAPÍTULO 13

Se encontró con él en la calle, frente al portal. Isaac se había limitado a seguir su instinto. Los escasos veinte minutos que había pasado con ella en el taxi simplemente no eran suficientes para compensar cinco años de ausencia.

—Así que en Poblenu, ¿eh? —dijo Miranda—. ¿Cómo piensas volver a casa?

—No importa, caminaré.

Ella se rio. Estaba lejísimos de allí.

—Puede llevarte unas tres horas.

—Seguro que encuentro otro taxi. Se me da bien...

—Claro, sobre todo si se lo robas a alguien que lleva un buen rato esperando.

Él se rio. No quería irse. Quería saber todo lo que había pasado en la vida de Miranda. Todo lo que se había perdido mientras construía su identidad y su futuro.

—Tampoco es muy tarde...¿por qué no tomamos algo y me pones un poco al día? —le preguntó, al tiempo que armaba una cálida sonrisa.

No iba a poder decirle que no. No lo pretendía, tampoco. A aquellas horas de la noche la calle estaba muy animada, y de hecho mucha gente joven poblaba las aceras. Universitarias ataviadas con tops y sandalias de plataforma se arremolinaban a las puertas de los locales, en algunos casos discutiendo acerca de su mayoría de edad con los respectivos porteros. El fin de curso se acercaba y muchos jóvenes estaban dispuestos a celebrarlo esa noche. Intentaron buscar un sitio tranquilo. Lo encontraron caminando un poco hacia arriba, en una callejuela paralela a la zona en la que vivía Miranda.

Era un bar de luz tenue y paredes de color rosa. En cada mesa, una velita que servía como punto de referencia a observar en el caso de que se produjera algún incómodo silencio. Pero Isaac no lo iba a necesitar, porque en cuanto regresó al rincón donde Miranda se había acomodado con dos cervezas se lo soltó a traición, sin dar tiempo a contrarrestarlo con la más inocente de las mentiras.

—El martes pasado te vi —le dijo. Su rostro se ensombreció un poco—. Cuando estábamos tocando. Fueron solo unas décimas de segundo y tuve

serias dudas de que fueras tú. Te vi cuando te marchabas, unos minutos antes de que terminase nuestro concierto.

Ella asintió. Bajo ningún concepto quería revelar el motivo por el que se había marchado, que no era otro que la intensa presencia de Almudena. No quería reconocer que no había sido capaz de guardar las formas y saludarlo educadamente una vez terminase.

—Sí. Vi un cartel muy cerca del local, y te reconocí enseguida. Era casi la hora en que empezabais así que me animé a bajar y tomar algo. Fue una sensación...extraña. Verte de nuevo, después de tanto tiempo...Y a la vez fue como si todos esos años hubieran sido un sueño. El transcurso de una noche. No sé, era raro.

Le sonrió con un deje de tristeza.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero desde el escenario se ve a todas y cada una de las personas que están en la sala —contestó él, sonriendo de nuevo—. ¿Te gustó?

Desvió la mirada de la vela, cuya llama estaba cada vez más alta desde el momento en que se habían sentado en esa mesa.

—Me encantó. Ha habido una gran evolución en tu manera de tocar, es evidente...

Él le cogió la mano y aquello bastó para no necesitar las palabras. Ambos querían comunicarse con su cuerpo. Acarició con suavidad sus nudillos y mil corrientes eléctricas se desataron entre las piernas de Miranda.

—¿Nos vamos de aquí? —le preguntó él.

El siguiente escenario que Miranda reconoció fue el portal de casa de sus padres, oscuro y desierto, pasada ya la medianoche. El camino hasta allí se había interrumpido varias veces, debido a las ganas mutuas de devorarse. En la penumbra que les ofrecía la entrada al edificio, Isaac no perdió ni un solo segundo en besarla y recuperar, multiplicadas por mil, cada una de las sensaciones que nacieron de sus respectivas lenguas.

Miranda rodeó su cuello con sus brazos y se estremeció ante el cambio evidente que había experimentado el diámetro de su espalda. Su lengua se sorprendió por lo áspero de su mandíbula. Instintivamente, entreabrió las piernas y las manos de él se perdieron entre sus muslos. Ese contacto provocó que ella se abriera aún más. Dieron unos pasos atropellados hasta una de las esquinas del portal, huyendo de la luz de la farola más cercana, que los dejaba demasiado expuestos.

Miranda jadeó de puro placer al reconocer el primero de sus orgasmos,

espontáneo y absolutamente incontrolable, en la oscuridad del portal. Sus braguitas estaban ya demasiado húmedas como para que él se detuviese. Y no quería, bajo ningún concepto, que parara.

—Mis padres...no están en casa —dijo ella, con la voz entrecortada.

Él le susurró con la voz ronca y el calor que despidió su aliento la excitó todavía más.

—No sé si puedo llegar arriba. Necesito tenerte ahora mismo.

Miranda palpó su enorme erección.

—Estamos prácticamente en la calle. Alguien puede vernos...

Uno de los dedos de él se deslizó de nuevo bajo su falda, hurgando entre sus piernas. Cuando por fin logró lo que quería, introducirlo en su coño, Miranda creyó que se moriría allí mismo, entre unos brazos que no pretendían soltarla. El golpe de calor que subió hasta sus mejillas provocó que se girara repentinamente, dándole la espalda a Isaac y buscando el tacto frío del mármol del portal. Mientras él deslizaba el dedo arriba y abajo ella abrió su bolso como pudo en busca de las llaves. Las encontró al fondo y se deslizó unos pasos a su derecha, hacia la puerta. Isaac no iba a separarse de ella tan fácilmente. Abrió la puerta y entraron en el edificio. Por suerte el ascensor les esperaba en la planta baja.

—No puedo llegar arriba. No puedo esperar tanto—repitió él. Con la mano derecha estaba desabotonándose el pantalón.

Buscaron con urgencia la intimidad del ascensor, pero en cuanto la puerta se cerró y Miranda pulsó la A de Ático supo que ya estaba perdida. Isaac le había dado la vuelta y pugnaba por introducirse dentro de ella. El deseo que sentía solo le dio un par de segundos de tregua, en los que se preguntó si era eso lo que quería de él. Un polvo rápido en el ascensor. Pensó entonces que en ese momento, más que nunca, iba a dejar de preocuparse en lo que sucediera después. Iba a concentrarse en su deseo y asumir cualquier consecuencia posterior.

En el último piso, además del ático familiar, vivía un matrimonio de ancianos. Miranda rogó al universo en silencio que ya estuviesen profundamente dormidos a esas horas, porque el ruido que estaban haciendo era cada vez más evidente. El ascensor llegó, renqueante, hasta el último piso, donde permaneció quieto al menos dos minutos.

Isaac agarró sus nalgas y la aupó para poder acceder de pleno al interior de su cuerpo, colmándola al instante. Empujó una y otra vez, sin dejar de gemir. Hurgó con su boca en su blusa desbordada y lamió uno de sus pechos.

Miranda lo liberó del todo, apartando la tela del sujetador, y él succionó con auténtico deleite el pezón. Observó la escena en el espejo del ascensor y esa imagen, los rostros desencajados de ambos, sumidos en una espiral de descontrol, provocó que se corriera de nuevo. Enterró los dedos en el pelo de él y estiró suavemente, ahogando un grito. Fue ahí cuando él no aguantó más y se dejó ir entre sus piernas con una serie de fuertes espasmos.

La escenita del ascensor podría haberles traído algún que otro quebradero de cabeza, pues en el mismo instante en que sus cuerpos empezaban a separarse en aquel ínfimo espacio, alguien, en algún piso inferior, pulsó el botón de llamada. Las puertas automáticas se cerraron de nuevo y empezaron a bajar de nuevo. A toda prisa se ajustaron la ropa arrancada o desabrochada. Miranda rezó para que fueran siete pisos los que bajasen, y tuviese tiempo de arreglarse la desmadejada melena y el rímel desplazado alrededor de su mirada. Tal vez era demasiado pedir. Sus rostros enardecidos hablaban por sí solos, y al llegar abajo tuvieron que hacer un soberano esfuerzo por disimular. Volvieron a subir tres pisos acompañados de una pareja de ancianas. Las hermanas Antúnez, unas señoras bastante cotillas y, como no, buenas amigas de su madre. El ascensor olía a sexo y parecía como si la temperatura hubiera subido diez grados de golpe allí dentro.

Isaac volvió a subir con ella, aunque no las tenía todas consigo. Tal vez aquello no le había parecido suficiente, tal y como Miranda comprobaría en las casi tres horas que tardaron en quedarse dormidos en su antiguo dormitorio, sobre la cama de noventa que fue prácticamente su hogar en su adolescencia. Mientras el saxofonista, desnudo, enterraba su rostro entre sus pechos y se dormía casi al instante después de un buen rato de confidencias poco profundas, Miranda pensó en la cantidad de horas que había pasado soñando despierta en aquella cama, imaginando un hombre así a su lado. Era curioso que durante todos los años que lo tuvo siempre estuvo convencida de que aquel chico no era “ÉL”.

¡Dios, qué había hecho! ¿Cómo había sucumbido a sus instintos de una forma tan irracional? ¿Habían estropeado ese posible encuentro en la noche señalada? Eso suponiendo que Isaac tuviera la intención de presentarse en el rompeolas, o que se acordase de ello siquiera.

Esa noche, en vez de abandonarse al sueño en los brazos del músico, Miranda cometió el primero de sus tibios errores: tener miedo de que todo aquello se le fuera de las manos y dejar que la inseguridad la embargase con una cadena de pensamientos tóxicos. A saber: que él se diera por satisfecho

con aquel encuentro furtivo y no volviese a verle el pelo, que Almudena se enterase y le tendiera una trampa mortal, que aquello se convirtiera de repente en un bache que le amargase el regreso a casa y, en consecuencia, el resto del verano. Miranda no era alguien especialmente pesimista, pero cuando entraba en ese bucle autodestructivo de ahí no la sacaba nadie.

Sin embargo, por la mañana, cuando ya hacía rato que el sol se colaba por los resquicios de la persiana, Isaac seguía allí. Ya despierto, observándola. Sin ninguna intención de marcharse de su lado.

## CAPÍTULO 14

En el fondo Ruth se alegraba de que Miranda hubiese rechazado su invitación para ir a Sitges ese fin de semana, porque sentía que había llegado el momento de compartir sus inquietudes al respecto con la tía Mónica y absorber toda su sabiduría. Se acomodó en la fantástica terraza de su casa, casi al borde del acantilado, y se encaró con el sol del mediodía, una vez embadurnada debidamente con el protector solar más potente que encontró. ¡Cómo le gustaba aquella casita frente al mar!

En el salón, la tía Mónica estaba punto de terminar con una de sus clientas, a la que estaba practicando una intensa sesión de reiki. Cogió el vaso de vermut que le había servido con su correspondiente bolsa de patatas chip y sus aceitunas y espero pacientemente a que terminase. Unos veinte minutos después, Mónica ya estaba de nuevo en la terraza, pululando cerca de ella y dando bandazos con su túnica alrededor de las macetas.

—Tus plantas están espectaculares —le dijo Ruth—. No recordaba que tuvieras tantas.

—Claro. Les hago reiki todos los días.

—¿Les haces reiki a las plantas?

—Si no lo hiciera no tendrían este lustre que tienen.

Las chaladuras de la tía Mónica le relajaban mucho, las cosas como son. Siempre que venía a España de vacaciones, Ruth no se conformaba con tomar un café con ella durante un par de horas. Eso sería del todo insuficiente. Procuraba reservarse dos o tres días para visitarla en su casa y robarle un poco de su maravillosa energía. Ojalá ser como ella cuando alcanzase su edad.

—Estás más callada que de costumbre —le dijo Mónica.

Se encogió de hombros.

—No tengo muchas novedades últimamente.

La tía dio la espalda a sus plantas y se giró, observándola con atención.

—A mí no me engañas. Yo sé cuándo te pasa algo aunque no me lo quieras contar. Como cuando te cansaste de aquel novio tuyo americano y, sin que me dijeras nada, lo vi en tu cara. El guapo. El que vivió contigo un tiempo.

Le hizo gracia que le recordase que hablaba específicamente de Michael,



porque no había habido nadie más en todo ese tiempo. O al menos nadie que mereciese la pena destacar.

Ruth sabía que aquella conexión con su tía era una cosa prácticamente esotérica y ya estaba más que acostumbrada a sus supuestos poderes adivinatorios. Cuando pasó toda la debacle con Michael cogió un avión y decidió desaparecer unos días, uno de los sitios que visitó fue aquel, precisamente. La casa de Mónica. Una semana frente al Mediterráneo le curó la mayor parte de sus heridas. Tenían una relación muy curiosa, a pesar de la diferencia de edad entre ambas. Casi treinta años de distancia y era como si hablase con su mejor amiga. Con Miranda. Incluso tenía la sensación de que su propia madre observaba con recelo aquella estrecha relación con su cuñada, aunque nunca le había comentado nada al respecto.

La tía Mónica jamás se escandalizaba ante nada. Siempre había hecho lo que le había dado la gana: estudió arqueología en una época en la que prácticamente ninguna chica de su edad se planteaba —o, al menos, no lograba los medios— poner un pie en la universidad. Era una apasionada del antiguo Egipto y las excavaciones. Se casó tres veces, aunque en más de una ocasión le había confesado a Ruth que solo una vez estuvo realmente enamorada, y no fue de ninguno de sus tres maridos (el segundo de los tres había sido el hermano del padre de Ruth).

El objeto de su obsesión fue el director de una de las excavaciones en las que participó en los Alpes austríacos, cuando solo tenía veinticinco años. El romance duró hasta que desenterraron todos los huesos. Después tomaron caminos distintos. Él estaba casado y volvió con su esposa a Dublín, donde daba clases en el Trinity College.

De su último marido, fallecido hacía seis años, la tía Mónica había obtenido una sustanciosa herencia que incluía aquella casita frente al mar, su bien más preciado. A Ruth siempre le había parecido muy curioso ese desinterés manifiesto por el género masculino. Sus matrimonios habían sido bastante breves, y, sospechaba, se debían más a una voluntad específica de no estar sola en casa que a cualquier intención romántica.

Lo que interesaba de verdad a la tía Mónica era el mundo espiritual. Hacía mucho tiempo que disfrutaba de una posición acomodada y no necesitaba trabajar, (había elegido muy bien a sus tres maridos), así que dedicaba casi todo su tiempo a leer acerca de todo lo que la apasionaba: ángeles, energías, minerales, auras...Era facilitadora de reiki y una excelente tarotista. El pack completo. Solía decir que toda aquella información le

proporcionaba muchísima paz y que, a esas alturas de la vida, ya solo le interesaban sus lecturas esotéricas, tomar café con las amigas del pueblo y estar en la terraza con sus plantas.

—¿Te acuerdas cuándo me preguntabas por qué lo había dejado con Michael y a mí no me apetecía hablar del tema? —le preguntó Ruth, recostándose en una de las hamacas y permitiendo que el sol le acariciase los párpados.

Tía Mónica se acomodó en la tumbona de al lado. Se avecinaba una confesión de esas que tanto le gustaban, aunque poco de lo que pudiera contarle su sobrina le sorprendería. Sus clientas eran como sus confesoras y las había visto ya de todos los colores.

—Esta mañana me has preguntado por qué no ha venido conmigo Miranda —continuó diciendo su sobrina.

—Ay, me encanta esa chica. ¿Dices que ella ya se ha trasladado definitivamente a vivir aquí? Ojalá tomaras nota, nena. Yo sé que siempre has querido ver mundo, pero Nueva York ya no tiene secretos para ti y aquí te espera tu familia. Y tomar el sol en esta terracita siempre que quieras...

—Sí, tía. No puedo negar que no lo tenga en mente... pero volviendo a Miranda, he de confesarte algo... Hace un par de años sucedió algo de lo que ahora me arrepiento. Tuve un lío con su exnovio. Con Isaac. El chico al que dejó para irse a vivir a Noruega sin ninguna atadura.

Lo soltó así, sin paños calientes, porque sabía que Mónica no se escandalizaba ante nada. Aún así, dudo unos instantes sobre si hacía bien cuando observó que su tía levantaba las cejas en señal de sorpresa. Elaboró un poco más su confesión:

—Fue solo un fin de semana... Una locura, así lo recuerdo. Por entonces yo aún estaba con Michael, aunque nuestra relación no pasaba por su mejor momento, esa es la verdad. Estaba con una amiga tomando algo en Brooklyn, y de repente pasamos por un club de jazz. Allí estaba Isaac y su banda. Estaban de gira por la Costa Este de Estados Unidos.

Tomó aire para apurar el vermut y en cuanto plantó de nuevo el vaso sobre la mesa, la tía procedió a servirle una segunda copa.

—No entraré en demasiados detalles...pero pasamos el fin de semana juntos. En mi apartamento. Una cosa llevó a la otra. Al cabo de unos días, él se marchaba a tocar a Philadelphia y me invitó a ir con él. No fui. A pesar de que tuve serias tentaciones, decidí que no podía seguir metiendo la pata con

Michael, traicionarle de aquella manera tan ruin.

Mónica extendió su mano plagada de anillos plateados y le acarició el antebrazo. No hacía falta que dijera nada. Era suficiente con escuchar. Ruth sabía que no la estaba juzgando y eso era lo único que necesitaba en ese momento.

—Habíamos bebido. Pasamos la noche recorriendo varios bares de Brooklyn y una cosa condujo a la otra. Me dejé llevar. Recuerdo que pensé en Miranda en algún momento. Por supuesto que sí. Pensé: *Ella dejó a este chico. Hace tres años. No ha vuelto a hablar de él y ya está con otra persona. Y está feliz. Nunca se enterará de esto. Solo será una noche.* Al final fue un fin de semana pero...

—Pero tú no lo has olvidado —añadió Mónica.

Ruth negó con la cabeza.

—No. Nunca lo olvidé. Fue horrible. Durante unas semanas llegué a pensar que estaba enamorada de él. Hasta que Miranda me contó lo de su cita del futuro.

—¿Su cita del futuro?

—Fue un par de meses después de mi encuentro con Isaac en Nueva York. Hablaba con Miranda por Skype de cosas irrelevantes, como solíamos hacer una vez cada diez días más o menos, además del contacto más o menos constante por *whatsapp*. No teníamos grandes novedades, pero nos poníamos al día. No sé muy bien por qué Isaac salió en la conversación. Obviamente, yo no saqué el tema...

»Ese día me contó que, la noche en que le dijo que lo suyo tenía que terminarse, él se lo tomó bastante mal. En ese momento no aceptó una separación definitiva, si no que le pidió un tiempo, en concreto cinco años. Cinco veranos exactos. Y que se encontrasen en el mismo sitio y a la misma hora para reevaluar la situación y comprobar si querían volver a estar juntos, si sentían lo mismo, o bien si eso no era posible y podían recuperar al menos una amistad.

Mónica seguía escuchando con atención. Empezaba a adivinar el motivo del angustioso silencio de su sobrina.

—El caso es que la fecha señalada se acerca. Quedan apenas unos días para esa noche de San Juan. Al principio, cuando me lo contó, pensé que ni de coña Miranda aparecería por ahí. Que Isaac era algo de su pasado. Una historia bonita, un amor de la veintena. Pero que ya había pasado página por completo.

—¿Y no es así? —preguntó Mónica.

Ruth negó con la cabeza.

—Estos días he descubierto que no. Ella ha vuelto a la ciudad y parece obsesionada con ese tema. Fue a verlo a uno de sus conciertos y él la vio a lo lejos. Yo también fui...la semana anterior.

—Espera, espera. ¿Has vuelto a encontrarte con él?

Respiró profundamente. Tal vez estaba contando los hechos de manera demasiado atropellada.

—A ver. Él está tocando los martes de este verano en un club de jazz de Barcelona con su grupo. Vi un cartel y fui una noche, antes de que Miranda llegase a la ciudad, cargada con todas sus pertenencias para quedarse definitivamente. Me senté en la barra y pedí una copa. Traté de disfrutar de la música y de evaluar si aún quedaba algo de aquel espejismo que duró dos semanas. No quedaba nada y respiré tranquila.

»Él fue muy correcto, la verdad. Se acercó al terminar y me saludó cordialmente. Entonces una chica bastante atractiva vino y nos interrumpió. Lo cogió del brazo y se lo llevó.

Mónica soltó una carcajada.

—¡Marcando territorio! —exclamó.

—Sí, exacto.

—Bueno, ¿y cuál es el problema? ¿Qué es lo que te preocupa? Porque estoy convencida de que no le soltarías esta retahíla de confesiones a la tía Mónica si no es porque algo se ha complicado y necesitas de mi sabiduría acerca del género masculino...

Ruth reflexionó unos segundos antes de darle una respuesta. Se lo soltó de manera clara y concisa:

—No sé si debería contárselo a Miranda.

—¿Contarle el qué?

—Lo que sucedió entre Isaac y yo ese fin de semana.

Mónica resopló, agitando la cabeza de izquierda a derecha, en señal de desaprobación

—Pero, criatura...¿por qué crees que ahora, dos años después, ella tendría que saberlo?

—Cuando me lo contó, pensaba que esa cita del futuro era una absoluta tontería. Una mala idea, de hecho. Un encuentro que, de producirse, la confundiría y dificultaría bastante el tema de adaptarse de nuevo a la ciudad. Además, creí que él no se acordaría de eso. Pero hace solo unos días recibí un

mensaje de Isaac preguntándome por Miranda.

—¿Él no tiene su teléfono?

—Creo que no. Ella lo cambió cuando se fue a vivir a Noruega y aún tiene ese, hasta que contrate una nueva línea. Me dijo que la había visto de pasada en su último concierto, pero que no estaba cien por cien convencido de que fuese ella. Me preguntó si estaba por aquí.

—Ya veo. Pero cariño, aún no veo exactamente dónde está tu dilema.

—Pues que intuyo que van a hablar, que van a estar juntos en breve. Y odiaría que Miranda se enterase de lo que sucedió por alguien que no sea yo misma. Sobre todo ahora que sé seguro que no queda nada de aquello.

—Y quieres contárselo.

—Eso es lo que estoy pensando, sí. Me pregunto si debería hacerlo.

—Ruth, dudo mucho que él le cuente nada sobre eso. Más que nada porque tal vez arruinaría sus posibilidades con ella, si es que de verdad se plantease recuperarla. Los hombres son muy prácticos con ese tipo de asuntos.

—Ya, pero esa no es la cuestión...

—Lo sé, lo sé. La cuestión es que piensas que te vas a liberar de una carga si se lo cuentas, pero, ¿has pensado que la carga la trasladarías sobre sus hombros? ¿Qué va a solucionar el hecho de que se lo cuentes? Eso podría dañar vuestra amistad y no va a borrar nada de lo sucedió que, déjame decirte, fue algo consensuado entre dos adultos.

—Yo fui infiel, tía. A veces pienso que esta infelicidad recurrente que padezco, la tristeza...es una especie de castigo. Un ajuste de cuentas. El precio que he de pagar.

Mónica suspiró.

—Tuvo que pasar todo eso para que vieras que la relación que tenías no era la que necesitabas y reunieras las fuerzas para dar un paso adelante y dejar ir a aquel chico. No podemos engañar a nuestro destino. Y no hay atajos para llegar a donde nos toca. Todo llega a su debido tiempo y, cuando sucede es en el momento en que ha de suceder. ¿Qué fue de Michael, por cierto?

—Sé que regresó a Wisconsin al cabo de unos meses. Se casó con una de sus antiguas novias del instituto y tuvieron un bebé al cabo de un año. No volví a hablar con él. Ya sabes que no estoy muy a favor de mantener contacto con los ex. Lo sé por Facebook. Una tarde de autodestrucción me dediqué a espiar un poco.

—¿Ves? Ese era su camino. Has de pensar que, en el fondo, le hiciste un favor. Ahora has de encontrar tú el tuyo. Y sé que estás en la buena dirección.

—¿Crees que deberíamos preguntar a tus cartas acerca de este asunto?  
Tía Mónica negó con la cabeza.

—No hace falta. Yo ya lo veo bastante claro. Sé que crees que es lo correcto, y que contárselo a Miranda te quitarás un peso de encima, pero yo te prometo que eso no sucederá. Ya no puedes hacer nada para cambiar lo que pasó. Y créeme, él no siente ningún arrepentimiento. En el caso de que vuelvan a estar juntos, ambos tendréis que vivir con vuestros errores del pasado, como hacemos todos.

Ruth miró a su tía con cara de circunstancias. No era el consejo que esperaba oír, la verdad. Mónica se introdujo una aceituna en la boca y concluyó su discurso:

—Dicho esto, ya sé que vas a hacer lo que te de la gana, como siempre. Y tampoco me parece mal. De hecho, por eso eres mi sobrina favorita.

## CAPÍTULO 15

Debería estar feliz y pletórica, o, al menos, tranquila, pero no era así. Era la tarde del sábado y Miranda estaba hundida en el sofá del salón, en casa de sus padres, proyectando sobre el techo de forma atropellada la película de todo lo que había sucedido desde la noche anterior. Desde que había abandonado la terraza de aquel hotel y compartido el taxi con Isaac hasta que él se marchó, hacía tan solo un par de horas. Miranda era consciente de que el principal motivo de su “ralladura” era, básicamente, que no tenía nada que hacer. Sus padres estaban fuera. Ruth estaba fuera. Necesitaba urgentemente reconstruir sus rutinas en su nuevo entorno.

Se habían despertado a eso de las diez. Lo primero que la embriagó fue su delicioso olor y la suavidad de su espalda. Lo acarició hasta que él se despertó. Su cama era muy estrecha y habían dormido abrazados, así que Miranda tuvo uno de los mejores despertares que recordaba en los últimos años.

Era raro estar allí, en los brazos de Isaac, después de tanto tiempo. Muy raro. Era como volver al pasado y también algo nuevo. Sentía que no era el mismo chico que había dejado. En absoluto. Isaac había seguido trabajando en lo que le apasionaba, había viajado. Seguramente habría tenido aventuras con muchas mujeres durante esas giras por Europa y América. Había leído muchísimo. Esto se lo había contado mientras desayunaban.

Al separarse de ella, Isaac se había aficionado a la literatura. La ficción, le dijo, le había ayudado mucho a superar el dolor por la ruptura. Sentía que durante el par o tres de horas en las que se ocupaba con un libro se sentía mejor. Vivía otras vidas, se olvidaba de todas sus calamidades. También había empezado a dar más clases. Mejoró mucho con el saxo, aunque nunca había dejado de estudiar y practicar. Empezó a ensayar a menudo con Arturo y pronto encontraron otros dos músicos interesados en tocar de forma regular. Y así, poco a poco, había salido del pozo. Había recuperado la autoestima y la seguridad en sí mismo. Miranda le preguntó si había tenido alguna novia durante esos cinco años. Él fue un poco vago en su respuesta al respecto. Había habido chicas, sí. Sin embargo, Isaac cambió de tema rápido.

Después de pasar una hora en la cama acariciándose y redescubriéndose,

Miranda e Isaac se levantaron y decidieron salir a tomar un *brunch* por la zona. Él no parecía tener ninguna prisa por retomar su día, así que dieron un paseo hasta el barrio de Gracia y allí él la condujo a través de sus calles estrechas y sus placitas soleadas hasta una acogedora cafetería llamada *La Belle Croissanterie*, donde servían huevos *benedict* y tortitas. No podía ocurrírsele un desayuno mejor.

Estuvieron allí un par de horas, poniéndose al día y también hablando de cosas banales. De series de Netflix, de ciudades que aún no habían visitado, de Oslo, de política, de los *thrillers* policíacos que Isaac leía, de exposiciones que podían verse en la ciudad aquel verano, de las dificultades de actuar en público. No hablaron de Ruth. Ninguno de ellos la mencionó. Isaac tampoco mencionó a Almudena ni qué hacía en las inmediaciones del hotel Senglar la noche anterior, cuando le robó el taxi en sus narices.

Se despidieron a eso de la una del mediodía. Él se acercó al mostrador a pagar la cuenta y ya en la calle, a plena luz del sol, se colocó sus gafas de sol. Le dijo que tenía que pasar por casa antes de encontrarse con Arturo.

—Vamos a salir un rato a navegar.

—¿A navegar?

—Hicimos un curso de vela el año pasado.

—¡De vela!

Él se rio.

—No te emociones demasiado. Ya me gustaría llevarte a bordo, pero me temo que por ahora no será posible. Son barcos pequeñitos, con capacidad para dos personas. Los sábados por la tarde, si no tenemos nada mejor que hacer, quedamos en la playa y navegamos un rato. Nunca había pensado que sería tan relajante.

Miranda se preguntó cuántas cosas nuevas habría en la vida de Isaac y si él le permitiría ir descubriéndolas poco a poco. De repente, se sintió inquieta ante la inminente despedida. Él la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Le besó el pelo y después los labios.

—Ha sido una de las mejores noches de mi vida —le susurró.

Ella se relajó durante unos segundos. Le sonrió. No quería tener que hacer la pregunta, porque esperaba que no fuera necesaria. Que la formularía él.

La pregunta era cuándo volverían a verse.

Y, sin embargo, él no la hizo.

—Nos vemos pronto —fue lo único que murmuró. No pudo ver qué



expresaban sus ojos en aquel instante por culpa de sus malditas gafas de sol. Miranda tenía un talento especial para interpretar las miradas y se iba a quedar sin hacerlo.

Isaac la besó de nuevo y le dio la espalda, de camino a un cruce con semáforo. Ella se quedó petrificada, sin saber muy bien cómo reaccionar. Al cabo de solo tres segundos, él se giró y corrió de nuevo hacia donde estaba ella.

—Soy idiota. No tengo tu nuevo número de teléfono. Seguro que te lo has cambiado, ¿verdad?

Miranda asintió. Él se sacó su móvil del bolsillo y buscó la aplicación de agenda de contactos.

—Aún tengo mi número noruego —dijo ella—. Tengo que hacer bastante burocracia la semana que viene. Conseguir un nuevo número de aquí está pendiente.

—Genial.

Isaac le extendió su teléfono para que apuntase el número. Después de marcar la última cifra, se lo devolvió y sonrió, algo más tranquila. Él volvió a guardárselo en el bolsillo sin mirar la pantalla. Le dio un último abrazo y se marchó.

Y tres horas después estaba en sofá, intentando averiguar que era lo que había salido mal, inmersa en una nube de pensamientos tóxicos para la que tenía un remedio perfecto: necesitaba urgentemente distraerse con algo. Cogió el ordenador y consultó la cartelera de los cines Verdi. Ya había visto tres de las películas que se habían estrenado ese fin de semana. En Oslo iba bastante al cine. El resto eran películas de animación infantil, la típica “comedia francesa más esperada del año”, dos películas de superhéroes de esas que se escapaban por completo a su entendimiento y una de terror que no querría ver sola. No soportaba ver películas de miedo si no iba acompañada.

Pensó en Isaac. Mucho. Seguro que estaría feliz en su barco, con su colega Arturo. Aquella mañana se había marchado con la barra de energía recargada a tope, tal vez a expensas de la suya propia. Miranda estaba completamente aplatanada en el sofá, incapaz de moverse.

¿Lo habían estropeado todo por ser incapaces de controlar sus impulsos? Mientras desayunaban había estado a punto de preguntarle a Isaac si se acordaba de aquella noche en el rompeolas. Si recordaba su propuesta de encontrarse en la noche de San Juan “dentro de cinco veranos”. Finalmente no le había dicho nada. En ese momento creyó firmemente que no hacía falta.

*¿Tal vez piensa que es el próximo año, y no este?* Se rio ante aquella absurda ocurrencia. Eso era imposible. Seguro que sabía muy bien cuándo era. Si es que se acordaba... ¡aaaagggghhh! Ya estaba dándole vueltas a algo que no estaba en sus manos. Y, por cierto, ¿por qué no se había apuntado el número de él? Se había dado cuenta al llegar a casa y descender de la nube rosa de fantasía en la que se había instalado desde que se despertó.

¿Y lo de Almudena? ¿Por qué él no había dicho nada? No la había mencionado en ningún momento. ¿Tal vez era solo una amiga? Si fuera solo una amiga habría sido natural que surgiese en la conversación. Si Isaac estaba cerca del hotel la noche anterior, que era donde ella trabajaba, lo más lógico era que hubiese ido a verla. Pero en ningún momento lo había visto en aquella terraza. De eso estaba segura.

¿Y si él le había pedido el teléfono como mera cortesía y no tenía intención de llamarla? O peor: que solo la llamase cuando se le antojara repetir una escenita como la del ascensor.

Hacía años que Miranda no se veía desbordada por semejante cantidad de pensamientos destructivos. Lo bueno es que llegó un punto en que asomó la cabeza entre aquellas nubes negras y lo reconoció: *No puedes preocuparte de cosas que no están en tu mano solucionar ahora mismo*. Se lo repitió como un mantra. Después decidió que lo mejor que podía hacer, al menos por el momento, era olvidarse de Isaac. La semana se presentaba bastante ocupada. Sus padres llegaban del crucero al día siguiente, domingo por la noche. Tal vez podría ir a esperarlos al puerto. Y el lunes debía recoger las llaves de su nuevo apartamento. Y Ruth ya estaría de vuelta de nuevo de casa de su tía Mónica. Además, tenía pensado buscar localizar algún gimnasio en el centro, cerca de su futura o casa o del sitio donde estaba ubicada la oficina central donde trabajaría a partir de septiembre, no demasiado lejos.

¿Cómo aparcas al fondo de la mente a alguien que ha sido tan importante y que, años después, todo apunta a que lo seguirá siendo? Hay que hacer un esfuerzo descomunal y Miranda no estaba segura de ser capaz de ello. Aún así, decidió que tenía que aceptar que existía la posibilidad de que lo sucedido la noche anterior fuese solo un reencuentro entre antiguos amantes. Por los viejos tiempos. Algo anecdótico que no tiene porque ir más allá.

Mientras se daba una ducha para despejarse y se disponía a dar un paseo hasta el cine, pensó que debía estar preparada para eso. Para que hubiera sido solo una noche desbordante e irrepetible. Se conocía. Le daría vueltas durante

unas semanas hasta que su nueva rutina la salvara.

Aquella tarde Miranda salió de casa con el pelo húmedo y la mirada serena, confiando en que cualquier película fulminase el drama que ella misma estaba proyectando sin razón alguna. Cualquiera le serviría. Hasta una de superhéroes.

Cuando llegó al cine se relajó. Compró algunas chocolatinas y un refresco y aguardó en la cola hasta que llegase su turno para conseguir la entrada. Su mente se había calmado, el paseo y el chocolate le habían sentado fenomenal. Entonces su móvil vibró dentro del bolso. Cruzó los dedos para que fuera Isaac. Recordó entonces lo horroroso que es esperar el mensaje de alguien que te importa.

Pero no era Isaac. Era Ruth:

*¿Estás ocupada el lunes a primera hora?*

*¿Tendrías tiempo para tomar algo?*

*He de contarte una cosa...X*

Se quedó pensativa durante unos segundos. ¿Qué sería aquello que no le podía adelantar por mensaje pero no tan dramático para poder esperar al lunes? Ruth había estado un poco distante en los últimos días. Tecleó una respuesta rápida. Solo había una persona delante de ella en la cola.

El lunes me parece perfecto.

*Yo también tengo que contarte algo que pasó anoche.*

*X*

## CAPÍTULO 16

Ahí ya fue cuando Miranda se convenció de que algo turbio rondaba por la cabecita de Ruth: en el momento en que ella le dijo que “algo pasó anoche” y su amiga no solo no le preguntaba de inmediato qué era, sino que dejaba el mensaje en “leído”. Ahí estaban, las dos reveladoras mosquitas azules sin responder. El signo comunicativo de nuestros tiempos. Estaba ya sentada en la sala del cine, contemplando la pantalla de su teléfono, mientras varios anuncios publicitarios pugnaban por la atención de todos los presentes.

Al final se había decantado por la “comedia francesa del verano”, tal y como se promocionaba en los posters del vestíbulo un simpático *film* en el que aparecían Juliette Binoche y ese actor tan guapo cuyo nombre le costaba memorizar: Guillaume Canet. Mientras aparecían los primeros títulos de crédito se dijo a sí misma que desde aquel día lo iba a recordar siempre. Apagó el teléfono y dejó la mente en blanco, lista para concentrarse solo en las vidas ajenas de la pantalla.

Eran algo más de las diez de la noche cuando salió del cine y ya había olvidado el título de la película. No le había entusiasmado especialmente. Era una historia de enredos sobre tres parejas que se eran infieles los unos con los otros. Juliette Binoche interpretaba a una actriz de teleseries. Guillaume Canet, su marido, era un editor preocupado por el avance de la lectura en formato digital. En esencia, al final todos se avenían y admitían que no eran perfectos, pero a Miranda le pareció que eran falsísimos y, en el fondo, gente bastante horrible, incapaces de dejar una relación que no terminaba de funcionar solo por miedo a estar solos. Pero le había resultado entretenida y eso, supuso, era suficiente por aquel día.

Siempre se había sentido orgullosa de tomar la decisión de dejar a Isaac hacía cinco años. No porque fuera sencillo y hubiese dejado de quererlo. No, no era así. Era muy consciente de que no había tomado el camino fácil. De hecho, mucha gente a su alrededor la cuestionó, empezando por su propia familia. Su madre estaba convencida de no convenía dejar a escapar a aquel chico que tanto velaba por ella. Intentaron convencerla para que recapacitara. A lo mejor solo era una forma de evitar que se marchase a trabajar lejos. Su madre le sugirió que no fuera tan radical, que se diesen “un tiempo”. Pero eso

era algo que Miranda no comprendía. No le gustaban las medias tintas. Simplemente en aquel momento sintió que era algo que tenía que hacer por ella misma. Solo Ruth la apoyó en su decisión, y eso era algo que nunca olvidaría.

Miranda paseó hasta una de sus tiendas de *sushi* favorita. La chica japonesa que la atendía era muy simpática, y su castellano era cada vez más fluido. Decidió que en lugar de llevarse una bandejita a casa y comérsela delante de la tele, se quedaría a hacerle compañía un rato, ya que el local estaba prácticamente vacío. Se llamaba Kimiko. Se sentó junto a una barra que había frente al mostrador, en un taburete alto, y estuvieron un rato hablando de cine. Kimiko era una gran aficionada a las comedias románticas americanas. Le recomendó sus favoritas y la invitó a una cerveza Kirin para acompañar las piezas de *maki sushi*.

Es alucinante cómo en el momento en que retiras tu energía de un hombre, como si pelases una naranja y la dejases a la intemperie, él lo “siente”. Sí, es inexplicable y algo bastante esotérico bajo el punto de vista de Miranda. Seguro que la tía Mónica tenía una explicación acorde con aquel fenómeno relacionada con los campos energéticos de las personas, pero en el momento en que te concentras en tu vida y en tus asuntos y lo apartas de tu mente, la magia simplemente SUCEDE.

Salió de la tienda de Kimiko algo achispada por el efecto de la Kirin y emprendió el camino de regreso a casa. Era un paseo de apenas quince minutos, que Miranda disfrutó del primero al último gracias a la suavidad de la temperatura. No hay nada mejor que pasear por la ciudad en una noche de verano. Se cruzó con varios grupos de amigos que probablemente se preparaban para una larga noche de fiesta. Cuando llegó a casa, Isaac la estaba esperando en el portal. En el mismo sitio donde el día anterior habían dado rienda suelta a la pasión contenida durante todos esos años. Una sonrisa inevitable se dibujó en el rostro de ambos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella. Al momento se dio cuenta de que podría haber sonado un poco borde, así que se acercó al instante. Él se levantó del escalón y la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos. Esa noche Miranda llevaba unas sandalias planas, así que Isaac parecía más alto todavía. Entre sus brazos se sintió en paz, protegida de los malos pensamientos que la habían atormentado aquella tarde, después de que él se marchara.

—Soy un inútil. Tu número no se quedó grabado en mi móvil.

Miranda lo miró desconcertada. Se rio.

—Vaya, entonces en todo caso la inútil seré yo. No debí darle al botón de

“guardar”.

Se rieron.

—¿Y has venido a que te lo dé de nuevo?

Isaac asintió.

—Sí, exacto. Y para preguntarte si mañana te apetecería cenar conmigo.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando aquí sentado?

Él miró su reloj.

—Casi dos horas.

Alucinante.

—He ido al cine.

—¿Sola?

Miranda asintió.

—Veo que las viejas costumbres nunca mueren.

—Uno de mis pequeños placeres. Siempre lo he mantenido. Antes decía “placer culpable”. Ahora, placer a secas.

—Siempre me gusto eso de ti.

Isaac le tendió el teléfono de nuevo y, ahora sí, se aseguró de que quedase correctamente memorizado.

—Entonces, ¿mañana estás libre?

Titubeó unos segundos para mantener un poco el suspense, pero no había otra respuesta posible que no fuera un sí. Era lo que más deseaba en el mundo. Poder seguir hablando con él durante horas. Mamá y papá podrían apañárselas perfectamente para volver a casa desde el puerto. Podrían incluso coger un taxi.

Asintió con la cabeza. Un gesto de alivio apareció en el rostro del saxofonista, como si por un momento pensase que ella iba a rechazar la propuesta.

—Fenomenal. Yo me encargo de hacer la reserva. ¿Te paso a buscar a las ocho? ¿Y así tomamos algo antes?

—Sí, a las ocho está perfecto...pero, ¿tienes en mente algún sitio que esté por aquí cerca? Te lo digo para que no tengas que venir expresamente desde tu zona, para recogerme, y luego tener que irnos a otro sitio que no esté en esa ruta.

Isaac sonrió.

—Tranquila. No te preocupes por nada de eso. Me gustaría pasar a buscarte, eso es todo. Hay un par de restaurantes que me han recomendado y me encantaría probar. Miraré en cual hay sitio mañana, aunque supongo que al

ser domingo no habrá mucho problema...

*Relájate, tía*, pensó Miranda. Su naturaleza organizadora, obsesionada por el control de todos y cada uno de los detalles de su día a día, asomaba su maltrecha cabecita. Pero hasta ella entendía que Isaac solo estaba intentando currárselo, después del inesperado encuentro de la noche anterior.

Parecía que él le estaba leyendo el pensamiento.

—Miranda, yo...—empezó.

Ella alzó la mirada hasta encontrarse con sus ojos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para echar marcha atrás. Hasta hacía solo unos minutos, antes de doblar la esquina de su propia calle, podría haber pensado que iba a librarse. Que la historia de anoche solo sería un “*remember*”, un encuentro entre dos adultos con un pasado importante en común y con unas increíbles ganas de sexo. Eso iba a ser todo. Pero ahora se daba cuenta de que no. Allí había mucho más.

Él trataba de buscar las palabras adecuadas para que no hubiera malinterpretación posible.

—Lo de anoche...—siguió él. De repente extendió los brazos y acarició los suyos, que se habían enfriado debido a la brisa nocturna—. Me encantó. No he dejado de pensar en ello en todo el día. Casi tiro a Arturo al agua hoy porque no lograba concentrarme en los movimientos de la vela.

Ella sonrió. Las mejillas se le encendieron como si se las hubiese pellizcado.

—Pero quiero que sepas que no fue una simple noche loca. Al menos no para mí. No sé lo que va a salir de esto...Lo que quiero decir es que llegaremos hasta donde tú quieras. Ha pasado mucho tiempo y puede que los dos estemos ahora en sitios distintos. Ni siquiera tengo idea de qué será de mí después del verano, cuando acabemos la serie de conciertos que tenemos programados en La Cueva...Ojalá este verano durase para siempre.

Eso era algo que no había contemplado, pero a Miranda le resultó descorazonador cuando lo oyó de viva voz. Él era un músico profesional que viajaba, que acudía a tocar allí donde lo contratasen, y ella acaba de regresar a su ciudad para asentarse, para trabajar, pero también con la esperanza de conocer a alguien tranquilamente y plantearse algo serio. Aquel encuentro había superado todas sus expectativas y deseaba más, mucho más, pero tenía que ser consciente de que ambos tenían vidas muy distintas. Aún así, por supuesto que saldría a cenar con él. Con su antiguo novio de juventud, al que veía con ojos tan distintos, tan nuevos.

—Creo que lo mejor es que nos dejemos llevar y veamos qué sucede — dijo Miranda.

Él sonrió aliviado y la abrazó de nuevo. Después alzó su mandíbula suavemente y la besó despacio. Miranda reconoció enseguida el deseo que empezaba a nacer entre sus piernas, idéntico al de la noche anterior. Misma intensidad. Mismo lugar.

Él se separó y contempló sus ojos encendidos, cegados por el brillo que despedían.

—Ahora tengo que irme —le dijo.

Aquello la desconcertó.

—¿Te vas?

—Ya había quedado esta noche. Tengo una cena...Me encantaría quedarme contigo, pero ya me he comprometido a ir.

*Con la maldita Almudena*, pensó ella destructivamente. No lo pudo evitar.

Se separaron. Isaac caminó unos pasos hacia atrás y se quedó esperando a que ella entrase en el portal. Al ver que Miranda permanecía quieta, jugando con el manajo de llaves entre sus dedos, se dio media vuelta y se marchó caminando calle abajo, a la caza de un taxi que lo llevase a su cena tardía.

El motivo por el que Miranda no entró no era para ver si él se arrepentía y se abalanzaba de nuevo sobre ella. Era una cosa mucho más prosaica. De repente le apeteció un helado con el que apagar el fuego que el saxofonista había encendido en solo unos minutos. Salió de nuevo del portal y cruzó a la calle en dirección a La Heladería de Tomín, una de sus favoritas. Es muy peligroso para la línea vivir delante de una de las mejores heladerías de la ciudad. Entró en el local y pidió un cucurucho de dos bolas gigantescas con sus dos sabores favoritos: menta con pepitas de chocolate y yogur con salsa de arándanos.

Después, satisfecha, se sentó en un banco y trató de concentrarse en la cremosa textura del helado en su boca. Tenía una cita con Isaac al día siguiente. Una cita para cenar. En algún restaurante bonito. Durante el desayuno, él le había contado que se había vuelto todo un *foodie* en los últimos meses y que se había propuesto probar en persona los mejores restaurantes de la ciudad. Y en todo caso ella llevaba años fuera de circulación en lo que a sitios de moda se refería, así que ya iría bien que él escogiese.

Aquella noche habría dormido de lo más tranquila si no hubiera



recordado una de las perlas que salió de su boca después de la descarnada confesión de Isaac. *Creo que lo mejor es que nos dejemos llevar y veamos qué sucede.* Sonaba lógico y hasta apetecible, pero también sabía que, si no se andaba con cuidado, esa incertidumbre acabaría por volverla loca.

## CAPÍTULO 17

Los domingos cobran un nuevo significado cuando tienes una cita con un amor redescubierto y que, por tanto, sabe a nuevo. Aquel día Miranda no se alejó demasiado del móvil, porque se dio cuenta de que Isaac no le había dicho la hora exacta en que pasaría a recogerla. Tal vez no pensaba hacerlo, tampoco, si no que cuando menos lo esperase oíría sonar el timbre y debería estar lista para salir. ¡Y no! De nuevo, no se le había ocurrido pedirle a él su número.

Dedicó la mañana a prepararse un buen desayuno. No escatimó en detalles: yogurt, fruta, un bocadillo de queso *brie*, café... Después se plantó delante de lo que hasta entonces era su “armario provisional”, intentando buscar algo no demasiado horrendo. Tomó también nota mental de que debía ir pronto de compras, aprovechar las inminentes rebajas, para convertir aquellos atuendos propios del polo norte en ropa bonita que pudiera ponerse aquel verano, y, de paso, algunos trajes para cuando empezase a trabajar en septiembre.

A mediodía se dio cuenta de la cruda realidad: por la noche regresaban sus padres y necesitaba que un batallón de limpieza hiciese acto de presencia a la voz de YA. Incluso se quedó observando la puerta durante un par de minutos, esperando que su visualización se manifestase. Pero nada. Antes de meterse en la ducha, barrió todo el piso, cambió y lavó sus sábanas del delito, pasó revista a cocina y baño y en una hora y media más o menos todo estaba impecable.

El ansiado timbre sonó a las ocho y media en punto. Ya llevaba un buen rato lista y sentada en el sofá, intentando leer un libro del que apenas pudo pasar dos o tres páginas. Le pareció de un gusto exquisito que Isaac se presentase tan pronto en casa. Durante sus años en Noruega había adquirido horarios europeos de los que iba a ser muy complicado desprenderse, y entre ellos estaba cenar pronto. Pronto, se entiende, antes de las nueve de la noche.

Se acercó al telefonillo y contempló la pantalla. Allí estaba, sonriéndole, como si estuvieran a punto de hacerle la foto de graduación.

—¿Bajas? —preguntó—. ¿Estás lista?

—¡Sí, estoy ahí enseguida!

Cogió el bolso que había dejado en el recibidor y salió sobreexcitada en

dirección al ascensor. Prácticamente le faltó dar un salto y hacer chocar sus talones, como Julie Andrews en *Sonrisas y Lágrimas*, su película favorita. El ascensor tardó una eternidad, y en cuanto entró en él rememoró la escenita del viernes. ¿Cómo iba a volver a subirse en ese ascensor sin acordarse de ahora en adelante? Si no fuera porque estaba en un ático, empezaría a usar más las escaleras. Iba a ser muy positivo para su salud mental mudarse pronto a su nuevo apartamento. Respiró hondo para calmar sus atropellados pensamientos y pulsó el botón de la planta baja.

En ese momento Miranda pensó en su madre. Si hubiera estado allí habría insistido para que Isaac subiese a casa y así poder interrogarlo sutilmente sobre sus últimos movimientos. ¿Qué pensaría si se enterase de que se habían reencontrado? Sin duda estaría contenta...siempre le gustó Isaac, pero contárselo sería añadir presión extra a la situación, así que se convenció de que lo mejor por el momento, y lo más sensato, era guardar un silencio sepulcral.

Isaac la esperaba en el portal con una gran sonrisa y una fabulosa camisa de color azul marino, arremangada a la altura del codo. Llevaba gafas de sol y unos pantalones de pinzas de color *beige*. Guapo era poco. Se dirigió hacia sus brazos de manera inevitable, sin intención alguna de respetar su espacio vital. Él la besó.

—¿Tienes hambre?

Miranda asintió.

Entonces el teléfono de él, que llevaba en el bolsillo delantero de su pantalón sonó. Y ahí fue cuando, nada más salir de casa, la noche de Miranda empezó a torcerse. Ni el más Michelin de los restaurantes podría llevarse aquel repentino fastidio, porque cuando Isaac sacó el móvil y lo acalló rápidamente, colgando la llamada, vio de refilón el nombre de la persona que lo estaba llamando: Almudena.

Apartó la vista rápidamente de aquella pantalla y trató de reaccionar rápido.

—Cógelo si quieres...

—No, no es importante. Puede esperar a mañana —dijo él—. ¿Nos vamos ya?

Le comentó que el restaurante estaba cerca y que podían ir dando un paseo. Eran apenas diez minutos a pie. El sitio se llamaba *La Flor de los Mares* y hasta Miranda, recién llegada a la ciudad, había oído hablar maravillas de él. Cocina fusión mexicana y tailandesa. Uno de los sitios de

moda para probar algo distinto y, por lo que le había contado Ruth, que solía estar bastante puesta en restaurantes y bares de visita obligatoria, era bastante complicado encontrar una mesa disponible.

Al ver que les habían reservado un espacio en una magnífica terraza interior junto a un pequeño estanque, donde estarían prácticamente solos —allí solo había tres o cuatro mesas más, bastante separadas—, Miranda decidió halagar el buen gusto de su acompañante.

—Guau. Estoy impresionada. Este sitio es precioso. ¿Ya lo conocías?

—Más o menos. Cené aquí hace unos meses, al llegar de una mini gira por el Reino Unido.

Una camarera los acompañó hasta la mesa. La noche empezaba a asomarse y la temperatura era deliciosa, perfecta para cenar al aire libre y junto a la luz de las velas. Qué lástima que Miranda no pudiera olvidarse de esa llamada perdida de Almudena.

Mientras les dejaban las cartas de vinos e Isaac fue al baño, dejó trabajar a su imaginación con toda libertad, imaginando terribles escenarios. ¡Maldita sea!, le estaba costando mucho ser optimista en aquella situación. En ese instante, supuso, él estaría tal vez contactando con Almudena, aplacando la insistencia de su más que probable novia...

Hundió el rostro entre las manos, intentando buscar un poco de coherencia en todo ese asunto. No tenía por qué dudar de la soltería de Isaac, ni de su sincero interés. Aquello no podía ser una simple aventura de fin de semana. ¿O sí que lo era? Contempló la silla vacía al otro lado de la mesa y, automáticamente dirigió la mirada hacia la puerta. Durante un segundo, sintió el deseo de largarse de allí para poder aclarar sus ideas. Más que un deseo, era un impulso, una inequívoca intuición a la que a veces ignoraba deliberadamente.

Aquella extraña reflexión duró unos treinta segundos, el tiempo que tardó Isaac en regresar a la mesa, con el rostro algo más serio que cuando se marchó.

—¿Has echado un vistazo a la carta? ¿Algún vino que te guste especialmente?

Se encogió de hombros. No solo no tenía demasiada idea, sino que no tenía una habilidad especial para distinguir un vino bueno de uno mediocre. Desgraciadamente no estaba entre sus virtudes.

—Elígelo tú, por favor.

Isaac devolvió su atención a la carta de bebidas y escogió, sin titubear, un

Bru de Gramona Pinot Noir del 2008. Después, la devolvió a la camarera y tomó la mano de Miranda por encima del mantel.

Ella consiguió relajarse un poco durante la cena, pero no podía quitarse de encima la extraña sensación de que todo se estaba precipitando, de que había algo demasiado evidente que impedía que la velada fluyera como debía, o al menos como cabría esperar. Tuvo que hacer un esfuerzo por centrarse en la conversación, en lugar de debatir consigo misma acerca de sus dudas repentinas.

Jamás creyó que fuera posible reenamorarse de una persona del pasado. No solo volver a sentir algo por quien fue tan importante, sino que estuviese renaciendo multiplicado por mil en algún recoveco de su cuerpo. Pensó en la mañana del sábado, en lo feliz que había sido al despertarse entre sus brazos. Sí, tal vez él tendría que solucionar algunos flecos de su relación con Almudena, pero eso no le concernía. No solo no le concernía, si no que no podía hacer absolutamente nada al respecto y, por tanto, debía recordar que no valía la pena preocuparse por ello. Aquel resquemor le estaba haciendo más mal que otra cosa, y ya estaba empezando a notar los efectos.

Respiró lo más hondo que pudo. Aquello siempre la calmaba casi al instante. Pero él se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Estás tensa, Miranda. ¿Algo va mal?

Seguía conociéndola tan bien...

No tuvo ni que contestarle, porque la respuesta se manifestó ella solita en aquel preciso instante. Una sombra se cernió sobre la mesa cuando esperaban ya la carta de postres, y no, no era la camarera.

Almudena acababa de entrar en la terraza del restaurante y se dirigió directamente hacia ellos. Lo que Miranda intentó adivinar, mientras la observaba, era si estaba dispuesta a montar un pollo o bien iba a ser discreta en su intervención, porque lo que parecía bastante evidente era su monumental cabreo. Los labios, cubiertos por una capa de carísimo *lipstick* rosado, le temblaban ligeramente. Desvió un momento la mirada para contemplar la reacción de Isaac. El terror se había asomado a sus ojos. Su boca se había entreabierto ligeramente, preparada para contrarrestar el chaparrón que se avecinaba.

Y sin embargo a Almudena, al parecer, lo que le había enfadado no fue el reencuentro natural e inevitable de Isaac y Miranda.

—Lo que me parece increíble —le dijo, con la voz seria y afectada, mirándolo con las pupilas cargadas de rencor— es que tengas tus citas en uno

de mis restaurantes. ¿No hay más sitios en esta maldita ciudad, Isaac?

El temblor de los labios se extendió por el resto de su cuerpo y se concentró en sus manos.

Dios, qué momento más incómodo y violento. Miranda se hubiera resguardado debajo de la mesa en aquel preciso instante. Se levantó y cogió su bolso, que colgaba del respaldo de la silla.

—Os dejaré solos —murmuró.

Lo único que deseaba en aquel momento era salir de allí, pero Isaac la sujetó por la muñeca, estableciendo claramente cual era su prioridad.

—No. Espera, por favor. No te vayas. Almudena está equivocada, ella es...

La recién llegada lo interrumpió.

—Sí, tranquilo. Ya nos conocemos. Si estamos prácticamente en familia...

Él respiró hondo.

—Almudena, te garantizo que no tenía la menor idea de que hoy estarías aquí. Si no jamás se me hubiera ocurrido venir.

—¿Cómo puedes tener tan poca consideración y tan poco tacto, Isaac? —le espetó ella.

Miranda logró liberarse de su mano, convertida por momentos en garra. En aquel instante fue consciente de dos cosas: la primera, que necesitaba salir de allí cuanto antes. El aire, a pesar de estar en la terraza, se había vuelto de repente irrespirable. La segunda, que si no lo hacía una lágrima resbalaría por su mejilla delante de aquellos dos, y no era algo que pensaba consentir.

Se excusó de nuevo y salió de allí todo lo rápido que pudo.

—Gracias por la cena. Hablamos en otro momento —dijo, sin poder mirarlo a los ojos.

Lo que tenían que resolver debía ser algo grande y complicado, porque Miranda salió a la calle sin mirar atrás, a punto de echarse a correr. Bajó calle abajo como si huyera de una situación de peligro y solo cuando hubo recorrido unos cincuenta metros se detuvo y se volvió.

Él no la seguía.

## CAPÍTULO 18

El simple hecho de contemplar el mar tenía propiedades curativas para Miranda, por eso desde que tenía uso de razón se había prometido que, pasara lo que pasara, siempre viviría en un lugar donde pudiera llegar hasta él con solo dar un paseo.

A la mañana siguiente de su gran fiasco con Isaac decidió que necesitaba “resetear” su conciencia y eliminar toda aquella preocupación que, muy a su pesar, le apretaba y le oprimía el pecho. Era una desagradable sensación de ahogo que no se había disipado al despertar.

Había quedado con Ruth en La Ola Blanca, un bar del barrio marinero que quedaba algo apartado de la ruta habitual que hacían los turistas frente a la primera línea de mar. Y a aquellas horas de la mañana, —apenas eran las nueve y media—, todo estaba bastante tranquilo. Era lunes, diecisiete de junio, y Miranda estaba a punto de recibir el impacto definitivo.

A ambas les gustaba madrugar, y eso siempre abre el día a infinitas posibilidades, a no ser que recibas una mala noticia. Cuando vio la cara de circunstancias de Ruth supo que algo no marchaba bien. *Te tengo que explicar una cosa*, le había dicho, mientras dejaba sus gafas de sol sobre la mesa metálica de la terraza donde Miranda la estaba esperando, y entraba en el bar para pedir un café.

Tardó más de lo normal, pero Miranda no se giró para ver qué hacía su amiga. En lugar de eso, mantuvo la mirada en un punto fijo del horizonte azul. De repente se vio en la orilla de la playa, vestida solo con la parte inferior del bikini y un vaporoso vestido blanco, sobre el cuerpo de Isaac. Se besaban apasionadamente y las olas los cubrían. Él tampoco se había despojado de su camiseta. Aquella escena, que se proyectaba en su mente a cámara lenta, podría haber durado minutos e incluso horas, porque solo cuando Ruth regresó con su café Miranda fue consciente de que estaba soñando despierta.

Sintió una molesta punzada al recordar que aquella fantasía no se iba a materializar en el plano de lo real. Sonrió. “El plano de lo real” era una expresión que Ruth solía usar a menudo. Y allí estaba, con su cara de malas noticias.

—Suéltalo ya —le dijo.

—¿Tú también tenías que contarme algo, no?

*Buffff*, fue lo único en lo que podía pensar Miranda en aquel momento. ¿Qué sentido tenía contarle con pelos y señales el histórico encuentro entre ella e Isaac en plena calle, la disputa por el taxi, y la tórrida escena en el ascensor si después tenía que hablarle también del numerito de Almudena? El soufflé se había bajado en solo dos días y, obviamente, estaba dolida. Tal vez en unos meses lo recordaría como una anécdota sobre la que cotillear, pero ese no era el momento.

—Cuéntame —contestó Miranda.

Conocía demasiado bien a Ruth, y sabía que necesitaba sacarse algo de dentro.

Su amiga resopló.

—Vale. No sé muy bien por dónde empezar...pero intentaré ir al grano. Aunque casi es mejor que empiece por el final.

Observó cómo su amiga daba un sorbo al café sin volcar primero el sobre de azúcar, como siempre hacía. No dijo nada. Solo quería escuchar.

—No te he contado algunas cosas...y lo siento, pero tengo que asumir las consecuencias. Si no me hablas, lo entenderé. Pero siento que para que puedas reiniciar tu historia con Isaac es mejor que estés al tanto de lo sucedido...

Ahí sí que se alarmó. El asunto era más serio de lo que le había parecido en un principio. Se acercó a Ruth y le cogió la mano, al ver la dificultad de su amiga para contarle aquello que tan claramente la estaba oprimiendo.

—Ruth...¿qué te pasa?

—Una semana antes de tu llegada, fui a ver a Isaac. A La Cueva del Jam. Vi que estaba allí tocando con su grupo y decidí pasar a verlo, para poder aclararme y despejar algunas dudas que tenía desde hacía tiempo.

Pausa dramática.

Ruth volvió a beber café, mientras miraba por primera vez a Miranda a los ojos desde que había llegado. Tal vez esperaba a que ella le preguntase por qué no se lo había dicho. No lo hizo, así que decidió contar el resto de la historia sin ningún tipo de parche.

—Al salir de allí me sentí aliviada, porque no podía haber ninguna confusión al respecto. Me quitó un gran peso de encima. Miranda...odio contarte esto, pero necesito sacarlo de aquí dentro. Isaac fue el motivo por el que lo mío con Michael se terminó.

Fue un dolor seco y puntiagudo que solo duró dos segundos. Después, Miranda se sintió anestesiada, y sabía perfectamente el motivo. Algo en su



interior, en el momento en que había salido a toda prisa de ese restaurante, había bloqueado sus renovados sentimientos hacia Isaac. Los mismos que habían florecido viéndolo tocar su saxo hacía solo unos días. Se preguntó si debía detener en ese punto a Ruth. ¿Qué sentido tenía saber todo aquello a esas alturas? Y sin embargo, la dejó hablar para poder entender mejor, aunque nada de lo que le explicó su amiga a continuación le sorprendió.

El encuentro fortuito, de nuevo delante de un escenario de un oscuro club de jazz, la aventura de fin de semana, la huida hacia adelante y el consecuente frenazo.

—No sé qué más decirte —dijo Ruth—. Solo que lo siento muchísimo si esto te hace daño, y supongo que eso va a ser inevitable. Me encantaría decirte que no valió la pena, pero en el fondo me puso a prueba. Sirvió para darme cuenta de que no era feliz junto a Michael. Que tenía que buscar mi camino en otra dirección.

Sonrió con un deje de amargura y la miró de nuevo.

—Un camino que aún no he encontrado, claro —añadió.

Miranda meditó su respuesta durante unos segundos. Tal vez necesitaba saber más. No tenía demasiadas ganas de hablar y sintió que cualquier cosa que dijera tendría que ser matizada días después. Ruth dejó la taza de café sobre el plato, apoyó los codos sobre las rodillas y hundió el rostro entre sus manos.

Miranda evaluó con rapidez cómo se sentía al respecto. ¿Le había dolido? Sí. Pero no tanto como si se lo hubiera contado solo unos días atrás. Lo que había hecho estaba mal, pero no quería juzgarla. Los remordimientos que había almacenado durante aquellos años eran mucho peor que cualquier reacción airada que pudiera tener en aquel instante.

—¿Puedo preguntarte por qué me cuentas todo esto ahora? Si todo pasó hace años, y lo zanjaste contigo misma antes de que yo llegara...¿por qué?

Ruth levantó el rostro, cubierto de lágrimas. Se había prometido a sí misma no llorar, afrontar el relato de la forma más serena posible. Como si las emociones fueran una elección.

Miranda buscó un pañuelo en su bolso y se lo tendió.

—Es solo que prefería que lo supieras por mí antes que por otra persona.

—¿Y quién más iba a contármelo, Ruth? ¿Quién más sabe esto?

—El, por supuesto.

No pudo evitar una carcajada estruendosa y monosilábica.

—¿Qué te hace pensar que Isaac iba a hablarme de una aventura que tuvo

contigo hace años?

—No lo sé. No tengo ni idea. Llevo semanas dándole vueltas a todo esto asunto, desde que fui consciente de que se acercaba el día de la cita del futuro y sobre todo desde que me contaste que habías ido a verlo tocar.

—¡Joder! Olvídate ya de esa estupidez de la cita del futuro. Eso no va a suceder.

Ahora sí. Ahora sí que notaba la efervescencia del cabreo trepando por su garganta.

—Yo creo que es lo que ambos queréis —sentenció Ruth, convencida.

Sintió ganas de zarandearla, y entonces recordó ese fin de semana, en el que todo se había puesto patas arriba. Pero el nudo que tenía en la garganta le impedía articular cualquier discurso en ese momento. ¿Acaso le debía a Ruth, precisamente en aquel instante, una explicación de todo lo que había pasado con Isaac en los últimos días?

Y sin embargo no le podía decir que no. Que se equivocaba y no tenía razón.

*Es lo que ambos queréis.*

Tenía ganas de rebatir esa afirmación, pero no dijo nada. Le sorprendió la seguridad férrea con la que lo dijo. Ruth continuó:

—Alguien muy cercano me sugirió que no te lo contara. Que solo lo iba a hacer para quitarme un peso de encima, por un motivo puramente egoísta...pero por otra parte sentí que te estaría traicionando si no lo hacía...

Sinceramente, no podía dar crédito a todo lo que estaba oyendo aquella mañana. Notó que el enfado remitía de nuevo y su lugar lo ocupaba una intensa tristeza.

—Dime algo, Miranda...

No tenía ganas de hablar. ¿Qué podía decir? Sintió que necesitaba estar sola. Era como si se estuviera levantando, renqueante después de un golpe, y de repente algo la tumbase con mucha más contundencia. No encontró las palabras. ¿Podía perdonar aquella traición? De hecho, ¿era una traición? Tenía serias dudas, pero tampoco quería manifestarlas en ese momento delante de Ruth. Solo quería estar sola con sus pensamientos. Quería acercarse más a la orilla del mar.

Se ajustó las gafas de sol y se levantó. Vio que Ruth hacía el mismo amago, pero la detuvo.

—Quiero estar sola, si no te importa —le dijo—. Eso es lo que necesito.

—¿No preferirías hablarlo?

—Ahora no puedo.

Ruth asintió. Por supuesto que le iba a dejar todo el espacio del mundo.

—Claro, lo entiendo. De todas formas, he decidido adelantar mi vuelta a Nueva York. Me han llamado para un nuevo encargo y quieren verme en persona la semana que viene. Me iré el próximo martes...y he decidido quedarme el resto de la semana en Sitges, con tía Mónica.

Miranda atendió aquellas explicaciones con poco interés y asintió. Entendió que Ruth solo le estaba dando una serie de coordenadas para poder localizarla en el caso de que quisiera retomar el contacto antes de irse. Necesitaba salir de allí. Ya. Se ahogaba. Necesitaba caminar un poco. Respirar.

Solo cuando la perdió de vista pudo empezar a ordenar sus pensamientos. Pues claro que la perdonaba. ¿Acaso tenía otra opción? Pensó en Isaac. Sabía que su pesar y su angustia eran sinceras. ¿Podía juzgarlo a él? En realidad no, no podía. Aún menos. Cuando sucedió todo aquello él era un músico viajando por el mundo con tres amigos, sin ataduras de ningún tipo, haciendo lo que le gustaba. Se cruzó con Ruth una noche, que acabó siendo un fin de semana; y después de eso los dos entendieron que no había nada más que la posibilidad de mantener cierta cordialidad. Ni siquiera habían sido nunca amigos, ni lo serían.

Lo que trataba de entender Miranda en aquel momento era el motivo que había empujado a Ruth a contarle todo aquello, casi tres años después, cuando ya debería estar más que superado por su parte. ¿Era por lo que pudiera suceder en esa noche de San Juan que estaba a la vuelta de la esquina? La sola idea de encontrarse allí, después de todo lo sucedido, casi le provocaba risa. Esa era la verdad.

Recordó el teléfono en su bolso, apagado desde la noche anterior, cuando envió un mensaje a Ruth para comunicarle el sitio exacto de su desayuno frustrado frente a la playa. Se preguntó cuántos mensajes tendría de Isaac, si habría intentado contactarla durante la noche. Pero no quiso encenderlo. Aquello tendría que esperar. Necesitaba recargarse con la luz del sol aquella mañana y pensar cuál era el mejor modo de retomar sus planes. Su nuevo apartamento, su nuevo trabajo, sus nuevos amigos. ¿Tenía algún sentido seguir removiendo las cenizas de toda aquella historia?

Miranda sorteó un complicado camino hasta llegar a una roca plana que quedaba casi suspendida junto al agua. Aquella mañana las olas casi no existían. Cerró los ojos para sentir el sol en la cara y eso la reconfortó porque,

de repente, volvió a estar dentro de aquel ascensor. Con él.

## CAPÍTULO 19

—Hoy no das ni una, tío —dijo Arturo a su compañero de grupo, después de interrumpir por cuarta vez el ensayo.

Isaac dejó caer el saxofón sobre su torso. Algunos resquicios del metal se le clavaron en el estómago, pero reprimió el gemido de dolor punzante. La falta de sueño era lo que le estaba amargando aquella mañana de lunes, en la que no conseguía hilar bien las melodías. Y el insomnio era consecuencia de la catastrófica cena con Miranda y, sobre todo, de la maldita ansiedad que le produjo el hecho de que apagara su teléfono y no quisiera hablar con él bajo ningún concepto.

Trató de contactar con ella hasta en ocho ocasiones, pasadas las doce de la noche, momento en que decidió parar y volver a intentarlo al día siguiente. A primera hora había probado otra vez, pero el móvil seguía fuera de servicio. ¡Maldita sea! Incluso había pensado en pasar por su casa a buscarla una vez que consiguió que Almudena se calmara y aceptase la realidad. Pero recordó que Miranda le había dicho antes de entrar al restaurante que sus padres regresaban de viaje esa misma tarde y que ya no estaría sola en casa a partir de esa noche. Así que se dirigió al local de ensayo, como todos los lunes, y trató de concentrarse en la música. Pero fue inútil.

—Está bien —dijo, retirándose del cuello la cinta que sujetaba el instrumento—. Paramos treinta minutos. Voy a salir a tomar un café. Necesito despejarme un poco.

Habló en singular y eso no dejó a sus compañeros mucho lugar a dudas. Prefería estar solo un rato. Afortunadamente, tantas horas juntos en la carretera hacía que apenas tuvieran que darse explicaciones unos a otros. Salió a la calle y agradeció la brisa fresca de primera hora de la mañana. En la esquina había una cafetería a la que acudía cuando se agotaban sus reservas de cafeína.

En aquel momento su mayor preocupación era el tema de no haber salido corriendo detrás de Miranda en el restaurante. No tenía nada que ver el hecho de que tuvo que quedarse pagando la cuenta, que también, sino que se sintió con la obligación moral de aplacar el cabreo de Almudena. No le debía ninguna explicación. De eso estaba convencido. Pero por algún extraño motivo

se sentía mal por sí, sin darse cuenta, había alimentado su esperanza simplemente por ser cortés con ella y tratarla como a una buena amiga.

Y sobre aquel restaurante, en fin...Mala suerte. Tal vez había sido un idiota al haber escogido aquel lugar para su cita, pero los tentáculos de Almudena en ese sentido estaban bastante extendidos por toda la ciudad. No es que fuera “uno de sus restaurantes”. Era tan solo uno de los negocios con los que colaboraba de manera puntual para organizar eventos. Conocía al dueño y al chef, sí, igual que conocía a muchísima gente en todas partes. Había pensado sinceramente que ese día no aparecería por allí y, de hecho, estaba empezando a pensar que los había seguido.

Cuando saldó la cuenta de la cena se llevó a Almudena a un apartado del local y habló con ella, intentando razonar. Trató de hacerle entender que lo suyo no podía ser. Ya habían tenido esa conversación en un par de ocasiones. Le recalaba que podía ser su amigo, que podía contar con él para que lo necesitase y le decía una vez más lo agradecido que estaba por haberles ayudado a conseguir los conciertos de los martes. Siempre que tenían esa conversación ella parecía aceptarlo, se apartaba unos días, incluso lograban mantener una relación amistosa por unas semanas, cuando de repente todo se liaba de nuevo y ella tenía uno de sus recurrentes ataques de celos.

Pero la noche anterior había ido demasiado lejos. Había traspasado una línea roja, y así se lo hizo saber. Llevaba semanas pensando intensamente en Miranda desde la noche en que soñó con ella, y cuando la vio de pasada la noche del concierto, mientras tocaban en La Cueva del Jam, casi pensó que seguía soñando. Ese día entendió que la había invocado, que el simple hecho de imaginarse repetidas veces con ella bañándose al amanecer, en aquella playa, había enviado algún tipo de señal al universo que hizo que ella apareciese.

Y por si aquel espejismo fuera poco, solo unas noches después Miranda volvió a materializarse delante del hotel Senglar, cuando ambos esperaban un taxi. No podía ser otra cosa que magia. O el destino insistiendo en que aquello tenía que suceder sí o sí.

Al cabo de unos días, otra señal más. La alarma en el móvil. No es que fuera a olvidarse de ello, pero una mañana que estaba revisando su agenda en el calendario de su iPhone Isaac observó, marcada con una estrella, que se acercaba la noche de San Juan. Llevaba tanto tiempo esperando aquel día que hasta le hizo gracia su propia ocurrencia de apuntárselo en la agenda. ¡Cómo si fuera a olvidarse!

—Un café solo, por favor —dijo, acercándose a la barra vacía de la cafetería. En una gran pantalla de televisión emitían uno de esos magazines de la mañana en los que entrevistaban al político de turno.

Esperó allí plantado a que la camarera lo preparase y se lo llevó a la mesa más apartada del local, junto a una de las ventanas que daba a la calle.

Pensó de nuevo en sus dos errores, Almudena y Ruth, y en si estaban destinados a arruinar cualquier opción que le quedase para volver con Miranda, la chica a la que nunca había olvidado y a la que no podía sacar de su corazón de ninguna de las maneras. Era frustrante, porque no podía hacer nada para volver al pasado y refrenar aquellos impulsos. Y tampoco servía de nada arrepentirse.

La noche anterior había tenido que ser directísimo con Almudena y decirle abiertamente que estaba enamorado de otra persona. Nunca hasta entonces se lo había dicho de forma tan clara, porque siempre había sentido pavor de hacerle daño. No quería, bajo ningún concepto, verla llorar. Aquello lo partía en dos a pesar de no sentir nada por ella. Ella se contuvo, a pesar del brillo delator en sus ojos, y por fin entendió que no había nada más que hacer. Había costado meses, pero confiaba en que por fin hubiese entendido que su corazón pertenecía a otra.

Ruth, en cambio, siempre había sido más lista. No había hecho nunca falta hablar de lo que sucedió, del fin de semana que pasaron juntos en Brooklyn, y siempre se había sobreentendido que aunque hubiese sido un error, ambos tenían la obligación de echar tierra por encima y dejarlo en el pasado, en el lugar donde pertenecía. Se alegró sinceramente de verla la otra noche y de comprobar que todo estaba bien entre ellos.

Dio el último sorbo del café y observó el teléfono móvil, inerte sobre la mesa. ¿Debía intentar llamarla de nuevo o estaba ya rozando la psicopatía? ¿Tal vez esperar un par de días más? ¿Plantarse de nuevo sentado en su portal?

Un toque de nudillos en el vidrio de la ventana lo despertó de su ensoñación. Allí estaba Arturo, señalándose el reloj. Hora de volver al ensayo.

—¿Vienes ya?

Asintió, y apuró el resto del café de un solo trago.

Tumbarse en la cama por la tarde y mirar el techo tiene cierto peligro, porque significa quedarte a solas con tus pensamientos. Y también pensar que seguir tus impulsos es una buena idea. En todo caso, eso es lo que hizo Isaac. Realmente a aquellas alturas no le importaba quedar como un pesado. No

pensaba parar hasta que ella lo escuchase. Buscó su contacto entre las últimas llamadas perdidas y probó por enésima vez. Para su sorpresa, a última hora de la tarde del martes, Miranda por fin cogió el teléfono.

La creyó cien por cien cuando le dijo que estaba llegando al Pirineo para pasar unos días en la montaña. Sonrió al comprobar que solía manteniendo algunas viejas costumbres, como la de irse al cine sola. Fue una conversación agrídulce.

—No lo sé —contestó Miranda a la pregunta de cuándo tenía pensado regresar a la ciudad—. Puede que el viernes, o directamente al final de la semana. La verdad es que este viaje no estaba planificado. He decidido venir esta misma mañana.

Era la sensatez en persona, pero también totalmente capaz de dejarse llevar por un impulso o una idea repentina que, en su caso, solía ser siempre la mejor opción.

—Miranda, siento mucho lo que pasó el domingo.

El silencio se hizo al otro lado de la línea, durante algunos segundos, hasta que ella formuló lo que llevaba horas pensando. La escenita de Almudena no había sido nada en comparación a la dolorosa confesión de Ruth, así que trató de quitarle importancia. No quería que aquella conversación telefónica se alargase demasiado.

—Mira, Isaac... No me expliques nada. Nos hemos reencontrado por casualidad. Ya está. Entiendo que hayas tenido una vida hasta este momento. No estaba preparada para lo de la otra noche, eso es todo...

*Ni para lo de ayer por la mañana*, pensó, pero no dijo nada al respecto. Aún tenía mucho que meditar sobre la confesión de Ruth. Iba a necesitar días para asimilarla.

Aún así, él insistió en darle sus explicaciones:

—Almudena es una amiga. O lo era hasta el domingo, no lo sé. Ella quiere algo más de mí, pero yo no se lo puedo dar. Eso es todo lo que te puedo decir. No hay más... Cuando te fuiste, me quedé hablando con ella y se lo expliqué.

—Ya...

—¿Sabes que preferiría hablar contigo en persona, verdad?

—Tengo que dejarte ahora, Isaac. He llegado al refugio y tengo que hablar con la recepcionista.

—Vale. Ahora tienes mi número... Por favor, llámame cuando te apetezca hablar conmigo. O cuando vuelvas. Estaré esperándote, Miranda.



Ella resopló suavemente. Necesitaba salir ya de aquella conversación. La estaba agobiando.

—Te dejo. Cuídate.

Aquel “te dejo” sumió a Isaac en un desconcertante mar de dudas. Entendió que ella no estaba en la mejor disposición para hablar con él. Que necesitaba un poco de tiempo pero, ¿por qué? ¿Qué había sucedido? ¿Tanto le había afectado la inoportuna escenita de Almudena?

Se levantó de la cama y miró por la ventana de su habitación. No quería otra noche de insomnio, así que estar en el dormitorio a deshoras no era la mejor de las ideas para recuperar el sueño perdido. En unas horas tenían un nuevo concierto en La Cueva. Aquel día tocaban más tarde. Necesitaba recuperarse pronto, estar centrado. Aunque no podía dejar de pensar en ella. Esa era la realidad.

Eran casi las nueve de la noche, pero el sol aún no se había marchado. Se acercaba el solsticio de verano y los días se alargaban hasta el infinito. De repente, el sonido de un petardo a lo lejos lo despertó de su ensoñación. Dios, ¡cómo odiaba los petardos! Pero en aquellos días solo significaban una cosa. Se acercaba la noche de San Juan.

Esa noche.

## CAPÍTULO 20

No podría decir que estaba especialmente feliz pero sí tranquila, y eso era, por el momento, más que suficiente. Era domingo y Miranda estaba en su nuevo apartamento, sentada sobre el parqué grisáceo y apoyada en la pared del salón. Había encontrado el punto exacto en que el sol recaía a través de la ventana, y estaba disfrutando de la luz sobre su rostro.

Antes de escaparse a la montaña había pasado por la oficina de Raquel para recoger las llaves pero, sorprendentemente, no había ido a visitar su nuevo apartamento nada más tenerlas en su poder. Después de aquella reveladora conversación con Ruth, a primera hora de la mañana del lunes, había decidido marcharse unos días sola, para poder pensar mejor. Y respirar un poco de aire puro.

No estaba segura de si había sido la mejor de las ideas. Podría haber dedicado la semana a buscar muebles y pensar un poco en la decoración, pero sintió que de repente el ambiente de la ciudad la oprimía y necesitaba respirar aire puro. Y para respirar no se le ocurría mejor sitio que Viella, un pueblecito perdido entre las montañas del Valle de Arán.

Aquel era su refugio, el lugar donde siempre se guarecía cuando necesitaba escaparse de algo, aunque llevaba demasiado tiempo sin ir. Exactamente cinco años y medio, y lo había echado tanto de menos... Allí fue donde había decidido que su vida necesitaba un giro de ciento ochenta grados. Fue en aquel hotelito de Viella, con vistas a las montañas, donde se había convencido de que tenía que buscar una nueva vida en el norte de Europa, cambiar de ambiente y de trabajo, conocer otras personas. Empezar una nueva vida alejada de Isaac. Era como si los paseos por aquel valle le revelasen las respuestas a todas las preguntas que se hacía y que nadie más podía contestar. Y allí había acudido para averiguar qué debía hacer con respecto a Ruth.

Tal vez lo más fácil sería considerar lo sucedido una especie de traición y pasar página. Al fin y al cabo su —hasta ahora— amiga estaba a punto de regresar a Estados Unidos. Las separaría un océano y su única comunicación era *online*. Era demasiado sencillo en aquel caso aceptar que Ruth había sido alguien muy importante, una amiga que había estado a su lado desde la adolescencia y a la que, como todo en la vida, llega un punto en el que hay que

decir adiós. Todo el mundo viene y va. Las personas que están cerca lo están durante un tiempo determinado y separarse es algo natural. Eso sería fácil de aceptar.

En el fondo Miranda era una persona práctica. Y había llegado el momento de mentalizarse para lo que pudiera suceder entre ella y su amiga de ahora en adelante. Y, seguramente, Ruth también lo estaba. De lo contrario no habría dado ese paso. Habría mantenido el silencio acerca de lo que sucedió con Isaac.

En todo caso, en el valle había respirado a fondo. Pero no había podido tomar ninguna decisión definitiva al respecto. Tal vez iba a necesitar más tiempo.

Esa mañana de domingo Miranda se había comprado una bandejita de sushi, un café *latte* y una botella de vino para más tarde, y se había encaminado hacia su nuevo piso. Una vez allí, libreta en mano, tomó algunas medidas para los nuevos muebles que quería incorporar. Comprobó una vez más que ya había las piezas básicas, y de excelente calidad, pero una de las cosas innegociables para Miranda, por ejemplo, era un buen sillón para leer. Uno de esos mulliditos y muy cómodos, que invitasen a sentarse y pasarse horas sumergida en una buena historia. Todo apuntaba a que la semana siguiente estaría bastante ocupada. Necesitaba utensilios de limpieza, sábanas y toallas, algunos platos y vasos, cubiertos...en fin, podría ser divertido. O al menos le serviría para distraerse un poco.

Aquella tarde, sin embargo, recibió un mensaje. Estaba a punto de abandonar el nuevo apartamento y regresar a casa de sus padres cuando vio el parpadeo en la pantalla de su teléfono móvil. Dejó de nuevo las llaves sobre el mueble del recibidor y lo cogió. Era de Raquel:

*¿Tienes planes para esta noche?*

*Esto es totalmente improvisado, pero me han convencido para salir a tomar algo. ¿Te apuntas?*

*Es en un bar cerca de la playa, pero en una calle tranquila.*

*No me quedaré toda la noche, ni mucho menos. ¡Vente!*

El corazón de Miranda se aceleró irremediablemente. Era la noche de San Juan. Ni rodeada de silencio en medio del valle había podido decidir tampoco qué hacer con respecto al posible reencuentro con Isaac. Sentía que necesitaba también un poco de tiempo para aclararse con eso. Un poco de rutina, a pesar del verano.

Pero, ¿cuál era la alternativa esa noche? ¿Quedarse en casa pensando? Al

menos si estaba con Raquel y sus amigos se distraería y no le daría más vueltas inútiles a todo aquello. Subir a casa de sus padres en ascensor era un suplicio y ya consideraba seriamente empezar a dormir en el nuevo apartamento, aunque estuviera vacío.

Entonces decidió que sí, aunque no se lo diría explícitamente en ese momento. Por supuesto que iba a salir a tomar algo. Tecleó una respuesta rápida para Raquel:

Sin planes concretos. Envíame sitio y hora,  
*o vuestra ubicación una vez estéis allí.*  
*¡Y gracias por invitarme!*

Eran casi las once de la noche cuando el móvil vibró de nuevo. Miranda estaba estirada en el sofá, cambiando el canal de la tele de forma automática e inconsciente, con un libro entre las manos que hacía rato que no leía. En otras palabras: ralladura mental máxima. Se repetía a sí misma que no tenía por qué precipitar nada. Solo necesitaba tomar un poco de distancia con Isaac para que las cosas volvieran a su cauce. Ambos estaban en contacto. Tenían sus respectivos números de teléfono.

Y sin embargo, y a pesar de los esfuerzos por distraerse, la intriga la embargaba. ¿Acudiría Isaac al rompeolas esa noche? Nunca lo sabría a menos que le preguntase. O si ella también se presentaba. Esa era otra opción, ir. Sin más. Si estaba, bien, podrían hablar en persona. Si no estaba, habría que confiar en que la decepción no la fastidiase mucho más de lo que ya estaba. Además, no habría nadie allí para presenciar el desastre.

Dio un salto del sofá y corrió hasta el armario. Cogió una colorida blusa de color celeste y una minifalda vaquera blanca, se calzó unas zapatillas Converse y pasó por delante del espejo antes de coger el bolso. Observó su rostro y vio claramente el excitante brillo que despedían sus pupilas. Un poco de *rimmel* y un poco de pintalabios rosa. No había tiempo para más. Raquel y los demás la esperaban en el Atlantis.

Por suerte aquella noche los astros se conjuraron a su favor y le fue fácil conseguir un taxi que la llevase hasta el barrio marinero, donde se situaba el Atlantis. Era una tasca donde por las tardes servían vermut y anchoas. Por las noches bajaban las luces y se convertía en un bar de lo más agradable. Ventanas abiertas que dejaban entrever su interior, música instrumental tipo *Café del Mar*...El taxista gruñó cuando Miranda le pidió que la dejase en la misma puerta del local. Las calles estaban llenas de gente y aquella zona no era la más adecuada para sortear obstáculos.

—¡Está bien, déjeme aquí! —exclamó, resignada.

En realidad estaba a apenas treinta metros del local donde habían quedado, pero en cuanto puso un pie sobre el asfalto se preguntó si había hecho bien en salir de casa aquella noche. No lo había meditado en ningún momento. Solo esperaba no tener que volver a casa llorando en la parte trasera de otro taxi. La noche era algo más calurosa de lo previsto. Una cerveza bien fría era lo que necesitaba.

Entró al bar y se animó al instante al ver que la fiesta estaba ya bastante avanzada. Encontrar a Raquel fue fácil. Solo había que buscar en el centro del corrillo que se había formado. Sus amigos estaban allí, jaleándola, ya que era la que primero se estaba animando a bailar.

—¡Miranda! —gritó en cuanto la vio.

Salió corriendo hacia ella y se abrazó a su cuello.

—¡Has tardado siglos! Pensábamos que ya no venías.

Todos se acercaron a saludarla.

—Llegas justo a tiempo para el chupito —le dijo Raquel, arrastrando las sílabas más de lo normal.

Miranda se rio.

—No, no, no. ¡Nada de chupitos! Pediré una cerveza.

Se acercó a la barra a por su caña, pero tampoco se pudo librar de la consabida minidosis de Jägermeister, que le fue prácticamente depositada sobre su lengua. Los *shots* le sentaban fatal. *Nada de mezclar bebidas*, se dijo a sí misma. Aunque después fue mucho más fácil integrarse en la fiesta.

Pasaron tres horas sin saber muy bien cómo, porque fueron como veinte minutos. Cuando quisieron darse cuenta, el dueño del local ya estaba encendiendo las luces y la música empezaba a bajar de volumen. Raquel bailaba con un *guiri* suizo y no parecía dispuesta a marcharse a casa tan pronto, a pesar de que cerrasen el local. Pero ya era tarde para buscar otro.

Algunos de los amigos de Raquel, los pocos que quedaban por allí, murmuraron la posibilidad de dar la noche por terminada. Pero ella no lo iba a aceptar tan a la ligera.

—No, no. Nadie se va de aquí todavía. Es muy pronto, chicos. ¡Vamos un rato a la playa! —exclamó, buscando la aclamación popular.

Miranda se recogió la melena en un moño alto, acalorada.

—Yo debería irme...Odio tener resaca.

—Tía, no. Quédate un rato a las sobras —le contestó Raquel, visiblemente borracha, pero aún conservando toda su dignidad y controlando

la situación.

—¿Las sobras? ¿Eso qué es?

Resultó que “las sobras” era el tumulto que se agolpaba a la puerta de un local en la hora del cierre y donde, según Raquel, era más fácil hacer nuevas amistades. El problema es que ya no es tan fácil quedarse en la puerta de un local a las tres de la madrugada, pues todo vigilante de seguridad que se precie se dedica a esa hora a espantar a los últimos clientes con el comprensible fin de no despertar a los vecinos.

Finalmente, un grupito de ocho personas, el suizo espontáneo incluido, se concentró en la puerta del Atlantis a la expectativa. Al fondo, en la playa, se percibía el resplandor de algunas hogueras de San Juan.

Miranda siguió la estela de Raquel durante unos diez minutos. Se fue quedando rezagada hasta que, disimuladamente, se separó del grupo. No hizo nada más que obedecer a su cuerpo y a su inconsciente, que le pidió en aquel instante quedarse sola para tomar una decisión de una vez por todas. Buscó su teléfono en el bolso y tecleó un nuevo mensaje para Raquel:

Tal vez lo leas mañana, pero ...

*pasadlo bien y suerte con el suizo.*

*Te llamo y nos vemos otro día.*

*He de irme, he quedado con alguien. X*

## CAPÍTULO 21

Lo primero que hizo después de quedarse sola fue comprarse un helado en el único supermercado 24 horas que encontró abierto por aquella zona. Probablemente si hubiera avistado muchos grupos de borrachos hubiese caminado hasta alguna de las avenidas y buscado un taxi que la devolviese a casa. A Miranda, como al resto de los mortales, no le gustaba mucho que el resto del planeta se divirtiera sin ella. Y lo que se lo impedía en aquel momento era enfrentarse con la realidad: que no podía tomar una decisión respecto a Isaac, porque ya estaba tomada. No podía hacer otra cosa que obedecer lo que su corazón le estaba exigiendo en aquel momento.

Apenas faltaba una hora para la cita del futuro y sus largas y estilizadas piernas ya estaban en movimiento hacia el punto exacto del rompeolas en el que Isaac y ella se habían separado hacía justo cinco años. En su estómago ya anidaba esa sensación de excitación que tan bien conocía y que se parecía mucho a lo que había sentido aquella noche en el portal de su edificio, cuando él la acompañó hasta casa.

Se sintió feliz y se dejó impregnar por aquel cúmulo de sensaciones. *Pase lo que pase, pensó, nadie puede privarme de esto.* Caminaba hacia la batalla final siendo consciente de que una derrota en ningún caso la hundiría. Solo iba a servir para pasar página y encarar un futuro brillante. Por tanto, tenía que ir. Nunca hubo otra opción, en realidad.

Caminó hasta el hotel W, perfectamente reconocible desde el cielo cuando cualquiera mira desde la ventanilla de un avión, pocos minutos antes de aterrizar en el aeropuerto de El Prat. Tenía sentimientos encontrados hacia ese edificio. Era una mole extraña y artificial, pero estaba ya del todo integrada en el paisaje de la ciudad. En una de sus terrazas había una fiesta y en la zona de playa junto al hotel algunos grupos de adolescentes exprimían los mejores momentos de la noche del solsticio.

Miranda rodeó el edificio y caminó hacia el paseo artificial que empezaba a conectar con la zona del puerto industrial de la ciudad. A pocos metros, las olas golpeaban contra las rocas y el rumor de las hogueras empezaba a apagarse. Exactamente los mismos sonidos que hacía cinco años, justo antes de pronunciar aquellas palabras tan dolorosas. Se acercó a la

barandilla de piedra y esperó. Al cabo de cinco minutos pensó que no era lo más sensato del mundo estar allí sola, a esas horas de la noche, con la mitad de la fauna nocturna severamente intoxicada. Se giró, apoyándose en el muro de piedra y dando la espalda al mar.

Fue entonces cuando una luz intermitente capturó su atención desde la planta veintipico del hotel, donde parecía extinguirse la última fiesta de la noche. Miranda conocía aquella ubicación. Era el club Eclipse, uno de los bares de copas con mejores vistas de la ciudad. Alguien estaba haciendo señales con la linterna de un teléfono, agitándolo de izquierda a derecha. De repente tuvo algo de frío. La temperatura había caído unos grados y la brisa del mar lo acentuaba.

Miró su reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para la hora señalada y se preguntó si no estaba haciendo el ridículo más absoluto. Contempló todo lo que la rodeaba, de espaldas al mar, a decenas de metros a la redonda. Isaac podría estar por allí agazapado, observándola desde la distancia, divirtiéndose al máximo con aquella situación. *No seas ridícula*, se recriminó a sí misma.

Pensó en la naturaleza de su reencuentro con Isaac, frente a la puerta del hotel hacía unos días, pero también en el momento en que lo vio sobre el escenario, convertido por fin en el músico de jazz que siempre había soñado ser. ¿Lo habría logrado si las cosas hubieran seguido tal y como estaban hacía cinco años? ¿Si ella no hubiera decidido marcharse? Después meditó unos segundos acerca de la historia que Ruth le había contado. Llevaba unos días intentando comprender, y se había sorprendido a sí misma de que no había en ella ni un resquicio de odio por lo sucedido. Nada. Era como si su subconsciente hubiera asimilado, al igual que ellos, que era algo muerto y enterrado en el pasado, sin posibilidad alguna de resucitar.

Vio una figura acercarse a lo lejos, levemente iluminada por algunas de las farolas que alumbraban el nuevo paseo del rompeolas, recuperado hacía solo unos años para los paseantes diurnos. Realmente no era el sitio más adecuado para estar sola por la noche y esa realidad se agolpó de repente ante la mirada inquieta de Miranda. *¿Estás tonta o qué?*, pensó. Se acercaba un hombre y eran casi las cuatro de la madrugada. Estaba a unos cincuenta metros de distancia y, si decidía marcharse de allí en aquel momento, no había otra que cruzarse con él, ya que el camino hacia su derecha terminaba en otro de



los espigones.

Echó a andar hacia la figura que se aproximaba. Cogió el teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo trasero de la falda vaquera. Las llaves de casa las guardó en su puño izquierdo, con los dedos bien introducidos en las anillas. Solo supo que estaba completamente a salvo cuando vio que era él.

Isaac caminaba hacia ella con una sonrisa que la conmovió.

Cuando llegó hasta Miranda, la abrazó. Se refugió en su cuello y respiró tranquila. Él empezó a reírse, y sintió aquella risa como un auténtico hogar.

—¿Estás loca? ¿Qué haces aquí sola de madrugada? Hay mucho perturbado suelto, ¿sabes?

Le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Llegas tarde!

La abrazó aún más fuerte.

—De eso nada, guapa. Eres tú la que ha llegado demasiado pronto. ¿No me has visto desde allí arriba?

—¿Arriba?

—Estaba en una fiesta en la terraza del hotel. Te hice señales con la luz del móvil.

Miranda teatralizó un poco su sorpresa.

—¿Y cómo me has visto desde allí arriba? ¿Acaso lleva usted unos prismáticos, señor Isaac? ¿Quién es el perturbado?

La cogió de la mano y la acercó al muro donde rompían las olas. Unas gotas de agua de mar aterrizaron en aquel momento sobre los labios de Miranda, y él acercó los suyos para saborearlas muy despacio. Lo próximo que le dijo fue con un tono de voz muy bajo, casi un susurro.

—No te imaginas la felicidad que he sentido cuando te he visto.

La sonrisa que ella le devolvió no podía significar otra cosa que la confirmación de que ella sentía exactamente lo mismo. Abrió la boca para contestar, pero él posó con suavidad el dedo índice sobre sus labios.

—Déjame decirte una cosa, por favor. Solo puedo darte las gracias. Por haberme dejado todo este tiempo y este espacio, que en su día odié y no entendí. Nunca te sustituí por nadie. Eso no habría sido posible. Cuando te fuiste solo vi ante mí la oportunidad para convertirme en la persona que quería ser, y que solo en el momento en que lo consiguiera podría regresar aquí y volver a estar contigo. Y no sé cómo ha sucedido la magia...pero aquí estamos. Y no quiero volver a separarme de ti jamás.

El nudo en la garganta de Miranda era demasiado evidente.

—Parece que el universo ha trabajado mucho para volver a reunirnos aquí.

—No podía ser de otra manera, Miranda. Yo no tenía otra opción que estar aquí esta noche. Hace años que estoy preparado. Hace años que lo espero. Como comprenderás no podía decírtelo la otra noche.

—¿Estas cien por cien libre, Isaac?

Él asintió.

—No lo dudes, por favor. Está todo resuelto.

Fijó la vista en sus zapatos. Había algo que seguía quemándola por dentro. Él puso los dedos debajo de su barbilla y la elevó suavemente hasta que las miradas de ambos se fundieron durante unos segundos.

—Me refiero a todo, Miranda. También lo de Ruth.

Le sorprendió.

—Me llamó esta mañana. Está preocupada. Y muy triste. Y me da la sensación de que no necesitas que te diga que ninguno de los dos está precisamente orgulloso de lo que pasó. Lo hemos olvidado por completo y solo nos preocupa que tú estés bien.

Lo sabía. Sabía a ciencia cierta que ambos decían la verdad. Y lo sabía porque era incapaz de odiarlos o de sentir el más mínimo rencor. Todo lo que pasó estaba suspendido en el tiempo. A un océano de distancia. Dos personas que se conocían y que habían sido libres, y que luego habían tenido la claridad mental necesaria para continuar con sus vidas de la mejor manera que supieron: mirando en todo momento hacia delante.

—Te quiero —le dijo Isaac.

Y aquellas dos palabras sonaron puras y espontáneas.

Miranda volvió a encontrarse con sus labios y sus ojos, y en aquel instante, en medio de la noche de San Juan, con los deseos de toda la ciudad consumiéndose en las hogueras que ya se apagaban tuvo la certeza de que, por fin, había llegado a casa.

## EPÍLOGO

La tía Mónica reordenaba sus pirámides de energía mientras observaba de reojo el ir y venir de su sobrina Ruth, que estaba terminando de preparar la maleta. Acto seguido, cogió sus minerales y los colocó en el regadero de la cocina. Tomó un poco de sal y frotó cada una de las piedras. Las enjuagó bien y después las colocó en la repisa de la ventana, donde les daba el sol.

—¿Qué haces, tía? —preguntó Ruth, sentada sobre su maleta, intentando que por fin se cerrara.

—Estoy recargando las piedras.

—¿Recargándolas? ¿Cómo?

—Se lavan y después se cargan solo con la luz del sol. Y así vuelven a funcionar perfectamente.

—¿A funcionar?

—La energía que contienen.

—Ahá.

—De hecho, ten. Guárdatela. Esta ya la cargué hace un par de días. ¡Y que yo vea cómo la guardas!

Mónica cogió una descomunal roca de cuarzo rosa que tenía sobre una de las estanterías y se la extendió.

—No me cabe nada más en la maleta. ¿Cuánto debe pesar? ¿Un kilo?

—Tienes que llevártela, nena. Necesitas un buen trozo de cuarzo rosa en tu vida. Te va a hacer mucho bien, te lo prometo.

Ruth resopló. Aquello en realidad no era ninguna novedad. Tía Mónica siempre le endosaba alguno de sus voluminosos amuletos cada vez que regresaba de vuelta a Estados Unidos. Y para colmo, no eran cositas normales. Eran trastos que, por algún extraño motivo, siempre llamaban la atención de los agentes de aduanas.

—Está bien pero, ¿no tienes algún cuarzo más pequeño?

La tía negó con la cabeza.

—No. Te conviene uno bien grande. Lo pones en tu mesita de noche, junto a la cama, y cada noche antes de dormir, meditas un rato con él.

—¿Meditar con la piedra?

Mónica resopló.

—Solo tienes que despejar la mente durante unos diez o quince minutos. No pensar en nada. Con la piedra entre las manos. La coges, y te relajas. Y notarás enseguida que todo está mejor. Te lo prometo.

Esperaba algún tipo de protesta al respecto, pero Ruth no replicó. Al fin y al cabo tal vez sí necesitaba todo el cuarzo del mundo para librarse del desasosiego que la consumía desde principios de la semana, cuando su sobrina decidió, en contra de su consejo, contarle a su mejor amiga que se había enrollado con su antiguo novio en una noche loca de borrachera.

Ahora, y con razón, como ya la advirtió, las aguas del Mar Rojo se habían abierto entre ellas.

—Yo no soy “piedrera”, tía. Pero si tú lo dices...

—Ya lo sé. Y así te va.

Habían pasado una semana estupenda, y tenía la certeza de que Ruth se marchaba hacia el aeropuerto mucho más animada de lo que llegó. Aunque eso no era difícil. En aquellos días se habían dedicado a dormir horas y horas, pasear por la playa, tomar vermouths, cocinar paellas y leer en la terraza.

—Tal vez ha llegado el momento de plantearme en serio la posibilidad de dejar Nueva York y regresar aquí definitivamente...—le había confesado su sobrina.

—Podríamos ser compañeras de piso.

Ruth soltó una carcajada

—Ay, tía... ¡no me hagas reír!

Pero lo cierto es que no era tan mala idea. Aquella terraza, con aquellas plantas tan revitalizadas gracias a sus sesiones de reiki, sería un lugar perfecto para montar su negocio portátil de diseño gráfico.

—Prométeme que, al menos, lo pensarás.

Su sobrina suspiró.

—Está bien, lo pensaré.

Eran las once de la mañana del lunes. Su vuelo partía hacia Nueva York a las dos del mediodía. En parte ansiaba subirse a ese avión y alejarse físicamente de aquello que la inquietaba, que no era otra cosa que el malestar que le había causado a Miranda con su desafortunada revelación y que ahora, como no podía ser de otra forma, le dolía a ella misma.

Aquellos días de descanso en la playa con Mónica habían sido bastante balsámicos, pero sabía perfectamente que hasta que no tomara ese vuelo y se encontrara en medio del Atlántico a diez mil pies de altura no podría empezar a curarse. Necesitaba conseguir el perdón de su amiga, pero eso jamás

sucedería sí primero no se perdonaba a sí misma.

El teléfono, que había dejado sobre la mesa del recibidor, vibró en el preciso instante en que consiguió al fin cerrar su maleta. Era el taxi que la Mónica había reservado para que la llevase hasta el aeropuerto. De nada había servido decirle que prefería ir en tren. Esa no era una opción realista ni práctica para su esotérica tía.

—¡Anda, dame un abrazo! —le dijo—. ¡Y deja de preocuparte! ¡Todo se va a solucionar!

Una lágrima se escapó de su ojo izquierdo, pero fue lo suficientemente rápida como para limpiarla antes de que su tía se separase de ella. Odiaba las despedidas.

—¿Cuándo volverás?

—¡No lo sé! ¿Navidad?

—Espero que sea antes.

—¿Sabes que también podrías venir tú a visitarme, verdad?

—Hija, yo no estoy ya para esos trotes.

—¡No hables como si fueras una anciana, porque no cuela!

Se echó la mochila al hombro. Allí guardaba todo lo necesario para el vuelo. Un par de revistas, el MacBook Air bien repleto de capítulos nuevos de *Orange is The New Black*, galletas de chocolate, varios pares de auriculares y el imprescindible antifaz.

—Te acompaño hasta el taxi.

—No te preocupes, tía. Está fuera esperando.

La ignoró por completo, y salió tras ella por la puerta. Ya en el jardín, junto a la verja, echó un último vistazo al brillo matutino que despedía el Mediterráneo, salpicado al fondo por algunos veleros blancos. El taxista se acercó a ella para ocuparse de su maleta.

Un claxon sonó en el preciso instante en el que se separó del último abrazo de la tía Mónica. Y la persona que bajó del coche que llegaba en aquel preciso instante era la última que hubiese esperado allí.

—¡¿No estarás pensando en irte sin despedirte de mí, no?! —exclamó Miranda.

Soltó la mochila y corrió hacia ella. Su amiga la esperaba sobre la acera sobre los brazos extendidos y en cuanto la abrazó dejó que las lágrimas se escaparan de nuevo con total libertad. No tenía la menor intención de censurarlas.

—Sssshhhhhh —la calmó Miranda—. Todo está bien. Al final fui a la cita del futuro, ¿sabes?

Casi se ahoga con sus propios sollozos de la impresión.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Y qué tal fue?

No se había fijado en el coche del que se había bajado Miranda. Dirigió la vista hacia el asiento del conductor. Allí estaba Isaac, que las contemplaba sonriendo desde la distancia.

—Prefiere no bajar, pero ha insistido en traerme hasta aquí. Me alegro de que hayamos llegado a tiempo.

—Pero, entonces...

Se rio.

—¡Sí!

—¿Habéis vuelto?

Su amiga asintió, emocionada. La abrazó de nuevo.

—¡Lo sabía! No podía ser de otra manera. No puedes imaginarte cuánto me alegro, de verdad. Y cuánto necesitaba que esto saliera bien.

—Yo también...

El taxista, que observa la escena parapetado bajo una gorra y unas gafas de sol, carraspeó.

—Señorita, hay algunas retenciones por la vuelta del puente... Si no quiere perder su vuelo deberíamos marcharnos ya. Para poder ir sin prisas, me refiero.

—He de irme.

—Claro. Te esperamos pronto, espero.

No hacía falta decirse nada más para tener la certeza de que cualquier nube de tormenta ya se había disipado.

—Gracias por venir. A los dos. Habría sido un vuelo muy triste si no hubieseis llegado a tiempo.

—Oye, Ruth. Piénsate lo de volver, anda. Nueva York es increíble, pero aquí estamos nosotras, ¿no?

—Lo pensaré seriamente, lo prometo.

Tía Mónica y Miranda subieron los peldaños de las escaleras que conducían a su casa para tener una mejor perspectiva de su marcha. Ruth sacó un brazo de la ventanilla y lo agitó en señal de despedida.

—Gracias por avisarme, Mónica —le dijo Miranda, mientras el taxi de color blanco ponía rumbo al aeropuerto.

La tía suspiró.

—Y ahora, ¿queréis subir a tomar algo?

—Nos encantaría, pero Isaac tiene ensayo y yo quiero estar pronto en casa para empezar a montar unos muebles.

—Espera. No puedes irte sin que te dé una cosa que tengo para ti.

Mónica se perdió durante unos segundos en el interior de su vivienda y salió con un mineral rosa de grandes dimensiones.

—Te he guardado un buen trozo de cuarzo a ti también. Colócalo en tu nueva mesita de noche y medita con ella entre las manos de vez en cuando. Y comprobarás que todo irá sobre ruedas.

Miranda se rio. Cogió la enorme piedra que Mónica le tendía.

—¿Y esto? ¿Funciona?

La tía sonrió, satisfecha.

—¿Tu qué crees? —preguntó, guiñándole un ojo.

**FIN**

## **SOBRE LA AUTORA**

Elsa Tablac combina su trabajo en el ámbito del marketing con su gran pasión: la escritura. También disfruta con la música en directo, el cine y las novelas románticas y policíacas. Actualmente reside en Barcelona. Aunque escribe desde hace muchos años, las tres historias que componen la trilogía CATRIONA son sus primeras novelas, seguidas de LA ESPÍA QUE TE AMÓ. Puedes contactar con ella y seguir sus novedades a través de Facebook y Twitter (@elsa\_tablac).



¿Te ha gustado esta historia? ¡Genial! Te agradecería eternamente si pudieras dedicar un minuto a escribir un breve comentario en Amazon, Goodreads, o tu propio blog o redes sociales favoritas. Las reseñas, aunque sean breves, son cruciales para los autores independientes y me ayudarán enormemente a publicar nuevas historias. ¡Mil gracias! :)

\*\*\*\*\*

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic [aquí](#). Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

## LA ESPÍA QUE TE AMÓ



Emma trabaja en una agencia de detectives. Y las cosas no le van nada mal, si no fuera por su desastrosa vida sentimental y en especial por ese cantamañanas de Mateo, que no le trae más que quebraderos de cabeza. Así que lo mejor es, hasta que amaine el temporal, pasar de los hombres. Centrarse en el trabajo, el yoga, el gato, las amigas... Hasta que un buen día cae en sus manos el misterioso caso de Lloyd Cooper, un guapísimo británico que va y viene por la ciudad desde hace unos meses, con una turbia historia familiar a sus espaldas y al que Emma deberá investigar.

Hasta aquí todo bien.

Siempre y cuando no te enamores del hombre al que has de seguir.

Ni él de ti.

**LA ESPÍA QUE TE AMÓ es un nuevo romance urbano, fresco y con un toque de intriga, de la autora de la trilogía CATRIONA.**

CATRIONA. TRILOGÍA COMPLETA



**Este pack reúne en un solo volumen las tres novelas cortas PRISCILA DESLUMBRADA, PRISCILA DESBORDADA y PRISCILA CAUTIVADA. Una historia de amor urbano plagada de arte, música y fantasmas de carne y hueso.**

*El problema cuando te enamoras de un músico es que el escenario lo agiganta y a ti te empequeñece. Pero a mí no me pasará...*

Ni en un millón de años Priscila hubiera imaginado que caería tan rápido en las redes del atractivo Matt McAllen, cantante y líder del grupo de rock Catriona, tras su ruptura con Álex. Y sin embargo, lo que parecía ser solo un fugaz amor de verano en la ciudad está a punto de arrasarla. ¿Acaso creía que iba a ser fácil?

Priscila no solo luchará por mantener el control sobre sus sentimientos y lo que comporta colarse por alguien tan magnético. También deberá sobreponerse a una sombra con nombre de mujer que pertenece al pasado de Matt y ahora planea sobre ellos convertida en un inquebrantable misterio.